

LA EXPEDICIÓN AL BAOBAB

Wilma Stockenström

Siruela Nuevos Tiempos



LA EXPEDICIÓN AL BAOBAB

WILMA STOCKENSTRÖM

Wilma Stockenström

La expedición al baobab

Traducción del inglés de
Lorenzo Luengo

 Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: septiembre de 2019

Título original: *The Expedition to the Baobab Tree*

En cubierta: ilustración Baobab, antique print 1833;
Antiqua Print Gallery / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© 1981 by W. Kirsipuu

English translation © 1983 by J. M. Coetzee

All rights reserved

© De la traducción, Lorenzo Luengo

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-81-3

Conversión a formato digital: María Belloso

LA EXPEDICIÓN AL BAOBAB

Con acritud, pues. Pero no me permitía tal cosa. Con sensación de ridículo, pues, que es más afable, que no pierde su transparencia y todo le da igual; y, como vuelve un pájaro a su nido, puedo yo volver a deslizarme por el tronco de un árbol y reír para mis adentros. Y guardar silencio, también, tal vez guardar silencio hasta el punto de soñar hacia fuera, pues el sueño es nuestro séptimo sentido.

El tiempo en el pasado me causaba problemas cuando pretendía tener más que el día y la noche, y contar era mi obsesión y no estaba segura de si las ocasiones en que me quedaba traspuesta durante el día podían considerarse plena noche, al ser la noche un suceder sin hechos, y el día, el de las horas bien colmadas. Dormir como la noche. Y cómo en ocasiones alargaba mis noches, ovillándome en un bulto lo más pequeño posible allá en el rinconcito más oscuro, con la frente pegada a las rodillas para así acallar lo que me roía por dentro, enredada en confusos pensamientos, y concentrada en un color al que me aferraba para luego poder decir: mi sueño era azul, o de un rojo ardiente como la sangre, o de una cambiante tonalidad gris. Despertaba en pedazos, me incorporaba aturdida, insegura, y acudía a poner un talón polvoriento en esa gran hoja azagaya de la luz del sol que hiende cada día con un torzal letal y firme el interior de mi morada.

Aquella fue la época anterior a las cuentas. La época posterior a las cuentas es más fácil de tratar. Ya no es la suerte lo que tan a menudo me lleva a cortejar el sueño, y hace ya mucho que tampoco veo en él una vía de escape. Simplemente me limito a vivir, me confieso a mí misma.

Con las cuentas comenzó mi decidido esfuerzo por señalar el tiempo. Las recogí hace unos días, y solo después se me ocurrió la idea. Añadí aquel nuevo hallazgo al montón de trocitos de cerámica que la curiosidad me había llevado a reunir en mis viajes de diversas distancias desde el árbol; vacilantes, aburridos, frustrantes viajes lejos del camino hasta el agua que para entonces

casi visiblemente había hollado.

A la manera de los animales salvajes construyo mi propio camino. Tardé en llegar a esta conclusión. Como la redunca; no, no como la redunca ni la cebrá, no como el búfalo o los animales que van en manada del tipo que sea, que complementan los sentidos de los otros y afrontan juntos las crisis y sobreviven a lo que por sí solos serían casi incapaces de afrontar, y que aun así se ven atacados de uno en uno, y mueren solos, cada cual a su hora. Hago mi propia senda, con un propósito tan claro que ya sé que he habitado mucho tiempo estos pagos, o más bien ese habitar nunca ha sido el problema. Más bien debería decir: yo también sobrevivo aquí, pero solo me tengo a mí, e incluso en esos días en que siento como si bajo la tierra, por todas partes, se ocultaran huevecillos de serpiente, incluso entonces debo arreglármelas sola y tratar de no pisarlos.

La senda que me lleva a la corriente, construida por mí que tan suavemente piso, clara, ligeramente quebrada, entreverada a matorrales y troncos y que corta llanuras de hierba recostada donde el cárdeno invierno, empieza a hacer su asiento; esa senda se inclina en una brusca y última pendiente hasta una extensión de agua irradiada por el sol, tan ancha como mis brazos abiertos, situada entre los troncos de dos jóvenes matumis que protegen el lugar en el que bebo. Más lejos, corriente abajo, está el lugar en el que lavo. Más arriba, allí donde este afluente desemboca en la corriente principal, se encuentra el vado de los elefantes.

La vez en que estuve a punto de acabar pisoteada por la manada pensé en un acertijo que las jóvenes solíamos plantearnos unas a otras: ¿qué es lo que lleva su vida en su propio vientre? Tuvo que haber sido cosa de todos esos estómagos rugientes que por un instante me arrancaron una risa impaciente para luego dejarme la garganta bastante seca en mi exiguo escondrijo, sin otra cosa que un risco de rocas y unos juncos entre ellos y yo. La horda de pezuñas pasó rápido por mi lado para abrirse camino hasta la charca; se agitaba el agua; los elefantes se bañaban sin premura. Me metí en mi caparazón. Una niña esclava no crece bajo tan cerrada protección. Podría añadir: nadie crece tan ignorante como una niña esclava, e incluso yo, la más clamorosa excepción, parezco estúpida en lo que concierne a los animales salvajes y sus hábitos, pues mi conocimiento se limita a un puñado de informaciones relativas al mercado del marfil. Hay épocas en que un elefante se traga un guijarro, y los guijarros se chocan en el interior de su tremendo vientre el resto de su vida, se chocan y chocan. Todo cuanto resultara incomprensiblemente enorme decidí reducirlo a algo ridículo para poder asimilarlo y demostrar el poder que tenía sobre ello, mientras me arrodillaba

cómicamente ovillada tras la piedra y el junco, babosa sin concha, una cucaracha de blando caparazón del tamaño de la yema del meñique, sumida en la angustia de una muerte fingida, esperando a que aquel interminable retozar tocara a su fin para que de nuevo pudiera alzarme como un ser humano y mirar a mi alrededor. Llegó un último bramido procedente de la otra orilla. Entonces recuperé una envarada posición erguida, me sacudí la arena mojada y temblé a merced de aquella misma brisa que apaisaba los juncos.

Ahora soy amiga de la manada en cuyo vado y lugar de baño me adentré sin querer. Amistad, no obstante, es una manera un tanto condescendiente de llamarlo. Yo vivo. Ellos viven. No hay más. Desde la elevación en la que me encuentro puedo ver en ocasiones las encorvadas espaldas arremolinándose en el lejano centelleo del agua; escucho los bramidos, puedo ver por un instante que un par de colmillos se alzan, y, con todo, me esfuerzo por hacer que ese espectáculo guarde coherencia con la delicada pulsera que una vez llevé. Hay conexiones que se me escapan.

Si no soy capaz de conocer siquiera todo cuanto hay en el breve paseo que se extiende desde la entrada al baobab hasta el montoncito de cerámica y demás hallazgos, un puñado de pasos hasta ahí y otros tantos atrás, ¿qué puedo decir de mi viaje, que en ocasiones tengo la impresión no solo de que me ha llevado una vida recorrer, sino también de que todavía perdura, todavía prosigue, aun cuando, como ahora, no hago sino viajes en círculo alrededor del mismo lugar?

Tantos pasos hasta ahí, con los pies ya cansados. ¿Qué creía estar recogiendo cuando traje aquí todo esto...? ¿Qué pensaba que iba a obtener de un montón de basura...? El tiempo se convierte en cuentas y luego en basura.

En los muchos senderos de mi memoria se yerguen figuras amenazadoras que interrumpen cada mirada que echo atrás. Conozco esas figuras. No puedo nombrarlas. Se alzan sobre mí en la forma de algo humano o, a veces, como la esquina de una hirsuta pared o como la trampilla deslizante de una cabaña que trata de engullirme y arrastrarme hasta hacerme desaparecer, una trampilla que se precipita con furia abertura abajo, que se precipita a una velocidad tremenda, y entonces, a un metro de mí, hace inopinadamente un brusco viraje y todo se remansa y me embelesa; también, en ocasiones, es como una suave deformidad de la expectación, seguida de un notable abatimiento cuando la multitud de afiladas pinzas que me aferran se convierten en los flácidos zarcillos de un matorral, cuando cada cosa desaparece sin más dejando una insondable grisura a mi espalda.

Entrecruzándose en mi memoria hay más senderos de los que realmente he visto en mi vida. ¿Qué no sería capaz de perseguir si se me concediera la posibilidad de hacerlo, y mi habilidad detectivesca no se viera con tanta frecuencia frustrada, y el camino no se perdiese en mi interior?

Irradian de mi morada toda clase de senderos que no conducen a ninguna parte. No es que los tendiesen ahí. Aparecieron sin más. Por supuesto, a mi llegada hice uso de las huellas de los animales porque no había otra cosa disponible, salvo los caminos que no llevaban a ninguna parte, pero pronto hube de comprender que mi forma de pensar no encajaba con la de los otros seres de por aquí. Y busqué y abrí un camino y encontré.

Encontré, digo. Qué miedo.

El bien más importante, el agua, no tuve que buscarlo. La hay en abundancia. Es visible y audible. En esta ofrenda, la concha de un huevo de avestruz, recojo el ondular de la corriente. Sostengo la concha en el límpido arco que hace el agua al saltar sobre una tosca piedra como para atrapar la luz y el sonido. Una vez y otra la rebaño así, y vierto el espíritu del agua que esplende y que murmura dentro de la ofrenda de una jarra de arcilla. Levanto entonces la jarra lentamente con ambas manos sobre mi cabeza, me encorvo, arrodillada como estoy, para recoger la concha que me sirve de cuenco, y caminando regreso por la senda del agua hasta el baobab.

Encontré toda clase de comida de campo; y descubrí además que la cortaba, la arrancaba, la cogía, compitiendo con otros animales, que los árboles no hacían brotar retoños ni florecían ni cargaban su fruta para calmar mi hambre, que los tubérculos y las raíces no se dilataban bajo mis pies para mí, que no por complacerme la warburgia soltaba su néctar, y no por refrescarme se alzaba la albizia en lugares estratégicos a medio camino de un retazo de sombra, y no por darme gusto descorrían sus pétalos las moteadas orquídeas, ni era por mí por lo que la jacaranda desplegaba capas de perfume al comienzo del verano.

Una vez los jabalíes han pastado, una novata peina el retazo de campo que los veteranos han hozado, se arrodilla como ellos, y, a falta de colmillos, intenta perforar el duro suelo con un palo. A falta del talento para olfatear y reconocer las raíces y bulbos comestibles, se afana en buscarlos haciendo uso de la vista, y no sin pesadumbre se retira de allí con poco más que un puñado de ellos. Una vez los babuinos han pastado, lleva a cabo el mismo procedimiento, salvo por el hecho de que, antes de aventurarse en el territorio de dichos primates, comprueba que se encuentran ya muy lejos.

Me dan más miedo las muecas del babuino que los colmillos de los jabalíes y cerdos salvajes. El primero se parece demasiado a mí. Me da miedo lo que hay reconocible de mí en su horrible cara. No me olvido de que aquí estoy en desventaja, de que mi conocimiento es menor. Me siento hostigada por el modo en que esa monstruosidad imita mis cambios de humor y mis caprichos, y me siento ridícula por mi refinamiento, por la demostración que hace esa vulgar criatura acuclillada de que tal cosa es superflua. Desprecio su fuerza, su astucia, su manifiesto señorío de este mundo. Desprecio a los babuinos, a todos y a cada uno de ellos. Glotones de obesas mejillas; me dan náuseas. Sus antiestéticas cópulas públicas y la súplica vejatoria de las hembras, ese agachar la cabeza de las hembras bajo las rudas manos de los machos, y las estruendosas reprimendas, y esos ojos tan pegados, como solo se ve en los brutos y que creo que son también indicio de codicia. Los conozco demasiado como para que me gusten. Si estuvieran en una jaula, podría al menos reírme de ellos. En cuanto a lo que ellos saben de mí, lo cierto es que nada dejan ver en sus largas miradas de soslayo. Me figuro que no les supongo sino una molestia. Una extraña, lejos del dominio en que llevan a cabo sus actividades.

Solo cuando estoy dormida sé a ciencia cierta quién soy, pues reino sobre mis horas de sueño y ocupo satisfecha mis sueños. En esos momentos me necesito.

Fue huyendo a todo correr del centinela de un tropel de perros lobo como llegué a un repecho llano —a mí me parecía llano—, donde tropecé y caí cuan larga era. Jadeando pude recobrar el aliento. Me volví en redondo. El corazón me palpitaba en las yemas de los dedos. Los penachos de aliento que brotaban de las aletas de mi nariz silbaban entre temblorosas hojas de hierba reseca.

Permanecí allí tendida durante un buen rato, con la resignación de un carroñero para quien el hambre es algo tan familiar que puede aguardar a que se le pase. Vi entonces algo brillante, unas perlas de luz entre mis pestañas que centelleaban en verde y negro, pero la luz se convirtió en algo sólido cuando hurgué entre las hojas de la hierba con la punta del dedo y las toqué. Me incorporé entonces, y, con la uña, arranqué de la arena y de las raíces secas aquellas cuentas. Descansaban en la palma de mi mano, dos negras y una verde. Llevé aquel inútil hallazgo hasta el árbol.

Eran tan pequeñas como el polen. Las examiné. Las distribuí en el limitado número de patrones que su número y sus colores permitían. Las acepté. Al día siguiente quise regresar al lugar en el que las había encontrado, pero no tenía clara la dirección y lo busqué sin rumbo fijo, esperando

reconocer un árbol o una pendiente de rocas, pues se encontraba cerca de un koppie, según recordaba, así como recordaba la blanca escalinata de raíces que una higuera de montaña había entretejido a la fachada de piedra; pero no encontré nada. Di vueltas y vueltas por el veld como si no le hubiera impuesto aún ningún método, tal y como había hecho la primera vez que llegué allí.

Al principio el tiempo no existía, pues no había tiempo que dedicar a la correlación de sucesos, y tampoco había categorías, dado que la lucha por sobrevivir suprimía toda diferencia. Ahora puedo permitirme el lujo de clasificar, así como el de aplicar con buen juicio el conocimiento adquirido, tanto el nuevo como el antiguo. Hasta puedo reflexionar acerca de lo que estoy haciendo. Puedo dejar que mis pensamientos corran de manera constante, sucesiva, sin ondas ni fluctuaciones; puedo dar a mis pensamientos la forma redondeada de una vasija de arcilla y fijarlos con la frescura y la precisión del agua; puedo hacer que la boca de la vasija se alce como un chorro contra la incertidumbre del aire azul y negro que, si no pongo cuidado, me penetra y me llena por completo. Y lleno mis pensamientos con toda suerte de objetos, interminables hileras sobre hileras que, gracias a la providencia, no debo contar; puedo pensar en objetos suficientes para barrer todo recuerdo, y, por añadidura, puedo inventar otros objetos si se me acaban aquellos de los que me acuerdo. Dispongo de buenos remedios para evitar quedarme vacía.

En este momento, estas pequeñas cuentas que no exigen nada a la imaginación, del tipo que solía ver colgando de los cuellos y muñecas de hombres y mujeres. En el pasado solían ser aceptadas a cambio de algo, de igual modo en que yo fui aceptada a cambio de algo. Por supuesto, no tengo ni la menor idea de cuál pudo haber sido mi valor o cuál llegó a ser. Una pieza de metal anular. Incontables piezas. Otro campo del que apenas tengo conocimiento es el modo en que se gasta el dinero. Era el privilegio de una niña esclava el que todo le fuera brindado. El techo sobre mi cabeza. Las prendas que cubrían mi cuerpo. La comida: abundante, en mi caso. Qué feliz era.

Las cuentas son tan diminutas que apenas resultan visibles en ese nudo del árbol en el que las guardo; pero sería capaz de cogerlas con los ojos cerrados. Conozco el interior de mi árbol como un ciego conoce su hogar; conozco sus superficies lisas y sus muescas y relieves y bordes, su olor, sus oscuridades, la enorme grieta por la que pasa la luz, como nunca he conocido las cabañas y habitaciones en las que se me ordenaba dormir, como solo puedo conocer algo que es mío y solo mío, mi morada, en la que nadie jamás se adentra. Puedo decir: esto es mío. Puedo decir: esto soy yo. Estas son las huellas de

mis pies. Estas son las cenizas de mi chimenea. Estas son mis piedras de moler. Estas son mis cuentas. Mis fragmentos.

Un ser supremo soy en la piel de mi árbol gris. Cuando aparezco en la abertura, me yergo, orgullosa. Más tarde sospecho que me planto en esa pose fácilmente cultivable de la expectación en apariencia relajada que aprendí a adoptar ante mis amos, consciente de la ventaja que supone dar buena impresión y al mismo tiempo rebosando bajo la superficie de pura presunción porque tengo entre mis manos este pequeño trocito de poder.

Pero ahora me yergo, imperial, y recorro el veld con la mirada, y cada vez que doy un paso al exterior el mundo me pertenece. Cada vez que abandono el protector interior del árbol soy una vez más humana y poderosa, y miro a lo lejos este paisaje, con todas sus florituras vegetales y sus rebaños animales y los retazos púrpuras de las colinas que tratan de cercar el horizonte. Renacida cada vez del vientre de un baobab, me yergo llena de mí misma. El sol delimita mi sombra. El viento me arroja. Señalo al aire y digo: aire, hazme vivir. Y, cuando la curruca de los matorrales entona su llamada, lo que pronuncia es mi nombre. Yo soy todo cuanto hay, dice.

No todo es yo. No. Si de veras hay gente por aquí. No todo.

Qué nimias las cuentas que he descubierto comparadas con aquellas que antaño llevaba, unas cuentas de cristal ovalado, amarillas y rojas, que colgaban como bayas maduras de mi cuello y mis muñecas, complementando el marfil de un brazalete que me ceñía el brazo y mi vestido de seda estampado en tonos amarillos. Estaba radiante. Mi risa era pura blancura. Yo era un objeto del que presumir, gloriosamente joven como fui en un principio. Mi piel sin tacha, mi suavidad, mi otrora firme piel. Yo era la envidiada incircuncisa. Yo era la deseada. También era demasiado joven como para que nada me quitase el sueño, por no hablar de lo poco que sabía. Era una niña. Y qué niña, qué niña. Aún era una niña cuando ya llevaba un niño dentro de mí.

Recuerdo llena de gratitud a las mujeres que con sus maneras tranquilizadoras consiguieron domarme. Solo de vez en cuando captaba una referencia, una entonación, un énfasis, pues hablaban un idioma que se derramaba a mi alrededor como una catarata, que caía y caía de sus bocas. ¿Quiénes eran aquellas mujeres que me adoptaron y cuidaron como si fueran mis madres y me adiestraron en el juego de los hombres? Me colmaron de regalos para hacerme atractiva. Por aquel entonces los consideraba regalos. Siempre andaba pegada a las mujeres e intentaba ser buena. A veces me regañaban. Entonces sus labios se abrían y surgían chirridos y crujidos. Pero borraban mis lágrimas con besos, dejaban escapar un estrépito de risas

amistosas, me subían a su regazo, me apretaban con fuerza, y yo las amaba como la niña que una vez más vuelve a sentirse a salvo; saltaba de regazo en regazo y hacía tintinear sus brazaletes. Así me enseñaban, jugando conmigo, para que un día recordara el tormento y el éxtasis, pero mi interior siguiera intacto, siguiera estando entero, siguiera siendo yo. Ahora os invoco en mi memoria. No puedo recordar vuestros rostros, pero eso no importa. Recuerdo vuestro maravilloso afecto. Me pregunto si no seréis ahora unas viejas amargadas, o si aún viviréis en esa casa que era vuestro destino, o si os acordaréis de mí, una más entre las tantísimas que fueron confiadas a vuestro cuidado, tan delicado, tan especial, o si alguna vez habéis tratado de averiguar lo que ocurrió con nosotras. Si acaso os importó.

Nunca olvidé vuestras lecciones, e incluso ahora podría reír lascivamente si tuviera que hacerlo, e incluso ahora, como un gato, podría acurrucarme ágilmente o escabullirme de cualquier aprieto, y aquietar o aumentar mi fuerza según la situación; pero todo eso se ha vuelto superfluo.

Ahora vivo en un hueco, con el sueño como solución en que todo se condensa. Vivo en un tiempo que solo yo regulo, primero con tres cuentecitas, y después con más cada vez, hasta que elijo para arreglarme las mejores de las verdes. Así que, para empezar, pasaba un día verde seguido de dos días negros, y después solo una hilera de días verdes. Después empecé a cansarme de los días verdes, y los mezclaba con los negros en toda pauta y cifra concebible, según lo decidían la oportunidad y mi ánimo. Mis días se espesaron. Ya había convertido en un método contar la vaguedad del tiempo ocultándome detrás del curso de la naturaleza. El tiempo me amenazaba. Quería aniquilarme. Cambié mi sistema con frecuencia pensando que con eso lo engañaba. Imposible para el tiempo saber qué era lo siguiente que yo iba a intentar, cuando por la mañana, al verme despertada por la luz y por el canto de los pájaros, ni yo misma sabía qué iba a tratar de hacer con él, cuando salía a buscar leña si era necesario, a recoger agua si se me acababa la que tenía, a encontrar comida si ya no me quedaba, y comía si sentía hambre, y dormía si el sopor me ponía un peso en los miembros. Y soñaba y asentía entre cuarzo rosa.

Me encontraba en un punto en que empezaba a olvidarme de los juguetes con los que llevaba mis cuentas, que, por entonces, en el nudo de la cara interna del árbol, solo llegaban a tres y ya comenzaban a aburrirme, cuando un día recogí en varios lugares diversos trozos de cerámica y otras cuentas, así como un alambre de cobre, y todo eso me lo llevé conmigo. Añadí el monto, piezas y cuentas, al resto, aquellas cosas olvidadas por unos habitantes a los que deseaba lo peor por no haberse dejado más que eso, unos trozos de

cerámica que no encajaban entre sí y, por tanto, no lograban una completa redondez, lamentables decoraciones que, irritada, ensartaba en tallos y llevaba colgadas del cuello, oxidados anillos de alambre de cobre, pesados y gruesos como grilletes, con los que nada podía hacer; nada más había en mis alrededores. Nada más, ¿o acaso rondaba entre tumbas? Nada más, ¿o acaso rondaba sobre muros enterrados en el polvo, cubiertos de plantas? ¿No estaría acaso rondando sobre patios y plazas, fortificaciones, terrazas, conductos, salones y casuchas, asentamientos y calles reducidas a la insignificancia de un montón de escombros, tomados por inviernos y veranos? ¿No estaría rondando por el lugar que habíamos acudido a buscar sin saber dónde se hallaba, que mucho tiempo atrás, deliberadamente, había visto perder su lugar bajo el despiadado sol? ¿Un lugar entreverado de matojos y hierbajos acabados en punta, con un río a lo lejos, oculto entre unos árboles de elongadas lianas y plantas trepadoras, de colinas de cimas aplastadas sobre las cuales se apilaban unas rocas gigantescas y redondas de fantásticas formas, cuna de mi imponente baobab?, ¿retablos por los cuales vagamos atemorizados, aturcidos?, ¿asiento de depredadores y de presas?

Imagino sangrientas guerras de exterminio, inundaciones, una epidemia. Pienso en un cielo incansable, seguido por el colapso y la desesperación. Y entonces nada, solo un diminuto residuo que no me ayuda, por más que pretenda creer que a través del orden he encontrado una manera de conjurar el peligro que supone la ausencia del tiempo. Porque me resistí a convertirme en un mero bostezo en el tedioso discurrir de los días, en una transitoria ráfaga de aire, en un obediente golpe de compás, en un fantasma atrapado en una fractura en la eternidad.

Dotada de un paupérrimo talento para construir algo por mí misma, utilicé las reliquias de pueblos olvidados para matar el tiempo, para coagular el tiempo, para constatar con amargura que no estaba cambiando nada en la nada. Pero me hacía sentir bien lidiar con aquellas cosas, y dejarme sorprender, y soltar las riendas de la imaginación, sostenida en los recuerdos de un pasado de diferente orden.

Y es que únicamente dotada de recuerdos fue como llegué hasta aquí, hambrienta criatura engalanada de harapos, abriéndome camino por llanuras y valles, quemándome en la fiebre de la privación, tambaleándome hacia un horizonte que se obstinaba en retroceder, siempre a varios días de distancia, siempre el mismo, para ser engullida por un árbol, piadoso apeadero, piadoso y fresco asilo que bien podría hacer pensar en un edificio con paredes y un techo cual surtidor alzado, y la tierra por suelo, titánica cabaña coronada de hojas, coronada de ramas.

Maldigamos al sueño que me trajo hasta aquí, a ese viajero que pasó por mi vida y por las vidas de otros, y a cuyos labios tan prendida estuve, a quien servilmente obedecí, obsesionada hasta la ceguera, perturbada, con el juicio ya ido. Maldigamos a quien hizo un espectáculo de nuestro sacrificio y quiso dar a las privaciones el atractivo del saber, el inútil atractivo del autoconocimiento que acabó con su vida; oh, el habla, el habla, la omnisciencia, la consciencia que todo lo investiga y que no explica nada, y menos aún las traiciones de la camaradería y de la fe. ¡Oh, la impotencia de lo razonable!

Forastero vestido de color rojo msasa, ya desde el principio me cautivó su ingenio. Él sabía qué decir para prender una llamita cuando la conversación se hacía demasiado lúgubre. Conocía más puntos de la brújula que los poetas amigos del debate y otras celebridades parecidas que se congregaban en la casa de mi amo, el rico, el viudo mercader, para deleitarse en las comidas que yo con tanto mimo preparaba, y para pagar por ellas y por mantener alguna intimidad con sus preciosas esclavas de sofisticada charla, aun cuando dicha intimidad se redujera a la mirada y el deseo, o, como mucho, en el caso de los más atrevidos, a tratar de acariciarlas cuando les parecía que su anfitrión miraba hacia otra parte. El hombre del que hablo, por su parte, en su rojo msasa, en su verde líquido, en su amarillo fuego, el hombre del que hablo, ataviado con sus collares salpicados de oro y sus finas pulseras doradas, era, en no poca medida, un individuo culto y tan informado de todo asunto que desbordaba confianza. Sin que nadie se lo pidiese, pronunciaba alguna que otra réplica, sucintamente prolija, y de tarde en tarde llevaba las discusiones a finales absurdos, lo que le hacía ser poco apreciado por nuestras grandes almas, las cuales, sin suerte, le azuzaban y trataban de sorprenderlo en sacrilegio o sedición. Dejemos que los dioses nos miren desde arriba. Ellos saben lo que ven. Afirmaba. A los ancestros dejémoslos en paz. No es necesaria su intercesión cuando uno vive de manera intachable.

¿No es verdad?, preguntaba. ¿No es verdad?

Aquello me llegaba muy adentro, tan puro y nuevo como un relámpago.

Ni tampoco la intercesión de los profetas, ni la intercesión de los miembros de la familia de los profetas, ni la intercesión de dioses entremezclados, ni la intercesión de la gente temerosa de Dios, ni tampoco las lecciones morales que han de aprenderse de la experiencia de esa gente que eleva la historia de su tribu a religión. Todo esto es interesante, y espero que lo sea por mucho tiempo. E invocar una deidad mañana y tarde es una música de lo más hermosa; es el atronador compuesto de los sonidos con los que el

hombre da fe de que no solo piensa en comer y reproducirse, sino que también se considera inmortal y, por tanto, quiere tomar las medidas oportunas para asegurarse una vida agradable en el más allá. Dejémoslos. Dejémoslos, claro que sí.

Y dejemos que los mercaderes sigan a lo suyo. Son ellos quienes proporcionan esta prosperidad. Y con un gesto elocuente le entregó un plato de porcelana con gambas estofadas, arroz en aceite de sésamo y leche de coco al malhumorado poeta que tenía a la derecha, mientras sonreía en mi dirección. Me pareció que me había guiñado un ojo.

La mirada sardónica de mi amo se detuvo en mí. Me hizo un gesto para que me acercara, y sus pulseras de cobre le resbalaron de la muñeca al codo, de lo delgado que se le había quedado el brazo. Cogí el abanico de palma para abanicarle. Tenía el labio superior perlado de gotitas de sudor. Por la noche volvería a temblar de fiebre. Ya era un hombre enfermo, probablemente moribundo, cuando acudí a su casa para servirle y tuve la osadía de convertirme en su favorita más joven. Con largos y constantes movimientos yo intentaba arrastrar aquel denso aire hacia su rostro. Había dejado su comida sin tocar; solo había saboreado un platillo con agua. Pobre criatura que sufría inexorablemente los últimos envites de una vida de rico con el espectáculo de toda esa abundancia ante sí. Influencia y poder manaban de su boca y de sus fosas nasales. Los recuerdos acumulados se proyectaban en sus ojos nublados cuando los párpados, en los raptos en que se sentaba y dormitaba, abrían una rendija y él, de manera presumible, observaba a sus invitados, a las esclavas que le servían como criadas, a sus hijos e hijas revestidos de lujo y orgullo. Y sus descarnados dedos ¿qué trataban de agarrar?, ¿una mariposa?, ¿la brisa salina?, ¿la risa de una mujer?

La charla se fue volviendo más aburrida. Pidió que lo llevaran a su dormitorio. Digo pidió; no ordenó. Lo pidió en un susurro.

A solas con él, lo sostuve con fuerza y traté de calmarlo, pues se rebelaba contra su debilidad y se mostraba demasiado inquieto; pero luego me dio pena y le dejé tranquilo, y al observarle comprendí qué era lo que su mano intentaba atrapar. Estaba tratando de romper la delicada telaraña que la muerte iba tejiendo a su alrededor. Cuando los espasmos le hacían estremecerse, la telaraña vibraba y resplandecía con malicia, a sabiendas de lo que eso auguraba. Con creciente firmeza le rodeaban sus hilos, para que la amenaza de los ruidos que sonaban fuera de su dormitorio no pudiera penetrar, y el murmullo de voces preocupadas o inquietas permaneciera lejos del cerco de su quietud mortal.

Dejé que el inválido anidase entre mis rodillas juntas, con su cabeza sobre mi pecho. En su idioma, le conté entre susurros cuentecillos lascivos que le hacían sonreír con dicha en mis brazos. Un bebé encogido: qué fácil me había resultado este parto. Te alimenté con la leche mortal de la indiferencia, pues aquello no podía hacerle a tu cuerpo exangüe más daño, y quizá fuera eso lo que te permitió partir, este ser despojado de todo atisbo de caridad. La compasión solo habría retrasado dolorosamente tu marcha.

Una mañana subí hasta la terraza más alta del tejado de la casa de mi amo para respirar el aire fresco de la mañana y mirar desde lo alto la ciudad y el mar, con los esquifes tendidos unos junto a otros sobre la arena. Algunos de ellos pertenecían a aquel de quien me había despedido para siempre, y que ahora probablemente, al igual que yo, tendría que buscarse la vida. Mi futuro y el futuro de los otros esclavos, mujeres y hombres, así como el de los esquifes tendidos bajo la rosa matutina, así como el de las montañas de colmillos de elefantes y de ámbar gris y de hierro, y el de la enorme casa ya por fin entregada a su duelo, y el de ese jardín fragante que se abría a mis pies, aguardaban la suerte de un precario destino. Solo aquellos que poseen algo poseen seguridad también. Para mí solo había inseguridad. Aguardé, esperando suspirar. Aguardaba a que mis sentimientos se asentasen. Era el momento de que aquello sucediese.

Yo, que vengo del corazón del país, llevo latente el murmullo de las aguas dentro de mí, un conocimiento del agua conservado en mis lágrimas y mi saliva, en la sangre de mis venas, en todos los fluidos de mi cuerpo. Yo, que sabía cómo hacer que remitieran los ataques de fiebre con mi parte de agua, me sorprendí llorando de manera incontrolable aquí, en la quietud de la mañana, y eran tantas las cosas que me hacían llorar que traté de acabar con el marasmo de mis pensamientos sorbiéndolos a fuerza de sollozos, en vez de buscar una interpretación que me condujera al duelo pero también a un atisbo de consuelo, a la inquietud por mi futuro pero también a la plena felicidad que emanaba de la pureza de la mañana, después de tantos días y días de opresión en el cuarto del enfermo.

Con un pico de mi manto me sequé los ojos y las mejillas y bajé de nuevo al jardín. Tenía que averiguar qué estaba sucediendo. Paseé hasta la playa y desde allí —pues mi llamada al solitario dhow de la bahía quedó sin respuesta—, desde allí caminé por aquel muelle abandonado, esperando que nadie me echase en falta en la bulliciosa y reducida vigilancia que siguió a tan importante muerte. E incluso, si me habían echado en falta, ¿qué me importaba? Estaba embotada por el dolor, pero más embotada aún por un sentimiento de nostalgia, y no me importaba que alguien pudiera notarlo. Mi

nostalgia era una nuez, diminuta y dura, escondida muy dentro de mí. Ya me daba igual que alguien pudiera descubrirlo. Tras el fallecimiento de mi benefactor, ese sentimiento era ahora mi única certeza, y me ayudaba a olvidar mis temores por lo que me aguardaba en el futuro. Quizá hubiera sido una frivolidad, de haber sido yo una mujer capaz de decidir su propio futuro, pero se trataba de una escapatoria sin duda aceptable para la clase utilitaria a la que pertenecía. Enamorarme como una tonta e intentar atrapar la felicidad allí donde la felicidad aguardaba a la vista como a través de una grieta, y en el momento en que posiblemente más favorable era.

Así que busqué al hombre del que me había enamorado. Le oí reír tras una pesada puerta de teca, prolijamente labrada, en secreta conferencia en la existencia que llevaba tan lejos de la mía. Le vi desaparecer al doblar una esquina. Olfateé su rastro allí donde pudiera estar, allí donde aún pudiera dirigirse, pues había prometido que volvería remontando el oleaje a sotavento de una inflada vela latina, y le seguí en mi imaginación, donde el borde de su túnica se arrastraba por el barro, barría la carnosidad de un melón abierto y pasaba acariciando con presteza la arena y aletas y escamas. Me entretuve con él allí donde se detuvo, ante el mercado de mujeres, afanado en observar cómo vivían los más pobres entre los pobres. Nubes de moscas surgían de las hileras del pescado y de la carne a la parrilla. Se posaban formando una trama sobre el azul de las prendas de los pobres, y se arrastraban sobre su nariz y sus ojos y su frente hasta las mojadadas comisuras de su boca, allí donde encontrarán humedad.

Una mujer a la que yo conocía llegó al lugar entre resoplidos, portando sobre la cabeza una cesta llena de plátanos que dejó en el suelo con un gruñido; hecho lo cual, tomó asiento con las piernas estiradas en el lugar donde acostumbraba, bajo la sombra del árbol. Él comenzó a charlar con ella y con otros que pasaban por allí. Ella se entretuvo en escuchar las bruscas y renuentes respuestas, las respuestas embarazosas o los igualmente embarazosos silencios, las informaciones ofrecidas de manera apresurada, y las rápidas e ingeniosas observaciones en respuesta a las preguntas que formulaba aquel presuntuoso caballero, que sin duda no era un cliente y que ya estaría haciendo sus propias deducciones. Y, con sus preguntas acerca de lo que costaban los cangrejos, las almejas y los mejillones, y acerca de la disponibilidad y rapidez con que se los podían entregar, o si no la carne, el pescado y la leña, concebía escenarios en los que, empleando la información adquirida personalmente en el lugar, refutaría posteriores discusiones, oponiendo dicha información a las vagas teorías de los gobernantes y a las de personas bienintencionadas. Era un hombre atento, una persona curiosa que

había acudido a familiarizarse con la vida que llevaban los de las clases más bajas, la cual era mucho más complicada que la cómoda existencia de una niña esclava en los confines de una buena casa, como a menudo insistía en decirme.

Mi cómoda e indolente existencia, sí, una existencia que quizá ahora había tocado a su fin.

¿Dónde me encontraba ahora? ¿Y no me resultaba familiar este persistente olor a miedo? El hedor de la sangre. Nunca he escapado a este miedo, este vértigo fiel que afectaba a mi visión, por lo que me pasé una mano por los ojos para ver mejor y al instante me arrepentí de aquel acto, pues averigüé que donde ahora me encontraba era muy cerca del matadero al que en ocasiones me enviaba mi segundo amo para comprarles entrañas a sus esclavos. Ese olor me resultaba de sobra conocido, esos golpes, esos mugidos. Corazón, hígado, pulmones y gástrico viscosos envueltos de forma desordenada en hojas, un bulto desordenado que, siendo muy fácil que se me hubiera resbalado de haberlo llevado sobre la cabeza, sostenía a cierta distancia de mi cuerpo. Me alejé así de un yermo manchado de boñigas y basura donde a los animales les fallaban las rodillas, y las tristes palmeras, con sus largos vestidos, hacían susurrar las hojas secas y lanzaban gemidos, ancladas impotentes. Me aparté de los carniceros que, en broma, hacían gestos obscenos y soltaban obscenidades para provocarme, y acudí a cocinar la comida que iba a compartir con muchas bocas, y a planear cómo quedarme con el hígado para beneficio mío y de mi propio hígado, y cómo birlar una cucharada del arroz de mi amo y su esposa en la —ventajosamente para mí— revuelta organización de la casa.

En dos pequeñas cabañas de techo hundido vivíamos nosotros, los esclavos, todos juntos, sin estar separados por sexos. Desde el amanecer hasta altas horas de la noche nos dejábamos la piel por él, el mercader de especias. Era el trabajo lo que nos separaba. Los hombres trabajaban en el almacén que el mercader tenía en el muelle, y las mujeres, en su residencia. Procedíamos de todas partes, hablábamos diversas lenguas, pero aquí nos defendíamos destrozando el idioma de los nativos y convirtiéndolo en el idiosincrásico idioma de los trabajadores. Éramos adquisiciones de segunda mano, de tercera mano, de cuarta mano, la mayoría aún jóvenes y saludables; las mujeres lozanas y fértiles. Por la noche había que abrir las piernas para el amo sobre su sudada alfombra de piel. Algunas lo recibían con agrado. Yo no. Era torpe y bruto. Envidiaba a las esclavas que se veían exentas de esta clase de servicio. Conllevaba una cierta libertad, después de todo, no tener quien te controlase, pensaba. No me importaba tener que quedarme delante del fuego.

No me importaba tener que trabajar con pico y azada en el jardín bajo aquel calor asesino para que estuviese cuidado cuanto rodeaba a sus mangos y sus parras de ñame. No me importaba arreglarle la casa bajo la mirada de aquella arpía que tenía por esposa, y obedecerla sin mostrar la menor expresión, reservándome mis murmullos para el dormitorio, y aun allí con extrema cautela, pues había alguna que otra chismosa entre nosotras. Y ser descubierta significaba que te cortaran la lengua.

Me guardaba mis cosas para mí. Vivía con tanta inquietud como paciencia. Era una cobarde y no rechazaba nada.

Con la cara rígida escuchaba el ruido del mar, tendida sobre su alfombra de piel. Me convertí en una concha arrancada de las rocas, pero mantenía protegida la perla de mi voluntad, mi tenue reservorio de orgullo. Guardaba silencio tal y como me habían enseñado. No cedí. No me rendí. Dejaba que las cosas ocurriesen. Podía esperar. Escuchaba el vaivén de las olas muy por detrás de sus gruñidos, y eso me arrullaba. Yo era de agua. Fluía en toda suerte de formas. Pude conservar su semilla y hacerla fructificar con la savia de mi cuerpo. Pude arrodillarme en oleadas de contracciones con el rostro muy próximo a esa tierra con la que el agua está casada, y empujar el fruto fuera de mi cuerpo, y ofrecer mis goteantes pechos a un lactante bebé tras otro. Mis ojos sonreían. Mi boca se mantenía inmóvil.

Siempre inmóvil. Ratoncillos asustados en medio del tumulto, eso es lo que éramos nosotras, las subordinadas del sistema, aparentemente dóciles, despojadas sin más de nuestros hijos a los que vendían siendo todavía bebés, mientras nuestros cuerpos aún estaban famélicos de ellos, prisioneras de un pasado de maltratos implacable, con el sarcástico envés de los obsequios, prisioneras de un presente sin futuro. Todas constituíamos una sola mujer, cambiabile, intercambiable. Así que nos consolábamos las unas a las otras y también consolábamos a los hijos ajenos, así que lo de una era a su vez lo de todas, así que despiojábamos las cabezas ajenas, y llevábamos ropas ya vestidas por otras, y cantábamos juntas, juntas chismorreábamos, juntas nos lamentábamos. Despojadas de planes. Una en cierta ocasión intentó desertar. La atraparon y luego le cortaron los pies. Otra intentó lo mismo una segunda vez. Escapó. Los eunucos huían con bastante frecuencia.

Se contaban historias acerca de una colonia de desertores que vivían lejos de la ciudad, en mitad de un gran pantano, donde los esclavos fugados se alimentaban de la caza, donde construían chozas y sobrevivían al insoportable calor y a la soledad para morir algún día como hombres libres. Se decía que habían desarrollado su propio sistema de gobierno, con un líder y consejeros,

que se consideraban a salvo, protegidos de sus perseguidores por el impenetrable pantano infestado de mosquitos y sanguijuelas y cuyos secretos senderos solo conocían los iniciados, que sabían que las autoridades hacían la vista gorda dado que costaría muchísimo dinero devolverlos a la ciudad, y aquellos que hubieran escapado nunca dejarían de buscar problemas, nunca dejarían de protestar y rebelarse, de modo que era más sensato castigar con el olvido en lugares salvajes a aquellas almas rebeldes, pues a fin de cuentas nunca escasearían los contingentes de nuevos esclavos procedentes del interior. Y, además, los eunucos no permitían que entre ellos hubiera esclavas.

Un día se desató la peor tormenta que había vivido nunca. Era como si el calor se estuviera apoderando de mí. Era como si los ojos se me hubieran salido de las órbitas, como los de un cangrejo. Me apretaba las palmas de las manos con fuerza contra las cuencas, pues sentía como si la arena y unas astillas de vidrio estuvieran raspando mis protuberantes y desgarnecidos ojos, como si vieran demasiado y tuvieran demasiada sensibilidad, así que intentaba encajármelos otra vez en el cráneo, pero palpitaban violentamente en mi cabeza y se volvieron hacia dentro de mi cráneo, y cuando abrí los párpados ya no vi nada, solo veía el calor, y que todo era agitación y temblor. Tampoco era capaz de oír. Solo podía sentir aquel aire oscuro como boca de lobo que venía hacia mí, y se alejaba de mí, y comenzaba a empujarme por todas partes, a tirar de mí en ráfagas hacia este lado y el otro, a hacerme mirar de frente el desgarrar de unos relámpagos que transformaban llamativamente las cosas y en un nuevo destello lo ennegrecían todo, dejándome por completo confundida acerca de qué dirección debía tomar. Vi un árbol de un intenso color naranja allí donde antes jamás había habido un árbol. Vi una nube gris hecha de crestadas golondrinas de mar y, después, una segunda nube, espesa de brillantes sardinas. Vi llover peces y un precipitar de medusas y unos restos flotantes que ejecutaban extrañas maniobras, y vi una cabaña volando por los aires hasta casi reventar, y de pronto la cabaña se derrumbó y quedó aplastada y de pronto comenzó a perderse en remolinos, hecha pedazos.

Huí entonces del viento que nos atrapaba a mí, a los desperdicios y a todo lo que era frágil, y avancé como pude hacia una inclinación, medio a rastras, tambaleándome de un apoyo al siguiente, árbol, poste, puerta, casa. Antes de que fuéramos lanzados al espacio, yo, las cáscaras, los jirones, antes de que volásemos en un torbellino que giraba y giraba hacia la eternidad. El mar se agitaba. Luchaba contra sí mismo. Se abría en dos, se precipitaba sobre sí y se ovillaba de nuevo, se lanzaba hasta lo alto del cielo, caía de golpe con un sonoro estruendo sobre la línea de pleamar y avanzaba ola sobre ola cubriendo las barriadas pobres de la ciudad y los exuberantes bosques, y entre

las palmeras y los rosales de los jardines de los ricos aparecieron restos de pecios de esquifes y de dhows que habían sido fabricados para el mar y habían disfrutado del mar. El viento rasgaba las velas, las arrancaba de los árboles donde habían intentado ocultarse, semejantes a fantasmas de aves, y las empujaba muy lejos, hacia aquel extraño interior.

El mar se retiraba dejando un áspero susurro sobre su destrucción, recogiendo en su último aliento, retorcido, espumoso, y se rendía a una lúgubre quietud, y el viento se rendía también, dando paso a una calma tan enrarecida que hasta un sollozo podría haberla hecho pedazos.

Aquella frágil paz duró muy poco. Se oyó un repicar de gotas. De pronto el repicar se convirtió en aguacero. Un denso manto de agua se precipitaba sobre un mar que había olvidado por completo su breve calma y se agitaba, henchido y confuso, a medida que la marea lo arrastraba hacia un lado, y el viento lo empujaba hacia el otro. Llovía a cántaros, caían goterones de agua duros y perpendiculares, gotas que dejaban sobre la superficie de la calle sus marcas de viruela, agua que corría y barría y lavaba lo que el viento había olvidado arrastrar, y se perdía en repiqueteantes surcos. Una lluvia bullente, resuelta, metódica. Una tormenta de agua con un propósito determinado.

Alguien debió de oírme gemir. Alguien debió de oírme sollozar allí donde me hallaba, atrapada bajo una rama de cerezo de kudu, un árbol que, bajo las órdenes de la tormenta, quiso reclamarme como sacrificio porque yo siempre había decidido ignorarlo y nunca había tratado de buscar el favor de su espíritu, pues no sé qué espíritus existen salvo el que vive en mí. Quizá porque nunca fui demasiado lista. Quizá. Quizá el origen de mi obstinada rebeldía residiera en no haber llevado hasta allí nada mío conmigo, y los rituales del lugar se me antojaban vacíos, de manera que creaba mis propios rituales para el espíritu que moraba en mí, y, sin saber nada de antemano, iba y recogía una concha blanca y otra negra. Aplacaba al espíritu de la tierra, al espíritu de la casa, del aire. Traía una ofrenda de expiación, recitar rimas, mascullar una fórmula, aplacar al espíritu del árbol, él escucha, él percibe tu gesto de sacrificio, él velará por ti; solo debes tener cuidado cuando hablas: no, aquello no significaba nada para mí. Yo sonreía a los gestos. Caminaba con indolencia entre los cerezos de kudu, que después de todo habían sido plantados aquí y allá, en las esquinas de las calles, solo por sus intensos colores otoñales, y no era que hubieran ido a crecer en tal sitio en mi beneficio. Caminaba entre ellos con la cabeza en las nubes y sin ofrecerles nada. No, me reía de esas otras mujeres que, encorvadas junto al silencioso tronco, se inclinaban ante los árboles y, con reverencia, posaban un puñado de granos de mijo en la gran hoja de un árbol de la fiebre mientras dejaban caer

sus murmullos. Yo no murmuraba nada, ni al espíritu de ningún otro árbol del mundo. Mi lengua está hecha para mí; mi lengua, mi boca, todo mi ser es mío. Apreté el oído contra el tronco marrón y gris del cerezo de kudu y escuché atenta para ver si su espíritu tenía algo que decir, pero lo único que escuché fue la madera creciendo lentamente, expandiendo lentamente la crónica de sus años en forma de anillos, y supe que jamás tendría nada que decir acerca de una mujer que un día cualquiera apoyó en él la cabeza, de la misma manera que tampoco tendría historias que contar acerca de los bobos que le rogaban una bendición. Esta era la opinión que sostenía mucho mucho antes de ser yo misma vista como el espíritu de un árbol.

Y entonces el cerezo de kudu te castigó, bromeó mi benefactor; él, que envió a sus esclavos a liberarme de la rama en cuanto fue advertido del accidente ocurrido delante de su casa. Me brindó refugio en los dormitorios de sus esclavos hasta que sanó el hueso que se me había roto. Pero, antes de que pudiera volver a ponerme en pie, él ya se había convertido en mi tercer amo.

Así que debió de disfrutar conmigo. Así que debí de proporcionarle placer. Una tarde acudió a interesarse por el estado del paciente que el azar había puesto a su cuidado, y pareció sorprendido cuando me reí de la superstición que existía en torno a los cerezos de kudu, y me sonsacó mi corta historia, tan aburrida y limitada como la historia de la mayor parte de las esclavas de la ciudad. Me adquirió por medio de una breve y concisa transacción, y mi estancia comenzó humildemente en la parte alta de la residencia, la que tenía el techo de la terraza construido con la piedra de una remota cantera, vistas sobre el mar y la ciudad, que se extendía allá abajo, y cuidadas edificaciones anexas y patios interiores prolijamente arreglados. Mi benefactor a menudo me mandaba llamar. Hablábamos. Llegó la noche en que durmió conmigo. Me encontraba adorable. Mantenía relaciones sexuales conmigo, pero con más frecuencia me ordenaba desvestirme y que simplemente le hablase en voz baja, mientras él me observaba del modo en que uno observa un bonito atardecer o algo similar a eso. De idéntica manera miraba al serval de su hijo. Cuando le sobrevenían los accesos de fiebre, solo yo tenía permiso para quedarme con él, y entonces me sentaba y le abanicaba.

Compañeros de esclavitud de mi segundo amo, que habéis permanecido en la desdicha: no tuve ocasión de lamentarme por vosotros. Sucedió que el huracán me eligió a mí. Me limité a aceptar lo que vino a mi vida. Nada anhelaba, nada me entristecía, nada consiguió emocionarme en el pasado, y de hecho eludía hablar de él. Era una pérdida de tiempo. Pues empezaba a centrarme solamente en mí.

Acababa de descubrir por primera vez la belleza, la mía y la de los ramos de flores; la de las estatuillas de esteatita, los broches de jade y la porcelana vidriada; la del batik teñido con índigo y la de la encantadora seda, ligera como un suspiro, o pesada, rígida y entreverada de oro. Era casi como si de nuevo estuviera aprendiendo a hablar. Me ocupé en tareas refinadas como el bordado con florituras, que me enseñaron a hacer unas esclavas de más edad; la preparación de platos para celebrar banquetes concebidos para una sala entera repleta de visitantes, y los consiguientes buenos modales a la hora de servirlos. En esto último destacaba sobremanera. Aprendí a conversar de un modo bien diferente, con un metálico tono de ironía para rematar una observación cualquiera. Aprendí a hacer que mi voz se asemejase a un suave arrullo cuando la conversación se volvía más peliaguda y las réplicas, como delgadas puntas de flecha, eran rápidamente disparadas al mismo tiempo. Aprendí a reír con desenfreno.

Sobre todo, aprendí a encontrar placer en mostrarme deseable y en el poder que, es obvio, aquello podía ejercer en mi provecho en el dormitorio de mi benefactor. Este me regaló un brazalete de marfil que se cerraba perfectamente alrededor de mi antebrazo izquierdo, y que yo lucía sin ningún pudor. A menudo señalaba con felino candor, cuando él estaba del humor adecuado, los defectos más visibles de las otras esclavas: pantorrillas demasiado delgadas, hombros huesudos, dientes que faltaban, pechos desproporcionados, barbillas prominentes, dedos tan bastos como los de un chimpancé; y aunque él, por seguir con el juego, me daba la razón, y, aunque aseguraba que tales defectos eran limitados y que eso apenas cambiaba las cosas en el lecho del placer, como entre bromas y veras llamaba a su colchón, yo sabía que lo que le había dicho se le quedaba grabado en sus pensamientos. Pero aquel brazalete fue lo único que obtuve de él.

Sin embargo. Sin embargo. Mi vida brillaba. Con la boca cerrada, tarareaba mientras me frotaba la piel con aceite de coco. Solo más tarde averigüé que mi amo tenía dos clases de esclavos a su servicio, una clase por su aspecto, y la otra clase por su disposición a servir.

Pero entonces, ¿dónde se originaba esa melancolía que sufría en ocasiones? Cuando miraba desde la terraza la centelleante bahía y veía el titilar de los dhows y los esquifes, cuando miraba más allá de los tejados hacia el nebuloso horizonte y sentía mi interior cada vez más embotado por una necia inquietud y hasta el grito de una gaviota me asustaba, ¿qué hacían mis manos delante de mi rostro? ¿De qué tenía yo que lamentarme? Ahora que el cariño de mi nuevo señor, viudo adinerado y ciudadano eminente, como cálido musgo cálida y suavemente me abrigaba y me hacía sentir

delicadamente oculta en su cuidado, y no solo me hacía sentir segura, sino que insinuaba además el clarear de una nueva época en mi vida, inmersa como estaba en una relación menos rígida en la que mis talentos osaban desplegarse y era poco lo que me limitaba, ¿por qué las lágrimas se arremolinaban en mis ojos y la ciudad oscilaba en refractados colores? ¿Por qué se me hundía la cabeza en el pecho? ¿Por qué intentaba hacerme lo más insignificante posible, buscar un rincón oscuro, fingirme ausente cuando me llamaban?

Me senté, diminuta como un escarabajo, y gemí. Estaba tan llena de llanto reprimido que poco me faltaba para explotar. Hubiera deseado tener un hocico con el que hozar la tierra y desaparecer, o el tronco de un árbol para curiosear desde su interior sin ser vista, apretada contra él.

Aquel era el estado anímico que mejor conocía. Lo conocía desde hacía ya mucho. Para serte sincera, admito que también aquí lo he conocido, mi fiel baobab, mi confidente, mi casa, mi fortín, mi fontana, mi botiquín medicinal, mi gaveta de miel, mi refugio, el último recurso que me queda antes de que sobrevenga ese cambio de residencia sobre el que no tendré ningún control, mi zona liminar, guardián de mis arranques de pasión, coagulada deshojada obesidad en el invierno, y en verano meciente vivificadora cúpula de flores y de hojas y de agraces semillas que contra mi mejilla aprieto (el forro entre gris y verde acaricia mi piel), que abro de par en par para tostar y comerme tus almendras, suspendidas como una promesa que has cumplido, a la tierra inclinadas y aguardando. Tú me proteges. Yo te venero. O, lo que es lo mismo, el ratón silvestre y yo te habitamos, pero solo yo te venero, eso creo, que solo te venero yo.

Si pudiera escribir, le arrancarí una aguja a un puercoespín y arañaría tu enorme vientre entero, de arriba abajo. Me subiría hasta donde dieran de sí tus enramadas y grabaría muescas en tus axilas para hacerte reír. Letras enormes. Letras diminutas. En una caligrafía oscilante de lóbulos y rizos, en líneas circundantes que te abrazasen y que te rodeasen, pues tengo mucho que contar acerca de un viaje a un horizonte nuevo que acabó convertido en una expedición a un árbol. Aquí procede una pausa prosódica. Oh, he aprendido mucho de los poetas. Estoy versada en sus técnicas, en enhebrar lo lírico y lo épico. Una pausa prosódica y allá quedará libre el pensamiento, haciendo girar en torno a tu tronco la poética historia de una loca impaciencia que fue al final lo único a lo que pudimos aferrarnos, arrancados de las cosas materiales y consumidos y mortalmente cansados de nosotros mismos en el esfuerzo que nos llevaba hacia adelante, ese balasto del pasado.

Así te decoré línea tras línea con nuestras alucinaciones, para que pudieras digerir, dejar atrás, suavizar esta ridiculez, preservar esta inútil información en tu fornida piel hasta el día en que ocurra tu combustión espontánea. Y dejé, satisfecha, la pluma de puercoespín sobre la hierba y retrocedí un paso para contemplar mi obra, apoyando la mano en la cadera. Ahora estás vestido con mis cicatrices, baobab. No era consciente de que tuviera tantas.

Si pudiera escribir. Incluso así, la melancolía se apoderaría de mí. Hastiada, cojo el camino hacia el río, para llenar mi ser en la fría corriente con los sonidos de esta criatura que es mi hermana, para refrescarme en los humildes perfumes de la bridelia y la trema, para descolgar la mirada en ese enredo de lianas y helechos cupulados y en el lento descenso de las hojas, así como para encontrar descanso, a lo largo del día, a lo largo de la noche.

Nunca falta el simio que acude a profanar un santuario. Cuánto me irrita que los animales no se queden en los límites de su entorno natural y pretendan dirigirse a mí como si estuvieran a mi altura. Por ejemplo, la tropa de cercopitecos repartidos en lo alto de una baya de agua. Como si los estuviera menospreciando, como si representase para ellos una gran amenaza, como si yo no perteneciera también a aquel lugar, y tuviera que ser arrojada de él con reproches y malas maneras. Me miran con auténtica insolencia. Y vaya si me reprenden. Y vaya si se enfrentan a mí, si me muestran su desaprobación.

Así también la cotorra que mi benefactor tenía. La fría renuencia, el ridículo, el escarnio en sus pequeños ojos. Si te daba los buenos días, en realidad te estaba diciendo que te largases, y sus ojos se tornaban tan menudos como puntitos. Daba la vuelta a las palabras de tal modo que las cosas perdían su sentido y no era posible decir nada. Ensuciaba su jaula. Despertaba a toda la casa con sus ruidos y cuando la mandabas callar te desafiaba con un silbido tan nítido que partía el aire con su pureza; y ella, la encarcelada, salía victoriosa. Que con su insignificante inteligencia de ave hubiera aprendido a ganar mientras yo me deprimía, mostraba un comportamiento errático, dejaba ver que estaba herida, y echaba mano de la acritud para defenderme hasta el punto de decir cosas muy feas a espaldas de los dos hijos y de la única hija que aún vivían en la casa, me había granjeado el desprecio de los esclavos.

Todo lo contrario que mi relación con el manso serval de la casa. Cuántas veces quise hacer acopio de valor y deslizar indolentemente el cierre de la puertecilla de la jaula de la cotorra para que esa idiota pudiera escapar, de manera que el serval hubiera podido saltar repentinamente desde algún arbusto y dejarla inconsciente de un golpe para hacerse con ella. Se la habría

llevado entonces en la boca, la habría triturado y se la habría comido, la habría triturado hasta que no hubiera quedado nada más que una pluma gris y otra roja. Fin de la cotorra.

Allá abajo, en el patio, paseaba el moteado gato. Frotó su mejilla contra un platanero y una lluvia de flores de color escarlata, verde jaspe y negro se derramó sobre él, y unos restos de corteza gris pálido se le metieron en el hocico. Resopló, sorprendido. Luego se alejó al trote, tomando un atajo a través del adoquinado, con un objetivo claro y más importante entre ceja y ceja. No prestó la menor atención a mi llamada. Vi que había atrapado a un gecko bajo su pezuña, y sopesaba qué hacer; primero me miró a mí, y luego, con ese disimulo propio de los felinos, a su presa. Le observé fijamente. Pude mirar durante un buen rato sus cambiantes ojos e imaginar que éramos una sola alma. Bostezó, con la boca abierta de par en par y la lengua enrollada hacia atrás, y al bostezar su aspecto se me antojó terroríficamente cruel. Con todo, aquel espejismo resultó suficiente para hacerme entender que no éramos compañeros de juegos y que entre ambos debía mediar una distancia, que yo por mi parte mantendría, le prometí al felino, y acaricié su piel y le rasqué detrás de las orejas. Adorable carita, de negro hocico, tu engreimiento me divertía. Quizá teníamos más cosas en común de las que hubieras podido imaginar.

Cuando solo era un cachorro se lo regalaron al hijo menor de mi amo, pues por lo visto de pequeño coleccionaba animales salvajes como pasatiempo. En la época de la que hablo el interés del hijo se centraba principalmente en pescar, y apenas se le veía por casa, pues a horas tempranas se marchaba y hasta muy tarde pasaba el día a bordo de su barco de vela, que era extremadamente caro. Cuando estaba en casa yo disfrutaba de su desprejuiciada y maravillosa rudeza, y de su infantilismo, y me lo pasaba en grande con sus bromas. Era un jovencito muy juguetón, muy atractivo, y tan serio y tan sensible en lo que atañía a su pasatiempo que daba hasta risa. Yo lo llamaba de forma deliberada «pasatiempo» porque no creía que su padre fuera a permitirle nunca que eligiese la pesca como carrera, a menos que, quizá, pudiera gestionarla como una subdivisión del negocio familiar, y al chico le cupiera entonces, como correspondía a los vástagos de la gente adinerada, entablar negocios en lugar de lanzar las redes como un pobre y simple pescador.

Ahora entendía el motivo de mi tristeza. Había visto la procesión. Bueno, sabía que no podía dejar de esperarla. Sabía que tarde o temprano tendría que aparecer, y por esa razón subía al tejado cada bendito día para vigilar, para estar ojo avizor y ver aquello que me había prometido a mí misma no mirar.

La terrible procesión, que avanzaba con enervante parsimonia. Los vi llegar a lo lejos, desde mi puesto de observación, y pude contemplar, fascinada, a mi pesar, las señales de quebranto que me desgarraban por dentro, que me aplastaban el alma, que me hacían mirarles con desesperación, que una y otra vez me obligaban a reparar en su destino sin poder hacer nada, y a dejar de lado mis simpatías, forzándome a bromear sobre ellos para olvidar y reprimir así lo que sentía. Mis ojos les seguían desde los arbustos y los juncos entre los que aparecían, allá en el deshilachado costurón de los barrios residenciales, para tejer sus pasos por los crudos retales de luz y sombra de las calles, desapareciendo en ocasiones de mi campo de visión, pero, como conocía la ruta muy bien, fijaba mi poco dispuesta mirada un poco más lejos, en el lugar donde debían reaparecer; a la cabeza, un puñado de los hombres de servicio, armados pero a pie, como sus presas humanas, seguidos por un primitivo palanquín sobre el cual el cazador de esclavos se sentaba a su solaz, meciéndose en los hombros de dos de sus cautivos, incapaz de dormir, el gran jefe, al contrario que en el sendero inconmensurablemente largo que el grupo había recorrido entre la maleza, y bien despierto iba ahora que el momento, el momento más importante, estaba a punto de llegar, seguido por los encadenados, algunos de los cuales llevaban fardos de piel de leopardo, colmillos de elefante, cuernos de rinoceronte y provisiones sobre la cabeza, con el rostro contorsionado por la irritación que les producían los hierros que llevaban al cuello, seguidos por jovencitas y niñas de corta edad a las que unían entre sí unos grilletos algo más ligeros. Así marchaban, avanzando a regañadientes hasta su lugar de destino. En la cola, una retaguardia en la que había más hombres armados.

Los seguí. Sabía adónde iban. Tomé un atajo por callejones y avenidas laterales y a través de espacios abiertos y sin edificar y llegué a la plaza que había cerca de la playa antes que ellos, y me oculté detrás de los polvorientos y ajados árboles de ricino y de la frugal maleza que había en derredor. La llegada de un nuevo contingente de esclavos procedía con normalidad y no atraía la atención de nadie. Solo yo era toda renuentes ojos.

Tintineando, llegaron mis compañeros de destino. Las niñas intocadas, mis hermanitas. Los jóvenes eunucos, que ya no eran hombres, que ya no eran seres humanos; los supervivientes del asalto en las tierras del interior; mi propia gente medio-gente, que ya posiblemente no era gente; los obligados, los desgraciadamente fuertes y saludables productos. Se detuvieron en seco. Les permitieron sentarse.

Posaron el palanquín sobre el suelo. El cazador de esclavos se levantó, rígido, y se estiró en un largo y placentero estiramiento, antes de abandonar su

silla y volver sus pasos hacia la ciudad para hablar de negocios sobre un cuenco de higos y una pipa de hachís. Vi que se trataba de un anciano. Tenía mechones blancos en la punta de la barbilla, pero caminaba con vigor, como si el aire del mar le hubiera revitalizado y se viese animado por la sensación de alivio que le producía saber que su difícil empresa se había saldado con éxito hasta la misma costa. Los guardias permanecieron en sus puestos. Me pregunté si ya habrían estado allí antes. Me pregunté si la dotación de esclavos estaría completa, y cuántos, debilitados por la fatiga del viaje, no habrían sido abandonados por inservibles, cuántos de ellos no habrían perecido por la fiebre de los pantanos, cuántos no se habrían rebelado y granjeado así su propia muerte. Aquellos que aún quedaban guardaban silencio, sentados en el suelo. Incluso algunos de los guardias se habían sentado.

En la playa, un grupo de golfillos lanzaba arena con la punta del pie a un pez martillo que yacía muerto. Corrían a su alrededor y ladraban y gruñían, jugando a ser perros, y reían y saltaban eufóricos sobre el pez. Se reían de pura dicha. Perdieron interés en aquella carcasa coriácea y corrieron un poco más lejos, playa arriba, en busca de diversión, agarraron unas varas y se persiguieron unos a otros siguiendo la jabonosa raya de las olas, saltando sobre el agua allí donde esta apenas cubría. Aquella breve dicha se desvaneció en el aire. La torva quietud se cernió de nuevo sobre el lugar.

Varios días atrás tuve ocasión de ver al pez martillo saltando entre espasmos en aquella parte de la playa en que los estantes de peces puestos a secar elaboraban la rejilla de sus sombras. Trataba de levantar todo su cuerpo desde la arena como si quisiera nadar hacia lo alto, en dirección al cielo. A veces un ojo estaba enterrado en la arena, a veces el otro; uno veía su condena, el otro atisbaba una esperanza, y el pobre pugnaba en medio de esa incertidumbre. Sacudidas espasmódicas, vehemente a morir, ojos que hasta morir dividirían en dos el mundo. ¿Tendría, incluso en la muerte, que reconciliar una mitad con la otra para encontrar su camino en las tinieblas? Cada vez más profundamente se iba dirigiendo hacia la muerte mediante retorcidos movimientos de cabeza. A la izquierda aparecía la muerte suspendida como una gris aparición, a la derecha aparecía la muerte suspendida como una gris aparición, no tenía elección, pero quizá estaba fabricando su propia muerte y elegía la nada absoluta de no ver nada más, y nada tenía matices ni vetas ni sustancia.

No se me permitió ofrecer ni un pequeño refrigerio a los recién llegados. Ya lo había intentado tiempo atrás y me habían echado con malos modos. Me acerqué a ellos, sin embargo. En el idioma de los trabajadores les di muy

bajito la bienvenida y les expresé mi conmiseración; pero parecía que nadie me escuchaba o nadie me comprendía. Sin embargo, les hablaba porque no sabía qué otra cosa hacer, sobre todo que fuera más efectiva que hablar.

Les conté cuanto sabía acerca de mis orígenes. Les conté humildemente mi sucinta historia. Unía entre sí los hechos según me venían a la cabeza, los recuerdos que tenía de un viaje cuyo punto de partida era el miedo y cuyo final era el miedo. No era poco el conocimiento que tenía del miedo. Lo había sentido en mis venas, pues había terminado por vivir dentro de mí, y yo había comenzado a oler como él, y a través de sus ojos había visto bosques y planicies transformarse en lugares envenenados y deformes; había escuchado a través de sus oídos, y lo que escuchaba era un gruñido, y hasta la quietud producía un ruido sordo, y había amargura en mis mejillas. Oh, de ningún modo es el miedo un degustador de sucesos. Lo engulle todo. Lo aplasta todo. No va dejando ningún rastro de sangre porque permanece inmóvil. Todo llega a él, todo se ve arrastrado hacia él, y él lo sabe.

No lo sé. Lo que sé: que disipé el miedo y el terror dentro de mis sueños y a través de ellos, y que de ese modo hice que lo innumerable y lo informe resultasen inofensivos. Pero tuve que aprender a hacerlo. Fue el resultado del dolor. Es algo que todavía hago.

Lo que sé: que yo no estaba condenada como lo estaban aquellas personas, porque el día de mi llegada, según me dijeron, yo, la única chica capturada, exenta de cadenas, me alejé del resto, salté al mar y cogí una concha blanca y otra negra. Porque estoy hecha de agua. Sé qué es lo que al aire lo vuelve agua. Entonces, según dijeron, comenzó a llover. La lluvia, la lluvia cayó en una suave garúa.

Volví la espalda a los condenados. Yo era la esclava favorita del hombre más adinerado del lugar. Tenía más poder que muchas esposas. El amor a la buena vida caracterizaba mi existencia. Me podía dedicar a contemplar indolentemente la estupidez ajena, con el símbolo del placer de mi amo alrededor de mi brazo como reprimenda para quienes pretendieran humillarme. Y, aunque los raptos de depresión llegaran a menudo, demasiado a menudo, yo apretaba los dientes: no les permitiría llevar el control. Mi existencia era todo pompa y circunstancia; era excitación y brillo; era agua cintilada rizándose sobre un lecho de guijarros; era agua de un pozo secreto bendiciendo unos labios; era la beneficencia y el poder del mar.

Como un bebé tendido sobre el vientre, que dobla su espinazo en cada intento por enderezarse, así había luchado el pez martillo.

Aprisa, con la vista nublada, me incliné sobre el muerto y lo enterré en la arena con mis propias manos, y de rodillas me detuve ante su pequeña tumba y lloré sin parar. Aquello no me produjo ningún alivio. No podía parar.

No recuerdo que, desde que vine a vivir al interior del baobab, haya llorado nunca con tanta amargura. De rabia sí, muchas veces. De frustración, al principio, cuando aún me empeñaba en conseguir hacer fuego, pues era incapaz de cogerle el truco al frote de los palos y el chispazo, que, simplemente, se negaba a surgir. O cuando, como la estúpida criatura civilizada que era, carente de recursos, intenté encontrar tubérculos siguiendo las huellas de babuinos y jabalíes, alimento solo excepcionalmente concebido para el sistema humano, cosa que descubrí a mi pesar cuando los calambres estomacales me hicieron retorcerme de dolor. Comía langostas, las que saltaban. Me ponía eufórica cuando por casualidad encontraba una hydнора que los puercos y los babuinos habían pasado por alto. Desdeñaba los avisos de mi nariz y entre sudores desenterraba la fruta, solo para vomitarla antes siquiera de que hubiera podido acercar la boca a su horripilante almizcle marrón, ideado para atraer a las moscas. Me pongo mala cuando pienso en ello. Me entran sudores fríos. Arrancaba tallos de hierba de sus hojas protectoras y mascaba las partes inferiores, blancas y jugosas. Traté de robar huevos de pájaros, pero se me daba muy mal escalar. Ni siquiera llegaba hasta los nidos. Mi vista carecía de esa agudeza que hacía posible distinguir los nidos entre la profusa hierba de la meseta.

Con el tiempo me fui volviendo más escuálida y lánguida. La debilidad me afectaba a la vista. Plantas, árboles, tocones, piedras, hormigueros cambiaban ante mi neblinosa visión para convertirse en líneas ondulantes que, fundiéndose en un orden aterradoramente hermoso, me hacían flotar y penetraban mis sueños, pues ahora dormía la mayor parte del tiempo, dormía mecida por aquellos colores oscilantes. Ellos procuraban descanso en su agitación, y yo no intentaba controlarlos, me bañaban y me envolvían amorosamente, pasaban con cuidado sobre mí y yo me sumergía en ellos, suspirando de satisfacción.

Entonces me levantaba, completamente desvelada, y paseaba como una idiota por aquella exuberancia paradisiaca. ¡Aquello sí que era un jardín! Dejad que me familiarice con él. Descuidado a la vista y lleno de espinas, lleno de zarzas. Dejad que lo inspeccione de nuevo. Las moras silvestres jugaban, traviesas, a ocultarse. Tenía que aprender a jugar mejor. Una sericea me ofrecía sublimes frutos. ¿Pero eran para mí? ¿Era eso una sericea? Dejadme avanzar entre estas olas de calor, en la visible e ignota abundancia. Cada árbol era un árbol cargado de silbidos. Hacían que me diese vueltas la

cabeza. El ruido. La exuberancia. La fe ciega. Los pajaritos cantores de mil colores, jugando aquí y allá.

Descubrí una planta trepadora con frutos de color bermellón oscuro rodeada de gruesas espinas que había crecido en torno a un árbol, y sus frutos me parecían tan bonitos, tan tentadores..., pero estaba segura de que serían venenosos, estaba segura de que no eran para mí. Mejor dejadme pasar de largo. Sin embargo, me volví, me acerqué y cogí uno. Quizá no pasaría nada por probarlo. No me atreví. Se trataba, atención, de una coluquintida, y era mortal. La fruta colgaba con tanta gracia... Quebré la punta de una espina. La pulpa era de color verde claro. Apreté la lengua cuidadosamente y advertí un sabor dulce. Saboreé un poco más. Me la comí. Y durante días esperé ponerme enferma. Después corrí llena de júbilo hasta el árbol donde crecía aquella divina trepadora y cogí todos sus frutos y me los comí, incluso aquellos que los pájaros habían picoteado. Quise darle un nombre a aquel fruto. Pero no se me ocurría ninguno que le favoreciese. Lo llamé el fruto de espinas rojas de la enredadera que durante el invierno engalana el urape púrpura en tiempo de crecidas. Me daba mucho miedo extraer miel de la colmena que había en lo alto de mi casa y que me surtiría de provisiones de cara al invierno. Ideé planes; oh, sí, pensé y pensé y pensé, pero seguía teniendo miedo. Pasar hambre y saber de un sitio donde hay comida y no ser capaz de cogerla...

Pasar hambre como la que pasaban los mendigos de la ciudad, así como los otros marginados, como los leprosos condenados a vagar por los montes y aquellos que contraían la sífilis, y el mundo les volvía la espalda; y los mutilados, los inválidos, aquellos que trataban de salir adelante con una pata de palo; los ciegos que llevaban los ojos girados hacia adentro, y el niño que les servía de guía y les ayudaba a pedir limosna. Yo no les daba nada. Como no poseía nada, nada podía dar. Apartaba la vista, repugnada. Me perseguían con la furia de los desesperados, y alargaban sus manos hacia mí y me miraban con impaciencia; solo molestaban, sucios como iban y cubiertos de llagas. Yo no era mi amo, y menos aún su hijo mayor, que arrojaba puñados de monedas para que los mendigos se arrojaran al barro, avariciosos como gaviotas, pegándose por ellas y montando un alboroto cómico. Una frenética lucha por la vida, tumultuosa, sórdida, tenía entonces lugar en las calles de las afueras de la ciudad. Yo no participaba en ella. Era como si estuvieran dispuestos a morderse y destrozarse miembro a miembro entre ellos, a golpearse unos a otros hasta que acabaran sangrando. En todo esto me limitaba a mirar, aunque a disgusto. Tiempo atrás, en la época en que pasé tantas penurias... debo admitir que me cuidaban. Me daban con frecuencia

algo que comer, eso es verdad. Había un techo de hojas de palma sobre mi cabeza, espacioso, aireado, que durante la temporada de lluvias dejaba pasar el agua, y nunca lo reparaban. Tenía ropas de algodón, gastadas por el paso de los años, para cubrir mi desnudez. Iba tirando. Eso debo admitirlo. Ciertamente. Pese a todo. Desempeñaba mis labores lenta, con pereza, e iba tirando con gran esfuerzo. El tedio no nos abandonaba. He de admitir que aquello también era la vida. Una de las esclavas que servían a mi segundo amo se convirtió en mi mejor amiga, y tratábamos de ayudarnos la una a la otra hasta donde podíamos. Ella prefería encargarse de la colada, y yo, de la cocina. Ignorábamos a las otras esclavas y nos dividíamos el trabajo según nos convenía, aun cuando eso nos acarrearía los reproches de las otras: sabíamos que no iban a ganar nada por quejarse al hombre al que pertenecíamos. Para él éramos idénticas unidades de trabajo. Las dos hacíamos chistes maravillosos a su costa. Criticábamos hasta el más pequeño detalle de sus horribles costumbres (por ejemplo, que se toquetease, o que se saliese a mitad de una relación sexual para orinar fuera). Quizá sufría de incontinencia. Mi amiga y yo nos desternillábamos hablando de él y de su altiva y desdeñosa esposa, esa vieja reseca, esa vieja estéril.

Nuestros hijos crecían gorditos y se desarrollaban bien dentro de lo pobres que éramos, y no hacíamos distinciones entre los míos y los suyos. Ella llevaba los míos a la espalda, y yo hacía lo mismo con los suyos. Ella daba de mamar a los míos, y yo a los suyos. Yo le serví de partera a ella, y ella me sirvió de partera a mí. Para nosotras, un niño era un niño. Un cálido cuerpecito en nuestros brazos, una boquita salivosa que buscaba un pezón. El cuello rollizo del uno era tan bonito como el del otro, y la dentición del uno, tan molesta como la del otro. Les traíamos conchas para que jugasen, y les trenzamos una cuerda de juncos para que saltasen con ella. Qué sociedad tan cálida conformábamos, los niños y nosotras. Cuando me tocaba el turno en la cocina, robaba un poco de leche de coco y se la llevaba a ellos sin que nadie se diese cuenta; y, a su vez, mi amiga llevaba a nuestros niños al río, allá donde las piedras de lavar, donde podían montar escándalo sin que nadie les molestase. Este delicioso, adorable estado de plenitud era lo que verdaderamente contaba en nuestras desdichadas vidas.

Ella era unos años mayor que yo. Había pasado por lo mismo que yo.

Habíamos pasado por lo siguiente:

Nos cogieron cuando aún éramos muy jóvenes y todavía no nos habían hecho la ablación, que fue precisamente el motivo por el que nos persiguieron y nos cazaron. Entre mujeres y ancianos que gritaban; entre los cadáveres de

jóvenes fuertes que habían luchado a muerte o que no consiguieron huir a tiempo; entre chozas ardiendo, la aplastada barrera del kraal y los contenedores de mijo destrozados; entre la densa hierba que no ofrecía escondrijos, arrastradas en vano tras un ancho tronco por alguien que quería salvarte, en vano. Era un grito de miedo que no servía de nada. Era una pequeña conmoción en un bosque enorme. Atraía tanta atención como el ruido de un tropel de simios. Tras aquella interrupción, los pájaros siguieron cantando. El vacilante bongo se adentró en la explanada, olfateó con cautela el olor a ceniza, descomposición y violencia, el sudor del miedo, y dio una vuelta para reconocer el lugar, sin hacer ruido. Llovía. Allí quedaron el lodo y el barro, negras charcas de putrefacción, de una historia enterrada. Qué profundos suspiros los de las tormentas. Qué ceremoniosamente se mecían los árboles. Se alzó el sol. Regresaron las estrellas.

Mi amiga me contó cuando por primera vez vio el mar, y el miedo que sintió del muro azul, la orilla que rodaba y se rompía.

Yo le dije: también aquí yo vi por primera vez el mar, pero no tuve nada de miedo. Corrí hacia él.

Mi amiga me contó que el hombre con el que se fue a vivir entonces era muy cariñoso. Era como un padre.

Yo le dije: era el mismo hombre. Compraba a las más jóvenes del mercado. Las desvirgaba con la facilidad con que uno abre una vaina. Era considerado y acogía a tu primogénito bajo su techo. Luego te vendía.

Compraba a las más jóvenes. Les rompía la blanda membrana como si fuera una ampolla. Tú eras aquella abierta de par en par de quien chorreaba sangre. Contenías la respiración, a causa del dolor y de lo que sin duda era éxtasis.

Yo le dije: me prometió un regalo. Me acercó a él con suavidad, allí donde estaba sentado, hasta que me encontré plantada entre sus piernas. Él mismo me desvistió e hizo deambular suavemente sus manos por mi cuerpo. Entonces me lamió. Luego señaló el reposacabezas con su preciosa taracea de greca de nácar y me prometió uno igual si me portaba bien. Sí, me portaría bien. Las mujeres de la casa me habían enseñado lo que tenía que hacer y lo que debía responder; y yo asentí. Le faltaba aliento y estaba impaciente.

Me dio mi regalo; ¿y a ti el tuyo?, le pregunté a mi amiga.

Sí, dijo.

¿Dónde estarán ahora nuestros reposacabezas? Y reímos.

El mío era demasiado grande para mí. Mi cuello todavía era muy corto.

El mío también, dijo.

¿Lo echas de menos?

No.

¿Sigue comprando a las más jóvenes?

Murió.

¡No! ¿Cuándo?

Hace mucho, hace mucho. Se le paró el corazón.

¡Qué pena! Murió. La verdad es que tenía buen corazón.

Sí.

Sí, sí que lo tenía. La verdad es que sí. Era muy divertido y tenía buen corazón. Y nos dejaba quedarnos con él después del primer parto.

Oh, recuerdo que no hubo una madre más dulce que yo. Jugué a hincharme durante nueve meses, ayudé diligentemente a hacer los preparativos, torpe pero voluntariosa. Chupé una piedra de tamarindo y la escupí. Una niña madre, eso es lo que era. En mi joven boca resonaba la podrida carcajada de la mujer que lleva un fruto en su seno. Hinchida ya para siempre, todo se volvió comprensible para mí. Me llevaba a mí misma. Me sentía cada vez más cansada de ese llevar, ya no podía más, mi ser latía en mi propio interior, y crecía y crecía sin cesar. Me sentaba en la playa, perdida en mis ensoñaciones, y jugaba con mis conchas, mi concha negra y mi concha blanca. Qué amables eran las otras mujeres conmigo. Cómo me cuidaban, como a una baratija. En cierta ocasión en que tuve una tos muy fea, una de ellas acudió expresamente al mercado de mujeres para comprar raicillas de sauce, que por suerte consiguió, y me preparó una infusión. Y, si me quejaba del más ligero dolor de cabeza, me hacían tomar un bebedizo de jeringa que, decían, también era bueno para el dolor de estómago, pues la cabeza lo cogía del vientre. Me cuidaban muy bien, todo el mundo que estaba a mi alrededor me protegía, y comenzaba a comprender las palabras, y me sentía feliz pero demasiado torpe, y quería que todo el mundo se apartase de mi camino.

Nadie me había dicho, y tampoco nadie me iba a decir, a quién debía llamar cuando empezara a salir el cráneo del niño y asomara fuera de mi cuerpo. Aquel grito me devolvió al lugar donde nací. Allí resonaba. Allí resuena.

Mi bebé era tan glotón... No tenía más que decir «ee», y yo le daba de

comer. Pronto se volvió demasiado grande como para que pudiera llevarlo. Para mi amo yo ya no existía. Ya había otra pequeña ocupando mi lugar. A ella yo no le dirigía la palabra.

Me vendieron por segunda vez en la plaza cerca del mar donde por aquel entonces se alzaban los desgredados árboles de ricino. Me vendieron como un objeto usado. Era un juguete roto. El lote que formábamos mi bebé y yo recibió pujas por separado y nos vendieron por separado. Simples juguetes. Sin duda, útiles. Mi amo pensaba que había malgastado el dinero. Un desconocido se llevó a mi hijo. ¿Había algo en mal estado? Otro examinó mi cabeza, el interior de mi boca, mi pelvis, mis brazos y piernas. Dudaba. ¿Había algo desviado? Un mercader envió un agente para comprar tantos esclavos como dedos tiene una mano. ¿Goteaba por algún lado? ¿Qué parte estaba rota? ¿Qué es lo que estaba estropeado? El sol me cocía la cabeza. Quería desmayarme. Objetos de uso cotidiano de sexo masculino y femenino. Uno a uno. Quedaba yo. Sobre una pierna. Sobre la otra pierna. Mordiéndome las uñas. ¿Qué faltaba? ¿Qué se había torcido? No volví a ver a mi hijo. No hacía más que dar vueltas. Nada que ver. Grité en mi interior. Si pudiera abrirme el vientre, arrancarme las tripas. Busqué un cuchillo. Si pudiera escupirme a mí misma desde fuera. Se me paró el corazón. ¿Quién me había comprado?

Alguien odioso. Eres abyecto como yo. Ven a encender en mí tu maldad. Soy perversa y peligrosa. Soy unas ubres de mono resacas, y un fresco y resbaladizo ojo de buey, y una piel humana arrancada, y el veneno de la mortal babosa de mar de succionadora boca. Soy el odio y la máscara del odio. Soy deforme. Hay una serpiente en mi sangre. Me bebo mi propia sangre. Me resisto a perder el sentido. Peleo por mantenerme a flote.

Los hombres venían y cantaban como las muchachas que cantan para atraer el favor de los espíritus, pero los fuegos no se encendían. Los que por toda la ciudad tocaban los timbales se congregaban a mi alrededor en un círculo de tablillas tintineantes cuyos sonidos líquidos, sonidos semejantes a estrellas de agua, a gotas de estrellas, a rocío de estrellas amargas, en principio debían sosegar y, en su goteo, acallar mi rebeldía. Pero ¿qué era yo si ya no era una niña? ¿De qué tenía que arrepentirse una persona desgraciada?

Por último, el que tocaba el gora. Con la pulsación de la solitaria cuerda, un fluir de delicados sonidos se desplazaron gradualmente cuerda abajo, un continuo pulsar de sonidos, cada uno de los cuales caía de inmediato sobre la tierra para convertirse en arena, y permanecía enterrado en la arena para no

germinar nunca. Cada vez más abajo se iba deslizando el sonido, cada vez más adentro de la arena. Más adentro de lo que las raíces jamás llegan.

Más adentro de donde habitan los gusanos. Ya era suficiente. Estaba enterrado. Estaba hecho. Me cogieron y, aparentemente por una cifra irrisoria, me llevaron a otro lugar. El que tocaba el gora dejó de tocar, insertó el palito en su correa, cargó el gora sobre el hombro y se marchó.

Aquel día mi nuevo propietario compró un fastuoso gallo que tenía la cabeza y la garganta tocadas por unas espléndidas plumas amarillas; el cuello de un color púrpura con tonos marrones; la espalda imponentemente salpicada de amarillo y pardo; las alas de un magnífico verdinegro con las puntas de una tonalidad herrumbrosa, y el pecho con destellos de gris oscuro y un verde dorado, un gallo con muy mal genio; y a mí.

El gallo se paseaba por el patio como le venía en gana y montaba las gallinas cuando le venía en gana. Cacareaba para despertarnos por la mañana, pero también cacareaba por la noche para anunciar el buen tiempo, tras lo cual llovía a mares. Le amenazábamos con la olla. Gallito, gallito, queremos comerte. Gallito, gallito, vuela hasta el alero de nuestra choza y cacarea hasta que el cielo se vuelva rojo. El amo es un tacaño con sus pollos. Quiero decir, nuestro amo común. Tú y nosotros, gallo, gallito, tu cacareo, tus excrementos, nuestra charla, nuestras excreciones y nuestras secreciones, nuestros bebés, nuestros ornamentos de semillas de caoba, y las prendas que arrojan nuestros cuerpos, y la casa, y el almacén lleno de cestas con especias, y las ratas que allí hay; todo eso es suyo. Las cosas para cocinar, los utensilios para comer, nuestros piojos, las cucarachas, las hormigas que habitan en las grietas de las paredes y la tierra que hay alrededor de su casa; todo eso es suyo. Mi trabajo es suyo. Mi sueño es suyo. Mis idas y venidas. Mi sudor. Mi cabello. Las plantas de mis pies. La hormiga puede esconderse. La cucaracha también. Y también la rata. Yo no. No sé dónde hacerlo. Tú y yo, gallito, estamos atrapados.

Cuando esperaba el tercero, visité a una abortista. Mi amiga me detuvo. La vida me engaña; la vida es miel envenenada, protesté hastiada. Ella se deshizo de las raíces del árbol de la violeta, con su seductor perfume, que yo había comprado.

¿Con qué has pagado?, me preguntó.

Conmigo.

Ella se mofó de mí. Puta, me dijo, lo que me hizo reír.

Si eso fuera cierto, sería rica.

¡Ya quisieras!, se mofó.

Sí, bromeé airadamente: el mundo se extiende hasta donde el ojo del amo puede ver.

Algún día. Oh, sí, algún día. Hasta donde el ojo del amo puede ver, pero yo quería ir todavía más lejos. Algún día.

Mi siguiente amo-benefactor tenía una visión del mundo a todas luces más amplia, que se extendía desde las profundidades de los bosques hasta el horizonte marino, e incluía negocios con buscadores de oro, leñadores, envíos de bienes a la costa, y, por intermediación de ese encantador extranjero de quien yo, una esclava insolente, terminé siendo esclava, también a las tierras que había al otro lado del océano.

Eran tierras lejanas, pero yo quería ir todavía más lejos. Tenía ansia de distancia.

Ahora, aquí, en mi baobab, el horizonte me rodea por todas partes. ¿Significa eso que nunca dejamos atrás el horizonte? La vida es traicionera, como miel envenenada. Por proceder de tan lejos, imaginaba que, si podía congregarse a mi alrededor, como un anillo, todos los paisajes que habían pasado ante mis ojos, aquello tendría que ofrecerme a la fuerza un horizonte más ancho. Cuanto más lejos había viajado, más ancho se había vuelto. Y lo cierto es que todo había quedado comprimido a lo que delimita un árbol.

Aquí solo hay quietud. Aquí solo hay oquedad y reliquias. Aquí solo hay un cuidado —dudo si llamarlo adoración— por parte de la gente menuda que finge ser invisible. Aquí solo hay ofrendas de carne de venado, ciruelas amargas y hongos comestibles. Si mi cáscara de huevo de avestruz, con el agujerito tan bien hecho, se rompe, me la cambian. Mi colección de perlas no hace sino aumentar. Consigo ropas. Me siento bien, siento que mi delantal me hace estar presentable, así como mi manto de cuero, decorado con huesecillos de liebre, mis perlas verdes y negras, que yo misma he ensartado, y mis largos cordeles con trocitos de huevos de avestruz. Estas son mis prendas para una nueva vida, en la que viajo alrededor del baobab y nunca le pierdo de vista, pues lo que yace en el camino que he dejado atrás solo ocurrió una vez, y lo que yace en cualquier lugar en la dirección opuesta no está concebido (amarga constatación) para que lo afronte yo sola.

Tiendo a la melancolía, pero no dejo de buscar, dijo mi incansable navegante, mi incansable viajero, mi siempre encantador extranjero, cuando el hijo mayor le hizo su ofrecimiento. Me gusta explorar tierras. Me gusta descubrir. No es que me sienta muy optimista en lo que respecta al ser

humano, pero no dejo de intentarlo; nunca dejo de buscar.

No, no seré yo quien lo maldiga. Se tendría que haber dado cuenta de que no me quedaba otra opción que seguirle, pues yo no buscaba nada; solo era una mujer arrastrada de circunstancia en circunstancia, y quien me comprase tenía que quedarse conmigo, y ahora él iba a tener que quedarse conmigo. A veces era muy fácil ser propiedad de alguien, y suponía una agradable ventaja. Yo no era más que un alguien que acompañaba a otro alguien.

Ya antes de la muerte del hijo pequeño, el hijo mayor había ideado aquel fantástico plan, y comenzó a hacer disposiciones para emprender un novedoso tipo de expedición. Nadie había oído hablar de nada así, y eso que los habitantes de nuestra ciudad no andaban desinformados. De forma continuada les llegaban noticias del otro lado del mar y también procedentes del interior. Como astutos comerciantes que eran, se mostraban escépticos ante cualquier cosa que únicamente estuviera respaldada por conjeturas o por aquello que, en su bien ponderada opinión, no era más que la ociosa cháchara de los poetas. El sueño de lo desconocido. La tentación de lo foráneo. Trampantojos que jugaban con el conocimiento. Para tales propósitos la ciudad tenía sus figuras marginales, la sutil palabra «artistas», los cuentacuentos de las plazas a quienes los niños escuchaban con la boca abierta y cuyo valor para el entretenimiento, incluida la palabra «artistas», crecía o disminuía según fuera su éxito a la hora de excitar o aburrir a oyentes y lectores. Sí, ellos, los coloridos dementes. Y, si el heredero de un hombre rico quería actuar de un modo estúpidamente romántico, si su intención era demostrar que debía existir una ruta por tierra, eso significaba que habría oportunidades para aprovecharse en su ausencia. Significaba que los contactos laborales tan cuidadosamente iniciados y forjados por su padre los podrían aprovechar a voluntad quienes se mostrasen lo bastante rápidos y astutos como para apropiarse de ellos. Nadie esperaba que el hijo mediano fuera a ser un rival, teniendo en cuenta que hacía mucho tiempo había montado un negocio de burdeles extremadamente lucrativo tras el lustre y el oropel del negocio del oro que ya había comenzado a administrar meses antes de la muerte de su padre.

Y luego tuvo lugar el desgraciado accidente del hijo menor, el que iba por la vida despreocupado de todo. Cuántos desastres azotaron aquella casa. A la muerte de su padre siguió el litigio entre el hermano mayor y aquella perversa hija que estaba todavía sin casar. Dejó la casa familiar echando pestes. Desde entonces, a su reseco espíritu solo lo alimentaron deseos de venganza. Aquellos pensamientos colmaban toda su existencia, pues desde primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche no hacía más que intrigar, y

planeaba poner al hijo mayor de rodillas aun cuando eso supusiese que tanto ella como las hermanas casadas y los dos hermanos cayesen también. Tenía la apariencia del individuo que persigue a su presa. Tenía el olor de alguien devorado por el cáncer, y todo aquello con lo que entraba en contacto quedaba inmediatamente contaminado por el veneno y la malicia de su aliento. Estaba emponzoñada de amargura.

Yo me mantenía lejos de su alcance, y con corazón enternecido fui tomándole cariño al hijo pequeño, que habían puesto a mi cuidado. Era bueno y dulce y no estaba interesado lo más mínimo en los esclavos, las esclavas y las demás obligaciones que había heredado, y, sin inquietarse por nada, él hacía su vida, siempre con una encantadora sonrisa en los labios y saludando de manera distraída.

No, no me creía esas historias que afirmaban que él mismo había buscado su muerte por culpa de una decepción amorosa. Alguien que conocía el camino que atravesaba el arrecife de coral tan bien como él no hubiera tropezado sin más, se decían entre susurros los esclavos y las plañideras de la casa. Dos desgracias entre la luna nueva y la luna llena. ¿Cuánto dura la vida de un hombre? Lo que va de un centelleo a otro del relámpago. Lo que va del momento en que la gota se hincha hasta que cae. Eso dura la vida de un hombre. Lo que va del movimiento al jaque mate. Y la gente sacudía la cabeza y se retorció las manos. Sí, así de corta es la vida. Y se talaba el árbol joven, y el viaje era breve, y el barco acababa volcado y hundido, y las plañideras vivían aquello con toda la piadosa estupidez que la ocasión requería.

No, él no era de los que pisaban deliberadamente un pez piedra. Quizá uno de sus camaradas le llamó para que mirase un banco de quimeras en las profundidades púrpuras que había más allá del arrecife y él volvió la vista, y tropezó en una afilada punta de coral y perdió el equilibrio. Eso era más probable. También era eso lo que decían sus camaradas. Lo llevaron a casa en parihuelas, tan delgado y tan bello muerto como cuando salió de casa por la mañana para ir a pescar a aquella remota bahía. Habían tenido que ver, impotentes, cómo se desplomaba en el suelo después de que lo hubieran arrastrado de nuevo a la playa, cómo empezaba a patalear sin control, cómo le salía espuma de la boca, y cómo luego se quedaba inmóvil, otra vez en toda su gloria tras aquel breve interludio que le había llevado de la vida a la muerte, otra vez tan perfecto en la muerte y tan intocado como lo había estado en vida; un joven encerrado en sí mismo, cabe decir, y en aquel introvertido encanto suyo nunca había experimentado ni la amistad sincera ni la enemistad eterna.

Calculé lo que perdía con su muerte y lo que ganaba con ella. Por enésima vez mi futuro se decidía por una nimiedad. Aguardé inquieta. Pues conocía aquel miedo. ¿No éramos los dos viejos amigos? Si alguien había sido sincero conmigo era él, quizá porque se había convertido en una parte de mí y acompañaba los latidos de mi corazón de la misma manera en que acompañaba mi respiración, porque se había acomodado en el blanco de mis ojos, en el temblor de mis dedos. Mi compañero, que había venido a proseguir nuestro trato en esa partida a la que me veía abocada, que se había acomodado abiertamente en este estar a mi lado, que arrojaba sobre mí su asfixiante aliento: aquí estaba de nuevo.

El día que siguió a la muerte de mi benefactor, cuando, confundida y saturada de amor, salí en busca del extranjero, el miedo también me acompañaba, y eran el miedo y la nostalgia los que me impelían a avanzar; y la incertidumbre, la única certeza con la que siempre podía contar, me condujo por calles donde el mantillo rompía los muros en llagas multicolores, y las puertas colgaban torcidas y podridas, y reconocí un edificio, reconocí algunos de los esclavos que iban y venían con cestos a la espalda. Era el almacén de especias de mi anterior amo, y decidí visitar a mi amiga, y llegué con mi espléndido vestido de seda y con mi sofisticada nueva forma de hablar, mis preciosas maneras, y allí me quedé, pasmada de vergüenza, confinada en los bordes de mi propia afectación.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas delante de la desvencijada choza, arañando la arena con un palo. Las gallinas y los polluelos correteaban por el patio como antaño, en torno a las cabañas y la casa, y en torno a los mangos donde la fruta caída dejaba escapar un olor amargo. A ella no parecía importarle la mierda de las gallinas y la suciedad. Un bebé desnudo con mocos reseco sobre el labio superior se arrastraba sobre su costado y se llenaba la boca de aquella repugnante arena. Le pregunté si era suyo. No me contestó. Se limitó a mirarme. Quise coger al bebé, pero me lo pensé mejor. Me pregunté qué le podía dar. Mi amiga se limitaba a mirarme. Cuando me alejé, sentí su mirada clavada en mí. Sentí como si alguien me hubiera lanzado algo que hubiera impactado contra mí. Me di la vuelta. Vi que mi amiga cogía puñados de arena para arrojármelos. La llamé. El bebé, alcanzado también por la arena, reía de pura dicha. Después comenzó a llorar. Me alejé de allí, derrotada. El bebé lloraba con rabia.

Regresé por el matadero y dejé atrás las altas palmeras, que trataban de no ver nada. Paseé por el mercado de mujeres y la plaza de esclavos y entre los esquifes puestos al sol, con sus mástiles recogidos como cómicas antenas. Vi el solitario dhow retozando en las olas y con un estridente chillido pregunté

otra vez por el extranjero y de nuevo vi gestos que decían que no, y retomé el camino hacia aquella casa enorme, deprimente, silenciosa, donde los jazmines rebasaban en manojos los muros del jardín y ponían su perfume al servicio de los muertos.

¿Cómo había conseguido mi benefactor amasar su fortuna? En una ocasión se lo pregunté al extranjero, cuando él y yo éramos los únicos que quedaban. Le acaricié los bultos con forma de guisante de las escarificaciones que tenía en la frente. Mi dedo se deslizaba sobre ellos. Nos habíamos convertido en un par de demenciales pioneros, entregados ahora el uno al otro.

¿Cómo?, pregunté de nuevo, en las pausas entre los denuestos que lanzaba la cotorra. Mi dedo se deslizaba sobre sus labios, morados como brevas. Me asombraba lo delgado que se había quedado. Tenía las mejillas muy hundidas. Reposaba con los ojos cerrados en una pequeña hondonada, llena de hojas suaves y putrefactas.

Metomentodo, dijo, tratando de hacerme callar. Seguí preguntando.

Las de tu clase lo convirtieron en el hombre más poderoso de la ciudad, dijo entonces el extranjero. En realidad, deberías sentirte halagada. Tu benefactor era un experto en su propio arte y rara vez compraba material de baja calidad. En tu caso acertó de lleno. Mira, indicó, tus proporciones físicas son de una rara simetría.

Quiso acariciarme. Aparté el brazo.

¿Cómo amasó su fortuna?

De nuevo el extranjero dio unas explicaciones evasivas acerca de los ideales estéticos que habían llevado al mercader y benefactor a buscar la perfección, un equilibrio entre lo hermoso visible y lo intrínseco, y que también le habían llevado a ver a sus esclavos como una colección de objetos artísticos, meticulosamente adquiridos, con la vista puesta en la inversión, y que a veces los vendía de manera individual para sacar un beneficio, tras haberlos refinado previamente por medio de la educación, como admitía haber hecho en mi caso. El extranjero me indicó después que mi benefactor había mostrado un notable aprecio por mis cualidades, y tanto fue así que nunca se deshizo de mí e incluso me permitió estar junto a él en su lecho de muerte.

No es así como se hizo rico, objeté. Seguramente ya tenía de antes un montón de dinero si pudo permitirse una afición semejante. ¿Cómo llegó a obtener los medios para hacerlo?

¿Y si te digo que era un bandido?

Entonces eso es lo que sería.

¿Un cazador de esclavos?

Todo el mundo roba algo. Solo conozco ladrones.

¿Soy yo uno de ellos?

¿Cómo voy a saberlo?

¿Y si lo fuera?

Entonces lo serías.

Robo dinero; no robo gente, dijo el extranjero. Robo en mar abierto. Robo antes de que me roben; antes de que yo mismo me convierta en botín.

Como yo, dije.

Sí.

¿Fue en el interior donde mi benefactor nos atrapó?

No, rio el extranjero, no es así como uno se hace rico. El desembolso que hay que afrontar no merece el esfuerzo ni el beneficio. Es mejor dedicarse al marfil, pues es un producto muerto, más fácil de transportar. Las personas, en cambio, mueren como moscas, y hay que alimentarlas, e intentan escapar, y es tremendo lo que puedes llegar a gastar en guardias, armamento y comida para ellas. La pérdida en términos humanos solo es comparable a la pérdida de capital. No, solo un tipo excepcional de hombre se convierte en cazador de esclavos. Y luego corres el peligro de que te asesinen y te roben a ti. Eso es lo que hacía tu benefactor. Tenía espías en todas partes, y mensajeros. Emboscaba a los cazadores de esclavos y sus caravanas cerca de la costa cuando todos ellos, cautivos y guardias, se hallaban extenuados y ofrecían poca resistencia. Eso fue en su juventud. Reunió lo suficiente para construir su casa, donde podía vivir sin sobresaltos en su papel de ciudadano eminente; dejó atrás su existencia como salteador de caminos; y se centró en el oro, el ámbar, la madera, en el cobre, al que la gente adinerada de la ciudad daba más valor que al oro, y en sus aficiones.

El extranjero se tendió entonces con los ojos cerrados, en silencio, como si la charla le hubiera dejado exhausto.

Me sentí impotente y humillada, pero intenté no llorar, o no llorar de manera visible y audible. La posesión y el amor son conceptos que no casan bien. Yo no quería ser como él o los otros, todos los otros de mi vida, desde

mis primeros recuerdos de unas cabañas y una madre y la seguridad que sentía en una neblinosa y sofocante dársena; desde mis recuerdos de aquel hombre lascivo que me compró para desflorarme; o los del mercader de especias cuyos tratos yo tenía que soportar apretando los dientes; no quería ser la persona que ellos habían visto en mí; todos ellos, mi benefactor, con su paternalismo, y este otro también, este hombre a quien abrazaba con todo mi cuerpo y al que de vez en cuando permitía entrar en mí para estar absolutamente llena de él, absolutamente plena, convulsamente llena y realizada, flotando, satisfecha hasta lo más hondo de mí, provocando su satisfacción y al mismo tiempo convirtiéndolo en una parte de mí, de mí exclusivamente: él también, él, que acababa de describirme de un modo tan analítico y que se deshizo de mí como quien se deshace de un objeto en una dispensa, incluso él; pero yo era distinta de lo que todos ellos pensaban, completamente distinta de lo que cualquiera pudiera pensar, rechazaba todas las opiniones, todos los comentarios y reproches de todas las mujeres que habían pasado por mi vida, qué sabían ellas quién era yo, qué sabía ninguna de ellas.

Recordaba las sarcásticas observaciones de los poetas acerca de las mujeres en general, pero en aquella época no me las tomaba a pecho; a decir verdad, me unía en ese menosprecio que se pretendía sofisticado, y tal exhibición de concupiscencia no me parecía vil ni algo que debiera ser necesariamente condenado. Solo vano. Vana y frívolamente participaba en ello. Vestida con tejidos lujosos que me envolvían como una delicada caricia y con los pies hebillados en sandalias de cuero, rápidamente experta en todas las pequeñas artes de la seducción, me unía a la charla y las risas. Sentía que me encontraba en la flor de la vida. Reía sin reservas. Lanzaba la risa al cielo, la proyectaba fuera de mí, y yo misma recogía las dobles estrellas de un púrpura pálido de las flores de los castaños silvestres para ponérmelas en el pelo.

Mi benefactor sonreía. Aquello le parecía atractivo. Cuando lo rodeaba con los brazos, era como si estuviera protegiendo a un niño. Era de locos, cuando él era el dueño, pero así era. Apoyaba la cabeza en mi hombro como un niño y con su misma inocencia. Y en un abrir y cerrar de ojos mi benefactor mudaba su talante y se volvía más sabio que yo, me reprendía, asumía el control y reanudaba las caricias, y cuando manteníamos relaciones era a la vez padre e hijo, y yo a la vez madre e hija fiel. Cuando estábamos juntos nada, absolutamente nada, nos era ajeno, y no deseábamos nada más. Hasta que se volvió tan débil, tan patéticamente escuálido y apático según la fiebre se fue apoderando de él que ya apenas se dejaba ver en el comedor y

prefería quedarse tendido en los frescos colchones de palma de su dormitorio. Las lluvias vespertinas que caían afuera, el frescor que traía la noche seguido durante las madrugadas por el añadido que suponía el vivo centelleo de las estrellas, la blanca salpicadura de la luz de la luna sobre mi benefactor, todo esto de poco servía a la hora de mejorar su ánimo. En cada rincón del dormitorio resplandecía el ojo de la muerte. En ocasiones, él se asomaba a mirar el mar con la mirada perdida, y rechazaba el amargo extracto de vainas de wawra que alguno de nosotros le ofrecía en un delicado cuenco de porcelana. De igual manera, ignoraba las prescripciones de los mejores médicos de la ciudad: murmuraba un lacónico «gracias» con voz áspera y luego no hacía uso de ellas.

Murió en mis brazos perfectos, sostenido entre mis muslos perfectos, apoyado en mis pechos perfectos; él y yo, padre, madre, hija, dueño, valioso objeto artístico y criada, amantes.

Aquello había pasado hacía ya demasiado como para querer odiarle. No había tiempo para odiar a nadie, ni para planear venganza. El veld nos amenazaba. Volví con el extranjero, cuya ternura también había ido descubriendo en aquel viaje interminablemente largo hacia el espejismo de una ciudad suspendida en un floreciente desierto cárdeno. Si en el pasado me había dejado llevar por el encanto de su ingenio, ahora aprendía a apreciar su humanidad, su dulzura. Cierto es que las circunstancias no se prestaban a conversaciones profundas, ribeteadas de frívolas tesis y antítesis, y en aquellos días era raro que pronunciáramos palabra alguna. Creo que ello se debía a que el silencio que nos rodeaba era enorme. Nos imponía respeto. No, es estúpido pensar así, pues a decir verdad con frecuencia estábamos demasiado cansados como para iniciar siquiera una charla. No podía negar que las cosas nos estaban yendo mal. Nos seguíamos el uno al otro, arrastrándonos a través de una región ardiente, mientras que con cansados ojos medíamos la distancia que mediaba hasta el siguiente trecho de frescura, hasta el próximo alivio de un techado de hojas, y aunque sabíamos que no podíamos permitirnoslo, pasábamos cada vez más tiempo a la sombra de los árboles. Como ahora.

Cambiábamos miradas exculpatorias. Yo le tomaba la mano y apretaba sus dedos contra mi boca.

Teníamos que seguir. No servía de nada. Teníamos que tomar una decisión. Pensamos en aquella atractiva ciudad y en todo lo que allí nos aguardaba. La escasa información proporcionada por los cazadores la completábamos con la imaginación, y, cuanto más nos adentrábamos en el

interior, cuanto más nos alejábamos de casa, cuanto más desolados eran los bosques y más lentos y reluctantes nuestros cuerpos, con mayor detalle ornamentábamos las imágenes que evocábamos. No nos dábamos cuenta de que habíamos empezado a figurarnos que lo que queríamos debía por fuerza de existir. Hablábamos de la ciudad como si diéramos por hecho que pronto le daríamos alcance, solo otro día y otro día, solo otro par de días y otro par de días, y después la veríamos extenderse en el horizonte, llana, brillante, al pie de unas montañas consistentes en puro cuarzo rosa.

Soñé con ese cuarzo rosa. Mis sueños estaban anegados de cuarzo rosa. Apenas me podía mover entre aquellos trozos escarpados. El suelo de mis sueños era de cuarzo rosa, y las columnas y los techos de mis sueños. Asomaba entre cuarzo rosa al resto del mundo. Me recluía en cuarzo rosa y asentía satisfecha.

Pero primero tendríamos que cruzar el pantano, habían dicho los cazadores.

Cuanto más ardientes eran mis deseos de ver la ciudad que se extendía al pie de las montañas de cuarzo rosa, más quería posponer la visión del pantano que había entre medias. Y es que no creía que fuera como nos los habían descrito, con esos lirios verdes y blancos repartidos en un agua tan clara como el rocío allá donde se mirase, y con esos juncos dorados a los que se aferraban unas pequeñísimas ranitas de color rojo y plata, esas arañas que se caían del oropel de sus telas cuando las piraguas hendían la hierba.

Desde que nos alejamos del mar sabía qué aspecto tenía un pantano. Sentía su aire opresivo sobre mí, y su olor penetrante me irritaba las fosas nasales. Su infinita expansión verde me oprimía por cada costado, perdiéndose en la bruma. Escuchaba un sonido de succión, un burbujeo, y veía el morro de los cocodrilos tendido en el lodo triturado. Veía nubes de mosquitos arremolinándose sobre las charcas. Veía a los peces del fango asomar a duras penas medio cuerpo para lanzarme una mirada atrevida. Y lo peor era el silencio, que solo vagamente era capaz de reconocer. Se trataba de algo opresivo que desde hacía mucho tiempo había estado aguardando a que yo iniciase un espantoso viaje, tanto tiempo que apenas hubiera podido identificarlo. Pero reconocía aquel silencio. Era el vasto, el supremo silencio que prevalecía sobre el ruidoso croar de las ranas. El silencio tenía tal altura y tal anchura que acallaba todo deseo de vivir, y luego, tras un interminable día, intentaba empujarte contra el lodo, enterrarte en los aleteos de la noche. ¿Era lo inconmensurable lo que hacía que en mi frente brotasen gotas de sudor y se agitase mi respiración? Yo lo reconocía. Era también miedo, un miedo

pegajoso que oprimía la garganta. Reconocía el miedo. ¿De qué formas podía aún experimentarlo? Conocía el miedo producido por la sed de sangre, por el aislamiento y la ignorancia, por el castigo y por el desconcierto. Lo conocía.

Aquel miedo formaba parte del aire. Se suspendía hasta la costa, donde la ciudad de mis distintos propietarios comenzaba con casuchas y cercas, con manadas de descuidadas cabras y desbordados canales repletos de suciedad nocturna, la ajetreada ciudad comercial en la que me había visto secuestrada.

Aunque ya había tratado de imaginar una clase de existencia en la que yo no fuera una posesión, no me resultaba fácil. ¿Qué hubiera sido de mí en mi tierra natal? Por ejemplo, ¿habría caminado, me habría sentado o me habría puesto de pie de manera diferente? ¿Habría entablado diferentes tipos de amistad? ¿Habría aceptado opiniones radicalmente distintas? ¿Habría seguido alguna religión? ¿Habría tenido marido, e hijos que solo hubieran sido suyos?, ¿hijos a los que yo habría criado hasta que hubieran podido sostenerse sobre sus propios pies? De pronto pensé: habría podido ser abuela. Con nietos que habrían jugado a mi alrededor en un patio lleno de gallinas domésticas.

De pronto lo entendí: en esta ciudad nunca llegaría a ser abuela. Ejercía de madre hasta que mis hijos me llegaban a la cadera, y después perdía toda autoridad sobre ellos. Desaparecían de mi vida. Para mí no había continuación, ni ningún vínculo hacia delante o hacia atrás. Había un comienzo y un final, un cierre, como si la oscuridad lo dominara todo. De haberse tratado de la muerte, habría supuesto una certeza. Ahora me resultaba imposible saberlo.

¿Dónde estaban los niños que había traído al mundo? ¿Cómo habría podido reconocerlos, de haberme topado en alguna parte con ellos? ¿Y habría sido capaz de reconocerlos? A veces miraba con atención los rostros de los jóvenes, me buscaba a mí misma en sus rasgos, en sus voces, en su manera de ser, en sus posturas, y ello suponiendo que mis hijos estuvieran aquí, pensaba amargamente, y que no los hubieran vendido para que entraran al servicio de alguien en otras ciudades o en otros países. Me preguntaba si podría reconocer un niño mío por mero instinto maternal, sin importar dónde nos encontráramos ni la manera en que lo hiciéramos. ¿Sabría que era él? ¿Sentiría un inmediato brillo de reconocimiento abriéndose paso en mí, me moriría por estrecharlo contra mi cuerpo, dado que una agridulce constatación en mi interior, una certeza más ardiente que el sol, haría innecesaria una identificación más precisa, como se supone que les ocurre a las madres? Las madres son insondables, después de todo.

De momento no había ocurrido tal cosa. Ni yo había sabido de sucesos

así. Pero continuaba mirando los rostros de los jóvenes; escuchaba la conversación de los jóvenes.

Una parte de mis obligaciones en la casa de mi benefactor consistía en divertir a sus nietos cuando las hijas casadas o el hijo mediano acudían a visitarle con sus parejas y niños. Tales visitas tenían lugar a menudo, en cualquier momento, sin previo aviso, y yo lo pasaba muy bien. Me gustaba ver a los pequeños engullir caramelos. Me gustaba cuando se me subían encima, incansablemente, y me gustaba contarles cuentos; pero con los niños y niñas mayores no me llevaba tan bien. Me sentía extrañamente avergonzada ante ellos. Era como si tuviera que percibir a las claras su disposición y sus deseos, y como si mi comportamiento hiciera visible mi falta de intuición, como si yo misma revelase lo confusa que estaba, incluso como si tuviera miedo de que pudieran detectar en mí una falta que ni siquiera el exceso de simpatía y de afabilidad pudiera ocultar. Así que siempre hubo una distancia entre nosotros. Por suerte algunos ya habían sido puestos al cuidado de su propio esclavo o esclava, que se ocupaba específicamente de sus necesidades, mientras que a las esclavas que acudían a cuidar a los niños pequeños les faltaba tiempo para dejarme el trabajo y los jaleos a mí. Y a mí me encantaba. Me encantaba limpiar boquitas sucias y escuchar terribles acusaciones, y encontrar palabras de alivio para pequeños pesares y grandes miedos. ¡Ey! ¡Ey!, les decía. ¡No metáis los dedos en la jaula de la cotorra! ¡Oh, no! Y abrazaba aquellos pequeños cuerpecitos hasta que se quedaban sin aliento de placentera risa.

Me sentía incómoda cuando mi benefactor me sorprendía haciendo esto. Su sonrisa. No tenía nada que ver con la persona que intentaba ser para él, y eso desde luego no ayudaba en nada a la confianza que debía mostrar en su dormitorio. Bruscamente, dejaba de jugar y aguardaba, con la cabeza gacha, a que se marchase.

En general no me podía quejar de la posición que ocupaba ni de las actividades que me habían encomendado en la casa. Me consideraba una persona afortunada y privilegiada, sin derechos, pero no del todo sin capacidad de elección. Ni de lejos los esclavos recibían tantas atenciones como los que ocupábamos aquella casa, y eso lo digo por experiencia. Cierto es que dormíamos en un edificio exterior, pero estaba construido en piedra, al igual que la casa principal. Nuestros suelos no estaban cubiertos de alfombras. Dormíamos en gruesas esteras. No había mesitas con una ornamentación recargada, ni urnas de cobre rojo repartidas por nuestros dormitorios. Pero, comparado con el desaliño, las apreturas, el barro agraz y los agujeros del tejado desgarrado por el viento que exhibían las cabañas para esclavos de mis

anteriores propietarios, podía considerarme verdaderamente afortunada. Añadamos a eso mi privilegiada posición, que sabía muy bien cómo conservar, y la impecable organización de la casa, y lo cierto es que tenía poco de lo que quejarme.

En la terraza, donde gracias a mi posición como favorita podía tomarme la libertad de retirarme sin pedir permiso, me gustaba pasar el atardecer, siempre que me era posible hacerlo. En tales ocasiones, miraba el resplandor que surgía sobre las tierras del interior de aquella ferocidad nubosa de la que yo provenía, y en el lado opuesto al oscuro mar que me había reclamado, y, allí plantada, podía lograr un perfecto equilibrio en la luz intermedia. Como un fantasma, podía haberme disuelto con inexorable progresión en la veloz negrura. Estaba impregnada de paz, completa. Cuando un perro ladraba, daba yo comienzo a mis cavilaciones y respiraba profundamente el aire salado, que olía a langosta, olía a rosas de Damasco, olía a clavo y habas. Podía oler las primeras estrellas. Por esa razón no podía entender qué motivo había para que no pudiera quedarme con mis hijos. Por esa razón tenía que aceptar que eran mis hijos ya crecidos lo que me faltaba.

Por esa razón sentía un enorme alivio al ver que de momento no me había vuelto a quedar embarazada.

Y también gratitud por no pertenecerle al hijo mayor, cuya forma de ser era tan radicalmente diferente de la de su padre, pues las historias que contaban acerca de maltratos no eran meras historias. Yo misma había visto los verdugones recién abiertos en los hombros de algunos de sus esclavos, y los había curado a escondidas. Era como si el hijo mayor la emprendiera con los hombres en particular; de hecho, no tenía esclavas. No es que las necesitase en la casa de su padre, pero aun así me resultaba extraño. Las esclavas apenas existíamos para aquel joven huraño que sempiternamente iba bastón en mano. Nos hablaba de un modo muy brusco cuando se veía obligado a ello (por ejemplo, cuando tenía que pedirnos que le pasásemos un plato de la mesa), y no tomaba parte en las divertidas chanzas entre hombres y mujeres de que los escritores hacían gala. Se limitaba a quedarse allí, como intimidado, medio reclinado en un cojín, picoteando de aquí y allá, y lo único que verdaderamente le animaba era contar la historia de otros países. En esos momentos sus ojos brillaban bajo la delgada línea de las cejas. Y entonces cerraba los ojos. Había algo como indefenso en sus párpados, de cortas y rizadas pestañas, cuando de repente se le relajaba el rostro, y se rascaba como un niño la oreja con el meñique, y sacudía la cabeza, y abría los ojos con la mirada fija.

Qué bueno había sido no tener que tratar demasiado con él. A mí me parecía un individuo torpe, encerrado en sí mismo. Qué bueno no haber ni soñado jamás que un día habría de pasar una parte tan larga de mi vida en su compañía; y ni siquiera después de aquello, después de haber mostrado la desvergüenza de abandonarnos a nuestra suerte llevándose lo poco que quedaba, ni siquiera después de aquello pude comprenderle. Tenía la costumbre de empujar a los esclavos, o de hacerles la zancadilla, y se reía cuando se caían de bruces con un pesado paquete de provisiones. Golpeaba maliciosamente al rebaño de sangas hasta que el extranjero se veía obligado a intervenir, y poco menos que se enzarzaban a golpes los dos, forcejeando. Me hacía temblar. Ignoraba si me dejaba a mi aire porque las esclavas apenas existían para él o si es que no se atrevía a agredirme porque en aquella época yo era propiedad del extranjero. Ni siquiera ahora lo sé. Me sentía protegida en compañía de mi extranjero.

Loca de abatimiento, abordé al extranjero la primera vez que vino tras la muerte del hijo más joven y le rogué que me comprase antes de que me llevaran al mercado. Eso era lo que temía que sucediese, que otra vez tuviera que ir y plantarme en aquel humillante lugar. Recuerdo los gestos histéricos que hice, lo estridente que sonó mi voz, y lo que me temblaba después; entonces callé. Me sentía demasiado angustiada, demasiado cansada de luchar en las garras de la incertidumbre. Terriblemente consciente de ser un engorro, una imprudente. El breve intervalo que pasó antes de su respuesta estaba impregnado de mi intensidad; mis violentas súplicas pugnaban indecorosamente con su reserva; mis manos sudorosas y gesticulantes eran indefensos tentáculos ante su rostro, y mi postura genuflexa, una artimaña de adulación demasiado obvia.

Cuando me aseguró que no acabaría en manos de ningún postor, qué maravilla sentir aquella brusca transición del atónito alivio inicial a la comprensión y la calma. Me llevé una esquina del vestido a la boca para ahogar mis sollozos, indecorosamente desmedidos, y, aparentemente calmada, le di las gracias, al tiempo que ahogaba mis sentimientos y mi necesidad de gritar y desatarme en un alocado júbilo. Reprimiéndome, me marché.

Pues el extranjero había regresado, como pensaba que haría; pero en esta ocasión había un motivo que no pude adivinar, pues daba por hecho que había venido a hacer sus negocios habituales, que había venido a comprar hierro y cobre a cambio de rollos de seda y algodón, que había venido a lomos del viento alisio a la cabeza de su pequeña flota de dhows que, como siempre, marchaban a sus órdenes, que había venido de muy lejos cruzando el ondulante mar verdeazulado donde otras ciudades mercantiles en otras costas

se envolvían en una bruma de misterio; eso es lo que pensaba. Que él y sus hombres habían venido a dejar un nuevo cargamento y a recoger otro.

Ignoraba por completo que en esta ocasión el extranjero fuera a abandonar temporalmente el mando de los marinos y a cederle el control a un subordinado para emprender un viaje hacia llanuras y montañas siguiendo el camino contrario al que ejecutaba la danza de las mariposas de vetas marrones, nadie sabía a dónde, nadie sabía por qué. Y nadie sabía cómo se había dejado convencer. No dio ninguna razón. Se fue. Yo le acompañé por ser su última posesión, recién adquirida. Me convertí en parte de la extensa organización que ocupaba sus horas y las horas del hijo mayor y que les tenía a ambos haciendo cálculos a la luz de sus lámparas de aceite hasta bien entrada la noche y les llevaba a desentrañar lo posible, lo probable, lo real y lo enigmático y a compararlos unos con otros hasta el aburrimiento. Lo posible y lo imposible se derrumbaba, se levantaba y flotaba en ese equilibrio. No dejaban de acumularse detalles, y se agotaba una idea, se buscaban otras nuevas, y al final el porqué carecía de toda importancia. La imaginación y el beneficio económico eran el motivo. Sueños infantiles. Nostalgia de la lejanía. Elaborar cálculos. Una veta de rebeldía. Quizá la última.

En fin. Por esa razón partimos en pos de las fronteras del espíritu. Invertebrados a punto de cambiar de hogar, eso es lo que éramos. Conchas marinas deslizándose sobre la arena. Una colonia de anémonas resbalando sobre rocas secas, apoyadas en su único pie. Peces caminando sobre sus aletas. Bamboleantes celacantos de escamas saladas. Ululantes dugones.

Nuestra procesión de porteadores, rebaños y palanquines que, cargados con su pasaje, llevaban los porteadores sobre los hombros se internaba entre vueltas y revueltas hacia el interior, camino del gran océano que brama en los más remotos confines del mundo. Podría no encontrarse demasiado lejos, como juiciosamente habían concluido el hijo mayor y el extranjero con ayuda de sus mapas. Calcularon que aquello no tenía por qué llevarles toda la vida. Considerándolo todo, de hecho, debía de tratarse de un atajo que conducía a la tierra de esos diestros marineros que en fechas recientes habían llegado a la ciudad jactándose de las privaciones que habían pasado sobre las olas de un inmenso y desconocido mar, y que podían dar fe, amparándose en la evidencia de los numerosos casos de escorbuto que se habían dado entre los marinos, de que procedían de los límites más remotos de los límites más remotos.

Para nosotros era como si de repente hubieran aparecido de la nada, como si hubieran llegado —oh, tan despacio— cruzando la bandeja del mar en

voluminosas carabelas, dirigidas por una masa de velas remendadas allá en los aparejos, en los que veíamos a los marinos afanarse con agilidad simiesca. No nos impresionaban. O hacíamos ver que no. Pero aun así nos congregábamos en la playa o subíamos a los tejados de las terrazas. El que era rico pedía un palanquín; el muchachito alegre se subía a la copa de un cocotero; el que era carpintero dejaba sus herramientas y olvidaba sus encargos y se ponía en pie; el que sospechaba que aquello podía brindarle nuevas relaciones comerciales cerraba su negocio y, junto a una pequeña comitiva de escribas, paseaba tranquilamente, conversando, intercambiando saludos, fingiendo aburrimiento, hasta llegar más o menos a ese lugar de nuestra traicionera bahía en que los marineros echarían anclas. ¿Pero qué podían ofrecer que no tuviéramos nosotros? Ese era el sentir general, y la ciudad no bullía de excitación, no al menos de manera palpable, y los recién llegados recibían una indolente bienvenida, sin suspicacias, pero aun así... no al menos de manera palpable.

El hijo mayor fue el primero al que invitaron a bordo del buque insignia. Le pidió al extranjero que le acompañase, debido a su mayor conocimiento acerca de asuntos marinos. Recuerdo el aire de nobleza que le otorgaban al extranjero su toga de rayas verdes y su verde tocado, lo alto que se le veía al plantarse en la cubierta de mando entre aquellos recién llegados de rostro barbado y, junto al hijo mayor, intentaba hacerse entender en el idioma de los marineros, prolijo en gestos y movimientos de cabeza, arriba y abajo, adelante y atrás. Todos aguardábamos noticias. Supimos así que había un lugar al otro lado del disco terrestre, supimos de exploradores que habían navegado hasta nuestra tierra bordeando el límite del mundo, y de las portentosas tormentas con que los dioses pretendieron despeñarlos para sumergirlos en la nada, de las voces que escucharon en los aullidos del viento alertándoles para que diesen la vuelta y de los monstruos que encontraron en tierra cuando acudieron a recoger agua fresca, de sus breves recesos para reparar vergas rotas, de las balizas que habían levantado, de pueblos atrasados y hostiles, y también nos hicieron saber, aquellos hombres recios, no muy altos, velludos, vestidos con gruesos y peculiares ropajes, que navegaban en nombre de su rey, señalando hacia un signo rojo que había en sus velas amarillas.

Inadvertida como el nacimiento de una ola, una idea fue tomando inadvertido cuerpo. El hijo mayor del más adinerado mercader de la ciudad, todavía soltero, aquel cuyo interés por las tierras lejanas era tal que se había sentido atraído hacia el extranjero hasta el punto de no dejar de atosigarle con sus preguntas, aquel que tras la muerte de su padre había heredado los más importantes negocios mercantiles y se esperaba que los dirigiese como

correspondía a un hombre de su posición y prestigio, y que se involucrase en los intereses de la ciudad, ese mismo individuo se apresuró a casarse en vísperas de partir rumbo a un destino que en opinión de todo el mundo solo existía en su imaginación y por cuya causa todo el mundo se reía de él en secreto.

Solo había una persona que no se reía, y me refiero al extranjero, a quien el hijo mayor persuadió para hacerle sellar su destino de este modo: interrumpiendo sus viajes, uno hubiera supuesto que temporalmente, por el ancho mar de una tierra a otra tierra, sus viajes a todo lo largo de una masa de agua demasiado conocida azotada por ciclones, bendecida de monzones, para intentar lo desconocido que suponía un viaje terrestre con una meta incierta. Una mirada acostumbrada al nervioso ondular del agua iba a tener que acostumbrarse ahora al verde de los bosques y a los pantanos, a quebradas cubiertas de musgo y a escarpados barrancos, a llanuras y ríos perezosos y a un horizonte de colinas cupuladas. Las estrellas ya no titilaban sobre una oscilante superficie acuosa, sino sobre la estable solidez de la tierra, y esa superficie se antojaba relativamente más calmada y de más seguro curso en la inmensidad de la noche. Las estrellas de la tierra parecían más quietas. La noche parecía más densa. Todo parecía más digno de confianza.

Supongo que el espíritu de la aventura no es otra cosa que eso. No tendría por qué molestarme que lo que le llevara a embarcar fuera una cosa tan tonta como esa, que fuera eso lo que le iba a acarrear una muerte banal en el corazón de lo salvaje, llorada por su última posesión, yo. Fui yo la única que quedó, y recorría la orilla del río de arriba abajo llamándole ansiosamente, lastimeramente, impacientemente, sin ninguna esperanza, sintiéndome burlada por los pigargos que, de árbol en árbol, surcaban las corrientes de aire sobre el río y que con sus chillidos proclamaban, por orden del cocodrilo gigante, que aquel lugar era territorio prohibido.

Acabar en el vientre de un reptil... Hay ocasiones en que de verdad no puedo evitar reírme al pensarlo. Después de todo, es una muerte particularmente risible. Uno está tan acostumbrado a mirar a esos otros seres que pueblan la tierra como comida, a aceptarlos como fuentes manifiestas de comida y a poner todo lo que sea comestible al servicio de la propia digestión, a hacer de la ingestión de la comida todo un arte al añadir condimentos y servirla con sumo buen gusto en platos que hacen juego entre sí, a hacer una fiesta de cada comida y desarrollar hábitos a su alrededor que terminan por anquilosarse en rituales, en hacer toda una historia de la, por otro lado, absolutamente natural función fisiológica de comer; uno está tan acostumbrado a todo ello que resulta de lo más gracioso que otro consumidor

humano acabe él mismo comido. Aquel que era intocable y portentoso demostró que no era más que comida cuando un atinadísimo golpe de cola — en realidad no atinadísimo, sino en realidad ejecutado con inconsciente perfección— le tiró al agua y terminó ahogado y devorado.

¿Escaparía su espíritu entre burbujas? ¿Es posible que el alma del agua, mi compañera, se pusiera celosa y se apropiara de él?

Empecé a cogerle miedo al curso de mis pensamientos. Yo, que estoy hecha de agua, nunca le deseé aquello, y, por absurdo que sea, él ya no se cuenta entre los vivos, por risible que resulte acabar siendo comida de cocodrilos, como si fuera menos ridículo que te entierren y te devoren los gusanos. Murió. Ya no está.

Desde entonces reflexioné mucho acerca de la naturaleza de su muerte, y la consideré un incidente normal. La disfrazaba, me ocultaba las verdaderas circunstancias y me contaba a mí misma una historia por completo distinta. Incluso cuando a solas le maldecía amargamente, a él y a su nobleza, o, como llegaría a concluir, a su terca rectitud, empleaba una metáfora en la que el nombre de mi gran espíritu nunca aparecía. Maldito el suelo que bebió su sangre, prefería decir, intentando con ello que la abominación recayese sobre la tierra, o, si no, sobre la hiena y el buitro. Hice una ofrenda a la charca del oscuro hipopótamo donde vivía el señor de los cocodrilos. Solemnemente, arrojé allí mi brazalete de marfil. Se hundió sin hacer ruido, dejando en su lugar poco más que una ondulación. Todo volvió a la armonía, y en el silencio que el viento trajo consigo solo se escuchaba el chillido de los pigargos, guardianes de los tramos de agua.

¡Ojalá supiera si también yo estoy destinada a morir en el agua! Lo deseo con todas mis fuerzas. Quizá tuve que entender que el agua fue el destino de mi extranjero por haberle sido desleal a la gran agua para la cual había vivido.

Juro que seré fiel. Cada vez que sumerjo el cuenco de mi huevo de avestruz en la burbujeante corriente, murmuro:

Agua sí agua

vives en el lecho de los juncos

y en el hueco del baobab

agua que provienes de lo aéreo

que manas de los centros de la tierra

tú recubres la tierra

*vives debajo y por encima de ella
tu espíritu es tan grande en una gota
como en todas las corrientes y tormentas
impaciente te tomo y te rebebo
agua que estás en mí*

Sabe dulce el agua de la corriente. Doy gracias por haber llegado aquí tras la desaparición del extranjero. Doy humildemente las gracias a mi espíritu del agua por servirme de guía. Y por las tormentas que limpian y acicalan el baobab y le hacen estallar en retoños y le revisten de pronto de todas sus hojas, y una a una descuelgan de cada ramita sus grandes flores, arrugadas y blancas, para que las fertilicen los murciélagos, arrugados y blancos, y malolientes.

Cuando el árbol florece me resulta imposible sentir amargura. Veo entonces el viaje como un equívoco que no tuve más remedio que afrontar; ya no pretendo entenderlo y arrancarle un sentido. Digo el nombre del árbol en voz alta, el nombre del agua, del aire, del fuego, del viento, de la tierra, de la luna y del sol, y todo se define en los nombres que digo. Digo mi propio nombre en voz alta, y mi propio nombre no significa nada. Pero sigo existiendo.

En una ocasión escapé del árbol. Corrí sin rumbo hacia el veld, intentando apartarme de su vista ocultándome tras una enorme roca, y abrí la boca y produje un sonido que tuvo que ser el sonido de un ser humano porque soy un ser humano y no una bestia salvaje que gruñe ni una langosta cornuda que produce sonidos silbantes con sus alas ni una avestruz que brama, sino un ser humano que habla, y produje un sonido y elaboré una acusación y la lancé a lo alto, al aire del crepúsculo. Un horrible sonido quedó allí expuesto, en el aire, y por medio de aquel sonido intenté someter todo cuanto me rodeaba; dominarlo con tan solo un sonido salvaje prolongado.

Por la noche oigo el rugido de los leones. A cada rato me levanto para echar leña al fuego. A veces veo el centelleo verde de unos ojos a la luz de la hoguera. Por la mañana cocino tubérculos que la gente menuda me deja en las cenizas, abro una massala de dura cáscara con un palo y rebaño la carne llevándola hasta mi boca con el palo. Un trago de agua, unos bulbos asados, y ya estoy preparada para seguir adelante en mi lucha contra el tiempo. Pugnamos en un círculo vicioso interminable. No logro dividirlo y segmentarlo, crear una lógica por la que poder controlarlo, a pesar de mi

inventiva con las cuentas. A veces me confundo y olvido cuándo relacioné qué con qué. El verde y el negro los mezclo en función de mi estado anímico. No puedo quitarme el tiempo de encima. Continuamente se planta de cuclillas delante de mi árbol. Todo lo que alguna vez ha formado parte de mi vida me acompaña por siempre, de manera simultánea, y los hechos se niegan a formar una obediente hilera. Se engarzan unos a otros, cada cual gira alrededor del resto, se dispersan, se obligan a permanecer en mí o intentan salir de mi memoria. Me cuesta sobremanera ensartarlos en el collar de mi memoria. De ningún modo soy una despreocupada arrierita de tiempo. El día y la noche se suceden. El verano, el invierno, otro verano, y aquí está otra vez el invierno —qué cosa más sencilla—, pero no es este el tiempo que me ha convertido en lo que soy y que vive en mí con otro ritmo.

A veces cuando me estoy lavando en el río observo gravemente mi reflejo en esa tranquila superficie y trato de averiguar cuánto he envejecido. No es fácil, pues, por muy quietas que estemos el agua y yo, una distorsión continua y suave arruga mi reflejo; es un corrugarse del agua que reemplaza de manera favorecedora la posible formación de arrugas por la edad. Me arrojo una piedrecita —la arrojo a mi reflejo, quiero decir—. Oscilo grotescamente arriba y abajo, me rompo en pedazos. Incansable yo. Recojo entonces en mi interior mi fragmentado yo del agua. Cómo lucha mi alma. Me dejo cocer por el sol para secarme, todavía vestida, y tomo el camino que lleva a mi morada. Pronto llegarán los elefantes. El sol ya se descuelga de los brazos del baobab.

A veces es simple melancolía.

No soy capaz de entender ese lenguaje de pequeños chasquidos de la gente menuda. Me parece como si fueran los geos los que hubieran comenzado a hablar. De todos modos, ¿cómo podría aprender su lenguaje? Tras la extrañeza de aquel primer cuasiencuentro, rara vez se comunican a una distancia en que yo pueda escucharlos. Un día vi que abatían una jirafa. Mientras desollaban al animal y lo abrían en dos, barboteaban presa de la emoción, incluso se peleaban entre sí, o eso me pareció a mí. Escuché atentamente pero no aprendí nada. Es un lenguaje para geos y xilófagos.

Por una cuestión de respeto permanezco en la abertura del baobab, en una posición en que no me ven. Tras aquel tiempo en que les obligaba a mirarme y veía cuánto les ofendía eso, nunca volví a imponerles mi presencia, y acepté con gratitud y alegría cada migaja de comida que me traían, cada objeto útil.

Y cada objeto inútil. Como el puñado de clavitos dorados. Cómo brillaban. Qué bonitos eran. Yo ya tenía cuentas, piececillas, una concha de avestruz, ropas y, maravilla de las maravillas, una vasija entera de barro,

negra, envejecida, pero aún perfectamente útil, que la gente menuda encontró y me entregó, y con la cual transporto agua sobre mi cabeza. Y ahora estas adorables chucherías.

Dejaba vagar mis pensamientos e imaginaba las más maravillosas historias acerca de una ciudad de salientes muros, de piedras encastradas en galones, de ecos sagrados que bramaban oráculos sobre el veld. Una ciudad más o menos como aquella que vimos construir a las mujeres en nuestros viajes. De hecho, pasamos por algunas ciudades de piedra similares a aquella. Unas abandonadas y ya medio desintegradas; otras que habían sido dejadas a medio terminar y comenzaban a convertirse en escombros, y otras en pleno proceso de construcción. Algunos eran muros de terrazas y otros de casas, templos y establos, todos ellos erigidos por el trabajo de las mujeres. No se veía ningún hombre a la redonda, lo que a decir verdad me resultaba extraño.

Quizá fuera que los hombres habían salido de caza. ¿Han salido de caza?, le pregunté al extranjero por encima de mi hombro.

Eso creo, respondió.

¿Entonces las mujeres construyen siempre solas? ¿Son siempre ellas las que llevan las piedras, las que las cargan siempre, son ellas las que trazan los planos?

Raro, raro, respondió el extranjero.

Desde los palanquines que nos hacían oscilar de lado a lado y nos permitían avanzar, mirábamos a aquellas afanosas trabajadoras con curiosidad. Yo sostenía una enorme hoja sobre los ojos para evitar el sol. Allí sentada, como una auténtica dama, observaba a la multitud que trabajaba bajo aquel sol abrasador, y me sentía tan bien que no cesaba de hacer comentarios frívolos y observaciones distendidas. Nunca antes la vida había sido tan agradable.

Quizá los hombres hayan ido a la guerra. Quizá planean atacarnos, bromeó el extranjero.

¿Qué dice nuestro líder?, pregunté.

Oh, siempre está de buen humor. Es un individuo demasiado eufórico.

Sí.

Me veía a mí misma como una espectadora pasajera, intocable, extrañamente elevada, siempre en movimiento, y pensaba qué otra cosa igual de clara y sucinta podía decir desde mi asiento. Quizá sean... Quise decir

esclavas. Pero me tragué la palabra.

Quizá entre las mujeres se contarán algunos miembros de mi desconocida familia, la que había dejado atrás. Quizá yo provenía de allí, o de algún lugar próximo. Era más sensato no hacer preguntas y dejar que las cosas siguieran su curso. ¿O acaso los hombres habían salido a cazar esclavos, y eran las mujeres las que tenían que llevar a cabo el trabajo de los hombres? Las mujeres se hallaban desnudas de cintura para arriba. Llevaban conchas de caracol y amuletos multicolores decorados con cuentas alrededor del cuello, y tobilleras de alambre de cobre. Así que ahí iba yo, con todos mis privilegios, con la seguridad de ser la preferida, en la posición que aquel viaje me había conferido en virtud de ser la criada predilecta de uno de los líderes. No, la criada no; de ninguna manera: la amante. Disfrutaba de la libertad de encontrarme en lugares extraños con un hombre a quien podría haber adorado, una hueste de siervos y un líder malhumorado, pero de este no me costó olvidarme. Y no tenía la menor escapatoria. ¿Para lanzarme a merced de lo inhabitable? Menuda estupidez. No menos estúpido que establecer contacto con aquellas mujeres cuando nada me aseguraba que fuera a ser bien recibida, o que me fueran a proporcionar alguna ayuda. Así que oscilaba con altivez, pero observaba con mirada ansiosa la hierba verde que había al otro lado de las paredes de piedra marrón. El lugar carecía de ángulos rectos, en beneficio de unas suaves curvas que conectaban con las curvas de la tierra. De este modo construían las mujeres.

Llevaba un rato fijándome en algo que mi porteador delantero tenía enredado en el pelo. Me di cuenta entonces de que se trataba de monedas. Es decir, dinero robado. Pensé advertírsele aquella noche para que lo escondiese mejor, pues a los porteadores los cambiaban continuamente para repartir mejor el peso. Era cuestión de tiempo que se viera en la obligación de ayudar a llevar al hijo mayor, y difícilmente este dejaría pasar sin castigo una ofensa tan flagrante. Pobre diablo. ¿Pensaba escapar algún día? ¿Pensaba huir una noche a las aldeas cercanas a comprar comida? ¿Pensaba poner pies en polvorosa, con la cabeza repleta de metal y el corazón ingrátido de alegría, sintiéndose vacío por dentro a causa del miedo?

De hecho, él fue el primer hombre al que perdimos. Por lo visto se las ingenió para desaparecer. Pero nuestra siguiente pérdida supuso un golpe mucho más duro. La dulce y hermosa manada de sangas desapareció de la noche a la mañana, como si algún espíritu de la tierra hubiera abierto una grieta, y uno a uno los sangas hubieran entrado en ella, y allí estuvieran ahora, descendiendo al vientre de la tierra, haciendo chocar entre sí sus largos cuernos y avanzando a duras penas.

Aquella noche no habíamos apostado ningún vigilante. Nunca lo hacíamos. Averiguamos que tampoco teníamos a nuestro servicio rastreador alguno, y, por nuestra parte, tampoco conseguimos divisar nada en el veld enojado por la lluvia; solo nuestras huellas en el barro, el rastro de nuestra incuria, pruebas de nuestra ignorancia que hollaban la tierra de parte a parte.

Era una pérdida muy grave. El rebaño no solo llevaba la carga más pesada, sino que también era nuestro último recurso si nos veíamos azotados por el hambre, y, por si fuera poco, habíamos planeado que, en caso de necesidad, cambiaríamos los sangas con las tribus del interior por comida o información o, si fuera preciso, por protección. Eso era lo que habíamos planeado.

La primera discusión entre los líderes de la expedición tuvo como resultado un incómodo silencio. Tras una momentánea muestra de indignación y un afilado intercambio de reproches, ambos se desentendieron del conflicto nerviosos, descontentos, y se alejaron indignados el uno con el otro, como si el agravio les hubiera colocado una rígida y brillante cresta de grulla sobre la cabeza, mientras sus pétreos rostros no insinuaban el menor deseo de reconciliación. Testarudos, arrogantes, no podían permanecer parados demasiado tiempo. Un marino siempre está en pie, siempre en marcha. El mar, su camino, nunca descansa. Te empuja y tira de ti, te precipita arriba y abajo, te lanza a babor, a estribor, rompe contra ti, te pasa por el lado barriéndolo todo, adopta forma atendiendo a sus caprichos, se te echa encima desde la altura de una montaña, se convierte en un remolino y te hace dar vueltas en un vórtice azul, se ensancha y se allana y te aprisiona en su inmensa serenidad de color verde, muda de forma y sigue siendo el mismo en sus mudanzas, y hace del mudar una permanencia, y de lo imprevisible, lo único previsible. No es veleidoso, sino que siempre es así. Razón por la cual él prefería ir a pie, explicó el extranjero, burlándose de sí mismo. En pocas palabras, no tenía ni paz ni descanso. En pocas palabras, marchaba a pie para hacer más sencillo el trabajo de los esclavos.

También yo, algunos días, por lo general a primera hora de la mañana. Mis ropas trazaban una huella húmeda sobre el rocío. La única luz procedía del débil amanecer. Trataba de dar alcance a mi larga larga sombra con zancadas cada vez más largas. Para poder caminar sobre mi cabeza. Nunca consigo darme alcance, suspiraba dichosa. Los pájaros salían de entre la hierba con un revuelo. Lo que vi: un raficero que se alejaba dando brincos, y en un abrir y cerrar de ojos se había marchado; un tropel de reduncas que rumiaban con aire inexpresivo; un rinoceronte blanco, macizo como una roca; un inquieto chacal rojo; y un león con la melena cubierta de barro y con

moscas alrededor del hocico, bostezando el bostezo del saciado y girando los ojos cómicamente. Hasta que el cielo por fin anidó en mi espalda. Les hice entonces un gesto a los porteadores para que se acercasen.

Ya hacía tiempo que había abandonado cualquier intento de mantener una conversación con ellos. Mis peticiones se veían cumplidas en silencio. Sin preguntas. Sin respuestas. Era como intentar comunicarse con zombis. Más que en la ciudad, donde me había visto obligada a trabajar con aquella clase de gente, lo que me sorprendía aquí, de un modo totalmente distinto, era la inhumanidad con la que se comportaban. Ya tuvieran una actitud renuente o aparentemente servicial, sus acciones, pensaba yo, eran propias de la gente poseída por un espíritu tikoloshe. Sus ojos se hallaban peculiarmente vacíos, y sus gestos eran automáticos, como si obedeciesen una orden fija.

Hay gente embrujada entre nosotros, le susurré al extranjero.

¿Es que no te habías dado cuenta ya?

Le miré de hito en hito, sorprendida. Descansábamos al calor del mediodía bajo una espléndida magnolia, a orillas de un río rebosante de agua. El hijo mayor había ido a dar un paseo, como siempre sin decírnoslo, sin mencionar adónde iba; probablemente no contaría nada a su regreso. Pero el extranjero y yo nos sentíamos tan dichosos en presencia del otro que no nos preocupaba lo más mínimo aquella malsana reserva; nos bastábamos a nosotros mismos, y, llenos de un ansioso celo por la atención del otro, permitíamos que aquel amargado hiciese lo que le viniera en gana.

Acabábamos de terminar de comer lo que los esclavos nos habían preparado. De no haber sido por los puñados de hormigas voladoras que uno de ellos había recogido la noche anterior y había convertido en una pasable salsa, nos hubiéramos tenido que tragar sin nada más las densas gachas de mijo. Tal y como llevábamos haciendo varios días. Pues, con la desaparición (¿o había sido un robo?) del rebaño y la redistribución de los paquetes, nos habíamos visto obligados a dejar algunas mercancías, lo que nos llevó a cometer el error, como luego reconocimos, de que el arroz, los langostinos secos, las conservas de mango, los pasteles de higos secos, los cocos, los dátiles y muchas más cosas se quedaran atrás. Nadie se echaba en cara el descuido, pero el mal ambiente se mascaba en el aire. Un líder formaba la vanguardia, el otro líder y yo, la retaguardia, y todos en general estábamos separados por la desconfianza y por una reata de esclavos.

Los pajarillos azucareros se posaban en los ramos de flores moradas y rojas que se desplegaban sobre nuestras cabezas. Había un lánguido zurear de

palomas. Reinaba una aparente estasis. El agua centelleaba entre emplumados juncos. Pasaba una brisa acariciadora. Te escucho, dije. Habla.

Por la noche invocó a los espíritus de mis familiares, susurró el extranjero, intentando hacerse el misterioso. ¿Todavía no has escuchado a la hiena resoplar? Suerte tienes de que tu sueño sea tan profundo. ¿Todavía no has escuchado el lejano ladrido del babuino?

¿Todavía no has visto la joroba del aardvark recortada contra la luz de la luna y el alargado hocico con el que olfatea los cadáveres? Los pobres habitantes de esos pueblos que se extienden a lo largo de nuestra ruta no tienen ni idea de la amenaza que se cierne sobre ellos. Ignoran la existencia de esos brujos que aparecen ahora aquí, ahora allí, y hacen que los espíritus de sus familiares profanen sus tumbas. ¿Todavía no has visto esos ojos que brillan en la noche, unos ojos rojos como el fuego, unos ojos entornados, entrecerrados? ¿Todavía no has escuchado el gruñido y el escarbar del suelo, el arrastrar y el crujir de huesos? Envío a los espíritus de mis familiares para que busquen en los kraals las tumbas de los jefes. El rebaño está tan asustado que ni se atreve a mugir. Se queda a un lado. Al día siguiente las vacas han parido terneros con dos cabezas, y el mijo dorado de los acres por donde los espíritus de los familiares cruzan a galope con sus jinetes encantados aparece aplastado y la tierra ya no produce fruto alguno, y la gran hambruna llega a todas las regiones por las que viajamos. Se vacían los cestos. Muere el ganado. Las gentes se miran entre sí con los ojos rojos como el fuego, con los ojos entornados, entrecerrados, y se arrojan sobre los débiles y se los comen. Les arrancan los labios y las yemas de los dedos, los dejan morir desangrados en ollas con agua, los cocinan y se los comen: los trozos más sabrosos para los más fuertes, y el jugo y los despojos para los niños que siguen con vida.

El extranjero se tendió de espaldas a mirar a través de la retícula de ramas y de los encajes de color verde oscuro del follaje los jirones de cielo azul.

Menudas historias, dijo. Apoyó la cabeza en las manos. He intentado vivir, continuó, sin religión ni ningún otro tipo de superstición, sin escapismos de ninguna clase, y ahora me encuentro sumido en el mayor espejismo de mi vida. Ahora busco consuelo en lo inmediato y no miro más allá de la noche que llega después de cada día.

Tras aquello dejó escapar una reflexión entre dientes que no entendí bien. Me pareció oír que me pedía perdón. Dejó de mascullar. Se incorporó y me miró fijamente.

Tendría que haber vivido la historia hasta el final, explicó. Todas las

historias se acaban. Por un instante se quedó inmóvil, atento a una bandada de estorninos que volaban alrededor de una magnolia.

Si de algo estoy seguro es de que así lo quise, dijo bruscamente, como si con ello respondiera a una pregunta mía que yo no había formulado. Así lo quise. Tras lo cual, y con una ligerísima sonrisa que le ensombrecía los surcos de las comisuras de la boca y con los ojos entornados, añadió: Creo que uno puede hacer el ridículo con dignidad. O intentarlo.

Algo cruzó la maleza a nuestra izquierda. Con los brazos abiertos, aleteando y gritando espantado, el hijo mayor corría hacia nosotros, pero tropezó como un payaso y resbaló sobre unos matojos de hierba. Como se le enredó el borde de la ropa en un arbusto num-num, tuvo que parar; tirando y sacudiéndose con desesperación, aplastando el arbusto con el bastón, intentó liberarse airadamente del abrazo de los espinos, pero aquello solo le sirvió para enredarse todavía más, y finalmente tuvo que despojarse de la ropa para lograrlo. Entretanto nos ordenó con voz quebrada, a nosotros y a los esclavos, que nos arrojásemos al suelo, que nos escondiésemos y nos agachásemos, y que nos alejásemos a rastras de allí para pasar todo lo desapercibidos que pudiéramos.

En vez de tratar de pasar lo más desapercibidos posible, todos nos pusimos en pie y miramos estupefactos el espectáculo. Con una maldición ahogada, el hijo mayor se liberó de las espinas del num-num y, caminando pesadamente hacia nosotros, nos explicó que un ejército avanzaba por el río.

¡Tiraos al suelo! ¡Tiraos al suelo!, nos ordenó sin resuello. Tuvo que haberse dado una buena carrera bajo aquel sol ardiente.

Él mismo se hincó de rodillas tras los espesos juncos y se puso a musitar algo que parecía una plegaria. Pensé si debía seguir su ejemplo. El extranjero y yo cambiamos una mirada divertida, aunque ya no tan sobrada de confianza y descaro, y, cuando uno de los esclavos indicó con un gesto silencioso que algo se acercaba, todos nos echamos al suelo con la nariz pegada a tierra, cada cual en el sitio en el que se encontraba.

Conseguí volver la cabeza a un lado con cuidado y mirar hacia el río, pero todavía no logré ver nada. Los juncos emplumados se arqueaban con calma como siempre. Las aves acuáticas no se habían inquietado aún. Alcancé a ver unos patos de color pardo surcando las aguas menos profundas y también una gigantesca garza, inmóvil, con la cabeza y el cuello asomando sobre los juncos, y al levantar un poco más el rostro vi, suspendido en el aire, el tenso temblor azul de un martín pescador a la distancia de un salto por encima del

agua, y pude ver también la otra orilla, separada del veld por un macizo de higueras en plena flor.

Mis oídos me ayudaron. Oí el golpe de unos remos y me concentré en escuchar con mucha atención. Creí reconocer voces humanas. Retazos de una conversación llegaban hasta el lugar en el que, quietos como animales salvajes, nos ocultábamos a la espera de que el peligro pasase. Vi después, a través de los aserrados espacios entre juncos, varios troncos huecos que surcaban el agua a pares, de izquierda a derecha, en una especie de formación, y en cada uno de ellos iba un grupo de remeros remando a contracorriente con gran esfuerzo. Los remos salían chorreando y se sumergían rítmicamente. Su avance era muy pausado. Probablemente en esa parte del río la velocidad de la corriente ponía a los hombres en serias dificultades. Más o menos por el centro de la formación pasó en solitario un árbol hueco, más grande que el resto, en el cual viajaba lo que me pareció una tripulación más numerosa, hombres cuyos brazos iban adornados en la parte superior con penachos de colas de animales, mientras que en la popa parecía haber una especie de trono sobre el cual se hallaba sentado un individuo con un plateado manto de piel de simio alrededor de los hombros, al lado del cual se alzaba alguien que sostenía sobre él un objeto similar a un parasol hecho de hojas de palma, o hierba, o ambas cosas, para protegerlo del sol.

Me di cuenta de que lo que escuchaba no eran retazos de una conversación, sino el gruñido que producían los remeros al avanzar.

La gigantesca garza agachó la cabeza. Dio un paso, luego otro, se aseguró de que su sombra no cayera sobre el agua y se estiró. Los patos, por su parte, surcaban suavemente el agua, graznando, meciéndose, meneando la cola. El martín pescador había desaparecido. Contra el fondo verde pálido de las higueras solo se veía la flota de troncos, avanzando y avanzando con dolorosa lentitud.

Empecé a tener calambres a causa de mi inmovilidad y deseé que los guerreros, si es que se trataba de guerreros, se dieran prisa. También quería estornudar. Dudaba que pudieran oírme desde tan lejos, allá en el agua, pero por si acaso me contuve. Si eran guerreros y nos consideraban enemigos, todo habría terminado para nosotros. Y, antes de que me atrapasen —me había jurado tal cosa—, antes de que me atrapasen, agarraría la daga que el extranjero llevaba en un fajín alrededor de la cintura y yo misma me mataría. Guerreros o no, daba la impresión de que una suerte de demostración de fuerza pasaba junto a nosotros corriente arriba. ¿Desde dónde? ¿Hacia dónde? Había pasado mucho tiempo desde que vimos por última vez un pueblo, o

alguna ruina, o unas de esas tierras de cultivo con plataformas en las que los chicos se sentaban a hacer ruido para asustar a las bandadas de pinzones de pico rojo, o a esas manadas de ganado de sanga con su tropel de retoños, o a las mujeres que iban a buscar agua o a bañarse, sentadas en unas rocas lisas donde se frotaban las plantas de los pies con piedras y bromeaban y reían bulliciosamente.

Para entonces hacía mucho que habíamos abandonado el transitado camino de las rutas del oro y los esclavos y seguíamos un itinerario determinado por las historias que contaban los navegantes y por el deseo de ser los primeros en descubrir una vía más sencilla y más corta a sus ciudades, y abrir así nuevas posibilidades de negocio. Los primeros en descubrir. Ser los primeros. En la vanguardia de la innovación. Los primeros en regresar con asombrosas noticias. ¿Qué venderíamos? ¿Esclavos? ¿Marfil? ¿Conchas de tortuga? ¿Oro? Los primeros en averiguar, antes que ningún otro, antes que cualquier competidor, qué artículos necesitaba aquella gente y qué podían ellos ofrecer a cambio, y averiguarlo, además, en el mismo lugar, lo que hacía posible hablar con las autoridades y ser los primeros en celebrar la fácil y victoriosa consecución de ingentes beneficios. Eso era lo que significaba ser un descubridor.

Creo que ambos habían infravalorado el juego. También tenía la impresión de que se habían dado cuenta de ello, pero se negaban en redondo a reconocerlo. Ahora era cuestión de seguir adelante, de seguir avanzando. Estaba claro que, en alguna parte, allá a lo lejos, había ciudades que mantenían relaciones comerciales. Después de todo, se sabía que la tierra estaba rodeada de agua. Un día, de repente un día, de forma inesperada, surgiría ante nuestros ojos un azul que, al acercarnos, se distinguiría de la bruma azul del cielo y se anunciaría como una entidad aislada, como un ser compuesto de agua, como pura agua, como pura agua en movimiento, con ondas ribeteadas de espuma y copos de restallante espuma. Como un firmamento líquido al borde de la eternidad. Y escucharíamos el embate de las olas y, quizá, aves marinas. Y todos recorreríamos el último trecho a la carrera.

Ah, qué dulce pensar en lo que nos aguarda, escuchar, ver, oler, presentir lo que nos aguarda. Imaginar experiencias.

Nuestra reserva de comida disminuía y ello era motivo de preocupación. Dependíamos cada vez más de las habilidades de los esclavos y del conocimiento que en su infancia habían adquirido de las tierras salvajes para reunir más comida. Así, por ejemplo, recogían unos frutos redondos, de color

naranja, llenos de enormes semillas, con una fina capa de pulpa dulce y sabrosa. Y también cogían larvas comestibles. Las despegaban de las hojas, les arrancaban la cabeza y cocinaban el resto —que no era mucho— en el calor de la ceniza.

Tuve la enorme imprudencia de agasjarles como una idiota y con innecesaria largueza. Les miré directamente a los ojos, creé una relación de familiaridad, después uní las manos y recibí una parte de sus frutas, sus moras, sus raíces y larvas. Luego fui a sentarme con mi regalo a mitad de camino entre ellos y el extranjero y el hermano mayor. Al rato, el extranjero se acercó y le di parte de lo que había recibido. Luego él compartió su ración con el hijo mayor. El método era complicado. Pero la situación distaba aún de ser crítica.

Hubo momentos divertidos, como la vez en que el hijo mayor cogió una tortuga de agua dulce y trató de cocinarla con caparazón y todo. Aquello soltó una peste tan insoportable que todos nos alejamos de allí, y ya nadie osó acercarse la tortuga a la boca, ni siquiera el que la había cazado y asado.

Menos divertido fue el incidente con el antílope sable que alcanzó un rayo. Al recordarlo, lo cierto es que me dan ganas de reír con amargura. Aún me parece estar viendo al extranjero sacando su pequeña y elegante daga con el mango revestido de joyas —esmeraldas y cornalinas tan pulidas que brillaban— e intentando desollar el vientre del antílope. Debió de comenzar por allí por pensar que la piel sería más fina que en la ingle.

A lo lejos, los esclavos observaban todo con expresión seria, después de haber decidido de manera unánime no tocar lo que a nosotros nos parecía un espléndido regalo. ¿Se trataba acaso de un primer indicio de amotinamiento? No lo sé. El hijo mayor ayudó en la tarea sujetando al antílope por los cuernos. Fuera como fuese, al animal ya no le quedaban fuerzas ni para propinar una coz. El extranjero dejó de forcejear. A nadie se le ocurrió buscar utensilios de matarife entre las mercancías que transportábamos. O un hacha o una lanza, o algo similar.

Me atemorizaba ver que los vidriosos ojos del antílope seguían mis pasos a su alrededor. Quizá el rayo se había limitado a atontarlo. Pero no, estaba muerto y bien muerto. Tratamos de espantar unos cuervos de color ruano que le acechaban. Se resistían a marcharse. Iban y venían con paso renqueante, con su aire de superioridad moral. Esperaban. Esperaban. Hasta que los tediosos humanos se marchasen. Cuando levanté la vista, reparé en que había un buitre en lo alto de un árbol. El extranjero lanzó una risotada cuando me acerqué a preguntarle por qué no buscaba utensilios entre nuestros pertrechos.

Desde el principio, tanto él como el hijo mayor habían guardado sus armas en uno de los fardos porque era muy fastidioso llevarlas continuamente en la mano. Simplemente, estorbaban. ¿Qué impedía a los esclavos alzarse contra ellos, acabar con ellos y huir? ¿Tan poco viriles eran? Me pareció detectar un brillo en los ojos de los esclavos. Vigilaban como lo hacían los cuervos.

De la pequeña hendidura que el extranjero había abierto con su daga en el vientre del animal manó un fluido denso y oscuro que empapó su pelaje blanco. Tras la lluvia, el aire estaba impregnado de un maravilloso olor a frescura. Me sentía impaciente por marchar. Había un arco iris. Allá lejos, a sus pies, dormitaba el relámpago. Sentí el deseo de que una centella pusiera al antílope sable en pie y lo arrojase sobre nosotros.

El verano ya estaba casi en su plenitud. Fue en el invierno cuando vimos el mar por última vez. Un vago recuerdo húmedo y salado. Me había acostumbrado ya a aquella rutina.

Tras reunirse una noche, los dos líderes decidieron que debíamos cruzar el gran río por cuya orilla avanzábamos desde hacía un tiempo, para no extraviar la ruta que seguíamos en dirección a poniente. El temor que ambos compartían hacia el príncipe o comandante y hacia las tropas o súbditos avistados en los troncos huecos de los árboles había atenuado sus desavenencias. El conflicto estuvo a punto de estallar una vez más cuando el extranjero le preguntó al hijo mayor, entre bromas y veras, si sería capaz de reconocer la parinaria adecuada para construir un bajel.

¿Y tú?, le preguntó el hijo mayor de mal humor. Después ambos rieron, avergonzados. Aquí, tan lejos de casa y del mar, se sentían algo más inseguros, y hasta veían con diáfana claridad que no siempre tenían la situación bajo control. El hijo mayor se golpeaba la pantorrilla con el bastón, pero con desgana, como confesando su impotencia. Por la expresión de sus ojos me daba cuenta de que no sabían qué hacer. Los hombres tienen un aire tan gracioso cuando pierden el control de algo..., como de niños decepcionados; pero no se atreven a reconocerlo abiertamente. Y yo, en mi especial posición como parásito, esperaba fervientemente que diesen con una solución, y nos llevaran, a la mayor brevedad posible, a esas ciudades que pretendíamos alcanzar. Cada mañana me levantaba más radiante que nunca a fin de que pudieran admirar mi naturaleza, similar en su colorido a la de una orquídea. No prestaba menos atención a mi aspecto allí que en la ciudad. Mis tormentos privados también aumentaban. Dependía por completo de aquel a quien me hallaba unida por un contrato de propiedad tanto como —eso

esperaba yo— por el afecto. Pero dependía por completo de él, a la manera de un parásito.

El tiempo pasaba y el plan de cruzar el río seguía sin llevarse a cabo. Ninguno de los dos tenía la fuerza interior para alzarse, reunir a los esclavos, buscar una parinaria y ponerse a trabajar. En un silencio desprovisto de ánimo rondábamos por la orilla más próxima. Las provisiones empezaron a menguar peligrosamente, lo que llevó a los esclavos a poner trampas de madera de parra, y un día festivo nos prepararon una avutarda.

Lo que no podía comprender era que los esclavos no pensarán en abandonarnos ante la evidente falta de resolución de nuestros líderes. Cada noche permitían obedientemente que el hijo mayor los encadenase entre sí, una medida tomada tras la fuga del porteador que se había escondido dinero en el pelo. Cada noche me llegaba el ruido de sus grilletes cuando se daban la vuelta en sueños. Por la mañana les retiraban las cadenas, y ya no las enrollaban con celo para guardarlas; no, ahora se limitaban a tirarlas en montón. Era como si todos nos hubiéramos convertido en criaturas de un sueño, en plena transición a no sabíamos qué. Los días se iban desplegando y volviendo a cerrar uno tras otro.

El río seguía siendo un placer para la vista. En el lugar en el que nos encontrábamos crecían los sauces safsaf. Alguien —el hijo mayor o quizá el extranjero— había recordado que su presencia era indicativa de la solidez del suelo, si lo que se deseaba era cruzar el río. Para tal empresa habríamos tenido, sin duda, que esperar al invierno, incluso al final del invierno. Digo esto porque uno de los esclavos recibió la orden de entrar en el agua para ver lo profunda que era. Avanzó sin ningún entusiasmo hasta que el agua le llegó a las axilas, entonces comenzó a nadar, y muy poco después le oímos gritar y vimos que la corriente lo arrastraba, en tanto que los demás esclavos corrían corriente abajo para mantenerse a su altura, gritándole para que nadase hacia la orilla. Vi su cabeza subiendo y bajando cada vez más lejos, como flotando a placer. Más tarde sus compañeros regresaron. No pudieron precisar el lugar en que se ahogó.

Me encantaba observar a los peces comedores de abejas cuando saltaban fuera del agua detrás de insectos voladores. La propia agua era de un color entre verde y marrón, y como musculoso, y lamía las orillas en las que descollaban rocas y tocones de los árboles. De los sauces solo asomaban las copas. Las flácidas ramas se descolgaban sin fuerza, medio ahogadas. Me sentí como los sauces y dejé que el tiempo pasase a través de mí. Me encantaba escuchar el silbido del alcaudón sin poder verle. También nos

acostumbramos a las cigarras.

El hijo mayor y el extranjero se recitaban poemas el uno al otro en tonos solemnes e intercambiaban acertijos, también me los proponían a mí, y en una ocasión el hijo mayor cantó con una voz maravillosamente profunda y llena de matices. El extranjero quiso darle unas palmaditas en el hombro, presa de una sincera admiración, pero al hijo mayor parecía no gustarle que le tocasen, y con un gesto brusco retiró el hombro. Decía echar muchísimo de menos a su esposa. Pronunciaba su nombre una vez tras otra, como el que se pasa una joya de mano en mano.

El extranjero dijo: Si el cielo fuera ahora mismo a caer sobre nosotros, no dejaríamos apenas ni una muesca en la hierba.

Arrancó un puñado de lozana hierba del lugar en el que estábamos sentados y la masticó, y se le cerraron los ojos. Estaba soñando. Le rodeé con un brazo. Ya no me inquietaba que el hijo mayor pudiera ver nuestras caricias. El arrullo del agua me calmaba como una cantinela. Me toqué el brazalete de marfil. Mi amuleto de la suerte. Lo besé. Tenía una hinchazón en el talón que me dolía muchísimo, y, por supuesto, no dejaban de atacarnos los mosquitos. ¿Qué haría en su día a día la solitaria esposa que había quedado atrás, sin recibir noticia alguna? ¿Qué estaría haciendo ahora la gente de la ciudad? ¿Había alguien más, aparte de la esposa, que recordase nuestra partida?

Con todo, llegamos a la otra orilla, y hacerlo resultó de lo más fácil. Tras un día de viaje corriente arriba, sacamos de entre los juncos y los nidos de pinzones una balsa unida de manera algo tosca y, viendo que en aquel punto una isla dividía el río en dos brazos, ninguno de los cuales fluía con una fuerza que pudiera resultar fatal, llegamos sin perder ni vidas ni mercancías primero a la isla y luego a la otra orilla, donde pasamos un día poniendo todo en el orden apropiado, inspeccionando y comprobando cada cosa. Uno de los esclavos mató un oribí, lanzando un bastón knobkierrie que había tallado él mismo durante nuestro alto utilizando la amarillenta madera de un sauce. Con este grato añadido que sumamos a las provisiones, la expedición se puso una vez más en marcha.

Nuestro paso se había avivado. Se sentía una notable atmósfera de impaciencia en ambos líderes, un estado de alerta que hacía mucho no veíamos, como si hubieran sufrido un cambio en su personalidad bajo el efecto de los retales de noticias que sobre aquella ciudad situada en el desierto rojo nos proporcionaban los cazadores. Ahora, ambos avanzaban a la cabeza del grupo, cada uno dando pasos más largos que el otro, caminando más rápido que el otro; incluso se les oía reír. Su buen humor nos contagió a todos.

Alentaba la diligencia entre los esclavos, que, más proclives a repartirse el trabajo en una atmósfera de cooperación que de supervisión, no se quedaban atrás respecto a sus amos. Sentíamos una unión colectiva producida por la promesa de aquella ciudad que aguardaba al pie de la montaña de cuarzo rosa.

Con todo, no pude evitar reparar en lo astroso de nuestro aspecto. Desde arriba, desde mi palanquín, situado al final del todo de la fila, observaba nuestro desaliño con verdadera consternación. Era imposible esconder lo sucios que íbamos, lo desastrados, raídos y polvorientos, los enormes manchurroneos de nuestras ropas. Uno de los esclavos ya ni siquiera llevaba su fardo sobre la cabeza. ¿Cómo era posible tal cosa? ¿Qué es lo que pensaba que estaba haciendo aquí? Otro se había atado unas cascabeleantes semillas redondas, amarillas, alrededor de los tobillos, que hacían un ruido a arenisca mientras caminaba, y otro demostró ser un notable imitador del lenguaje de los pájaros; tanto era así que estos, tras vacilar por unos instantes, a veces le devolvían un silbido en respuesta a su llamada. Era gracioso oírle hablar con ellos.

Me pregunto cómo me verían los demás. ¿Con un aspecto lamentable, pero al menos llena de vida?

Qué insignificante nuestra pequeña hilera de seres humanos entre los altos y ásperos tallos de hierba; éramos un fenómeno que pasaba totalmente inadvertido en medio de retozones rebañados de cebras, reduncas y ñus, y las siempre sorprendidas avestruces. Nos internamos en las tierras altas, donde el aire era más fresco y el viento combaba sin cesar las puntas de la hierba, matorrales y árboles, creando un abolsamiento en la hierba, un asentimiento entrecortado en los matorrales y una respuesta majestuosa en los árboles. Los colgantes pedúnculos de las plantas trepadoras oscilaban de un lado a otro, dejándose llevar sin poder evitarlo. Sus flores de color magenta asomaban como trompetillas formando un trémulo arco desde todas las alturas del árbol que las acogía. En aquellas abiertas planicies las nubes flotaban en el azul aisladas unas de otras, y solo rara vez se reunían, como si hubieran sido llamadas, para fabricar truenos y relámpagos y disolverse en trombas de agua. Nos refugiábamos bajo los árboles y aguardábamos a que pasasen las nubes. Hacía más frío aquí. Seguimos adelante, como un retablo que se desplazaba a través de los días.

Íbamos en pos de la ciudad lejana, la que debía ser nuestra ansiada ciudad, la que había de satisfacer todas nuestras expectativas, en la que habíamos puesto todas nuestras esperanzas, por la cual nos habíamos extenuado, habíamos sumado nuestras fuerzas, nos habíamos redefinido, donde

encontraríamos refugio, conoceríamos gente, calles con gente, edificios, mercados, plazas, ventanas llenas de mujeres sonrientes, niños en jardines.

La ciudad —o eso decían los cazadores que nos habían aconsejado usar la balsa que ellos mismos habían construido uniendo troncos de árboles y juncos, y que dejaron entre los carrizos allí donde la isla dividía el gran río— la ciudad era barrida por el viento en un desierto rojo. Muros rojos ardían quemados por el sol. Y detrás de la ciudad, en el horizonte, se alzaban los escarpados picos rosados de las montañas.

¿Y detrás de ellos?, preguntó el extranjero.

Y, detrás de ellos, el mar.

Ah..., el mar.

Fue un esclavo el primero que descubrió a los cazadores. Nos daba vergüenza que no pudiéramos ofrecerles gran cosa en cuestión de comida y bebida. De hecho, ellos estaban mejor aprovisionados que nosotros, como pronto descubrimos, y también mucho mejor organizados. Llevaban un botín de colmillos de elefantes a su kraal y tenían prisa porque ya habían estado fuera más tiempo del que habían planeado. El verano avanzaba. Los elefantes, explicaron, habían migrado más lejos de lo habitual, de modo que se vieron obligados a pasar mucho tiempo buscándolos, pero la paciencia y la resistencia habían tenido su recompensa. Nos mostraron los fardos de colmillos, satisfechos. Aquella burda forma del marfil se me antojaba bastante fea; en particular, los romos extremos sajados de la carne, y la textura de los colmillos no se parecía en nada a aquello que llevaba yo en el brazo. Con todo, se decía que el marfil de esta región era de una calidad mucho mayor que la del marfil de los elefantes cazados allende los mares de nuestra ciudad. ¿Qué sabía yo?

A los cazadores les sorprendió toparse con una mujer. Uno rio tanto que dejó a la vista todos sus dientes rotos, y me enfadé y me alejé, furiosa. Por contra, nuestros dos líderes mantenían una animada conversación con ellos. Comprendí que querían obtener la mayor información posible, pero yo no podía evitar sentir las furtivas miradas que me dedicaban los cazadores. Al cabo de un rato acudí a ocultarme tras un arbusto. Escuché al hijo mayor tratando de arreglar un trueque e intentando comprarles provisiones. Le escuché sacar dinero de su repujado saquito de cuero con largas borlas blandas: dejó que las monedas sonasen entre sus dedos y luego las devolvió a la bolsa; pero los cazadores no estaban interesados en ese trato, pues, explicaron, solo tenían carne para ellos. El hijo mayor tuvo que guardarse su

pesado dinero sin conseguir nada.

El extranjero estaba más interesado en la dirección exacta que debíamos tomar. Supo así que la ciudad se hallaba en el poniente. Quedaba todavía trasponer muchas llanuras, después la vegetación se haría más tenue, después la tierra que se extendía entre los penachos de hierba se convertiría en arena, después habría más arena y los plateados penachos aparecerían de manera más esporádica, después la arena se convertiría en dunas, las dunas se ondularían, abruptas, en montículos perfectamente formados, entreverados por una perfecta quietud, y tras dunas y más dunas y más dunas que, fatigados, tendríamos que escalar, veríamos extenderse la ciudad.

Pero primero las aguas, dijo uno de los cazadores. Sí, confirmó otro, primero las aguas, el gran esplendor, profuso de flores, profuso de sombras, profuso de caza, aquel reflejo que se antojaba una realidad de la que surgía el martín pescador con un salto feroz, donde los colibríes te visitaban sin cesar y al atardecer asomaba el kudu, que salía de los bosques de mopanis, y donde las cigüeñas marabú alzaban el vuelo como espectros hasta cubrir la luna con sus alas.

Los cazadores recibieron varios mensajes para que, cuando regresasen a su kraal, los entregaran a los mercaderes de marfil de la ciudad que acudirían a comprar colmillos. Así es como el extranjero y el hijo mayor trataban de restablecer las comunicaciones. Yo no tenía nada que decir. Los demás esclavos también guardaban silencio. Ellos y yo solo existíamos allí donde nos encontrásemos, mientras que el extranjero y el hijo mayor existían desde la ciudad costera hasta allí y aún más allá, en la ciudad del desierto, y también en las otras ciudades anheladas, y existían todavía más lejos, existían más allá de los mares que separaban las tierras, y en esas tierras también existían. Pero yo carecía de vínculos. Yo era solamente yo.

Apenas desaparecieron los cazadores de nuestra vista, el extranjero y el hijo mayor se pusieron rápidamente a trabajar, desbordados por un celo febril que se contagiaba también a los esclavos, y en un suspiro todo estuvo listo y pudimos proseguir nuestra marcha, después de todos aquellos días de perezoso embeleso en que habíamos vivido como sonámbulos, encerrados en un capullo de agradable distracción, cuando el espíritu del agua nos poseía y daba forma a nuestros pensamientos.

Aunque no lo dije, para mí era un alivio que los cazadores se hubieran marchado, pues parecían desnudarme con sus lascivas miradas, y era como estar todo el tiempo pugnando por quitarme de encima su empalagoso rastro, de mis pechos, mis pezones y mi vientre; pero peor era la excitación sexual

que habían despertado en mí.

Así avanzaba el verano. El gran río siempre se extendía a lo lejos, la ciudad de nuestros deseos seguía allá, en la remota distancia.

Una tarde hicimos un alto al pie de un koppie del que sobresalían unas rocas redondas. Para entonces ya nos habíamos topado varias veces con estos koppies rematados por tremendas rocas. En la costa nunca veíamos tales formaciones, y no pudimos evitar hablar de ellas. Era casi como si discutiéramos sobre obras de arte. Alabábamos sus proporciones y su espléndido equilibrio, pues tales eran la sensibilidad y la destreza con que habían sido colocadas que parecía que iban a caer y precipitarse por el veld hasta encontrar un pequeño hueco en el que descansar, allí donde el sol pudiera partirlas en dos, o quizá hasta que chocasen con otra roca similar y se hiciesen añicos.

Quisimos examinar esas rocas de cerca y escalar el koppie, el hijo mayor, el extranjero y yo, mientras los esclavos cenaban juntos sin ninguna vigilancia y nos preparaban las camas. Reparé en que quien daba las órdenes era el mismo que había dejado de cargar. Me parecía extraño —con lo poco atractivo que era, con su frágil constitución y sus rasgos nada excepcionales— que jamás le hubiera visto madera de líder, aunque debo añadir que hasta entonces nunca se me había ocurrido que pudiera haber líderes entre ellos. Se limitaban a ser los esclavos, los eunucos que hacían el trabajo duro sin más alternativas y obedecían a los líderes de la expedición sin protestar. ¿Acaso tendría sangre real? Era tan fácil ponerse ñoño especulando... Quizá era simplemente el más listo de todos —la explicación más probable seguramente se desprendería de su capacidad de organización—. Llevaba una enorme concha blanca de caracol colgada del cuello. Pensé que, con todo, no estaría de más vigilarle de cerca, pero dudé en compartir mis sospechas con el extranjero o el hijo mayor.

En una ocasión sorprendí al líder de los esclavos abriendo un fardo y sacando algunas herramientas, azuelas, gubias, punzones y demás, que seguramente habíamos traído para vaciar el tronco de un árbol si nos encontrábamos en la necesidad de hacerlo, un problema que habíamos superado al usar la balsa de los cazadores. Vi con qué cariño trataba las herramientas, exactamente igual que un artesano. Le vi absorto en la tarea de separarlas por categorías de acuerdo a su uso y su tamaño, y vi cómo luego guardaba otra vez todas las herramientas, con sumo cuidado y mucha habilidad. Después puso el fardo junto a los otros.

En lo alto del koppie nos aguardaba una sorpresa. Dos sorpresas, en

realidad. La primera fueron los restos, escasos, pero, aun así, presentes, de unos muros de piedra de idéntico estilo al de otros que ya habíamos visto en anteriores ocasiones, con la salvedad de que, o bien su destrucción era mayor, o bien llevaban más tiempo en desuso. Más destartados. No había ninguna parte que permaneciera intacta, sino que solo había trozos erosionados de medio metro en los que crecían las zarzas; pero uno podía inferir el plan de los constructores yendo de bloque de piedra en bloque de piedra. Al sol de la tarde las piedras brillaban con el mismo color miel que el de los bloques contra los cuales y sobre los cuales habían sido encastradas. De haber podido pasar más tiempo allí, hubiéramos podido descubrir otros objetos. ¿Adónde habían ido los habitantes del lugar? Eso nos preguntábamos, y hacíamos nuestras suposiciones. ¿Estarían sus esqueletos acucillados bajo la tierra de la llanura que nos rodeaba, sin saber si debían alzarse y enfrentarse al peligroso viaje a la tierra de sus ancestros, o se sentían abandonados por sus descendientes? No quedaba nadie para hacer una libación. Solo el viento y la risa de las hienas. En aquel lugar, algo había sufrido una aniquilación completa. No había nada más que aflicción, nada salvo insignificancia y maltrechos restos de gloria. Un fino rastro de humo ascendía hacia el cielo procedente del suelo, señalando lo absolutamente superfluo de nuestra presencia. Ah, suspiré, ¿cuánto tiempo aún seguiremos viajando?

La segunda sorpresa que encontré en lo alto del koppie me entristeció todavía más. El extranjero fue quien primero dio con una cueva en el lado este, pero yo fui la primera en reparar en los curiosos dibujos de las paredes de piedra. Parecían tener el aspecto de personas, pero también eran como insectos de palo, pintados a veces en grupo, sin motivo aparente, a veces en solitario, a veces unos encima de otros, en tonos blancos y marrón oxidado. Todo muy tenue. ¿Quién, en nombre del creador de todas las cosas, habría venido aquí a inmortalizarse, y de un modo tan esquemático? Era bastante extraño. Sin duda, no habían sido los habitantes de la ciudad amurallada. El extranjero y el hijo mayor no se mostraban menos desconcertados. El extranjero se quejaba de la falta de acabado y de la obvia ausencia de reglas artísticas que dejaban ver aquellos torpes intentos. Obviamente, debieron de ser pintores atrasados de una sociedad atrasada. Cosas de aficionados. Obras de niños grandes. Y, sin embargo, aquello no era del todo así. No se nos ocurría ninguna explicación. Aquellas figuritas, sin ninguna conexión, sufrían su exilio aquí, en el corazón del páramo. Había demasiadas preguntas, y una rutinaria falta de respuestas. La gente había acudido a este lugar para luego marcharse, iba y venía, rutinariamente, por toda la eternidad.

Aquí, comentó el hijo mayor, hay algo que parece un ciervo.

Haciendo gala de su gusto, el extranjero habló largamente de las pinturas en pergamino y seda que había visto en sus viajes por otras tierras; de la riqueza y sutileza en el uso del color, y del delicado equilibrio entre árboles, pájaros y personas —reconocibles como árboles, pájaros y personas, enfatizó— pintados por artistas cualificados y clasificables en escuelas y tendencias, obras todas ellas que además tenían un gran valor. Con la hoja de su daga arañó uno de aquellos ridículos dibujos. Para alguien esto no era más que un pasatiempo, decidió. No tenía nada que ver con el arte. No transmite nada, no pretende comunicar nada, ni proporcionar una satisfacción estética. No tiene ninguna función. Cuanto más hablaba el extranjero sobre los dibujos de las rocas, más acalorado se volvía, y tanto fue así que comenzó a rasparlos con la daga.

Aquí hay algo que parece una mujer, dijo el hijo mayor. Tiene pechos. Aquí creo que hay una serpiente. ¡Y mirad aquí! ¡Un elefante con la espalda crenada!

Le entró un ataque de risa incontrolable.

Les di la espalda a los dos, me detuve en la entrada de la cueva, y observé cómo el veld se oscurecía bajo el titilar del lucero de la tarde. A lo lejos oí las voces de los esclavos, aunque no se imponían al murmullo del viento, que ora sonaba más fuerte, ora más suave, como una respiración. Me sentía tan deprimida... Era como si mi garganta estuviera a punto de cerrarse, como si lo incomprendible estuviera a punto de asfixiarme, y tuve que lanzar un grito al viento que terminaría por perderse en el viento.

Todo carece de sentido, pensé, y me alejé y descendí sola el koppie. Llegué hasta un saliente, y allí me detuve y me escuché decir algo. No decir. Mascullar. Tartamudear. Escuché las palabras caer de mi boca en pedazos sobre el acantilado para ser engullidas por el viento anegado de silencio, palabras que hablaban de un chacal que corría por el aire con la cola en llamas y que incendiaba el aire. Así que de mi boca surgió un chacal. Me escuché profetizar febrilmente en idiomas que todavía estaban sumidos en el sueño, profeticé acerca de extraños árboles que un día marcharían a través de valles y colinas y por las laderas de las montañas. Profeticé que un día habría un paso dentro de la tierra. Profeticé que unos enormes rompeolas grises serían arrojados al mar y que los barcos se ocultarían bajo el agua, y que habría migraciones de ida y vuelta y exterminios por todas partes, y, cuando todo eso salió de mí, cuando todo aquel sonido tisular hubo brotado de mi lengua, sentí como si algo me hubiera estado royendo, como si me hubieran roído hasta llenarme de agujeros, de forma que dejé de obstruir el paso del viento, dejé de

oponerle resistencia; y, temiendo por mi vida, descendí el último tramo tan rápido como pude y me apresuré a llegar hasta donde se encontraban los esclavos y el acogedor fuego.

Una vez allí, les pregunté a los esclavos si por casualidad me habían escuchado. Me dedicaron una mirada necia y siguieron con sus tareas. El que había decidido no trabajar más, el sedicente líder, ni siquiera me miró ni se dignó a replicar. El extranjero y el hijo mayor tampoco me escucharon, por lo visto, como deduje después de interrogarles con disimulo. Me sentía irritada y muy cansada y para nada aliviada.

Resulta que el extranjero y yo dormíamos ahora a escasa distancia de los otros, cerca de nuestro titilante fuego, en tanto que el hijo mayor dormía más lejos, si bien lo hacía cerca de los porteadores y de una buena fogata. Tras la desaparición del rebaño de sangas, habíamos decidido apostar vigilantes por la noche. Esta medida práctica habíamos ido, sin embargo, reduciéndola y dejamos de llevarla a cabo del todo una vez nos vimos poseídos por el espíritu del agua. La lasitud de aquellos días acabó dando paso a un claro entusiasmo y a un mayor desempeño en cuanto alcanzamos la otra orilla, pero el trabajo diligente no precisaba ni de apremio ni de vigilancia. Incluso habíamos dejado las cadenas en la otra orilla, y los esclavos dormían con la misma libertad que nosotros. A decir verdad, vigilaban por turnos a los que dormían, así como las mercancías sempiternamente menguantes, por propia iniciativa, y tomaban decisiones con creciente independencia. Por supuesto, su líder era quien las tomaba.

Resulta que el extranjero y yo jamás vimos que hubiera indicio alguno de conspiración entre el hijo mayor y los esclavos. Con todo, cierta mañana, cuando apenas nos habíamos sacudido el sueño de los ojos, vimos que ni él, ni ninguno de los esclavos, ni las mercancías estaban allí. Habían desaparecido todos. El extranjero trepó por un nido de termitas y oteó todo en derredor, sin éxito. El veld no era más que un veld, con los ruidos típicos de un veld: un silbar, un piar, un gorjear.

Intentamos localizar el rastro de los desaparecidos, nos animamos el uno al otro, pero no hubo suerte. Lo único que encontramos fue algo de hierba aplastada y unas huellas de pies justo al lado de los fuegos, pero nada más. Dimos por sentado que si el hijo mayor y los esclavos habían decidido proceder con la expedición sin nosotros habrían tenido que marchar en la dirección en que se ponía el sol, pero tampoco por allí detectamos nada que nos diese la impresión de que se tratase de un rastro de gente a pie. La tierra endurecida no mostraba huella alguna, y había tallos de hierba torcidos por

todas partes. Perdimos todo un día vagando sin rumbo porque en nuestro fuero interno aún esperábamos verles regresar. No ocurrió tal cosa. Cuando cayó la oscuridad, nos sobrevino una enorme y terrible certeza. Nos fuimos a dormir en silencio, y en silencio nos levantamos a la mañana siguiente y comenzamos nuestra marcha a un paso moderado. Debo añadir que mi palanquín, el único de los tres que todavía utilizábamos de cuantos llevamos desde que salimos de la ciudad, lo habían dejado allí. Sin herramientas no podíamos cortarlo para hacer leña, y aquel objeto inservible se quedó junto a las cenizas de la pequeña fogata que habíamos hecho juntando esqueletos de broza, todo en un mortal silencio.

Aunque nos orientábamos por el sol, el curso de los ríos nos obligaba a alejarnos de él. Sin esclavos que nos ayudasen a cruzar el agua estábamos perdidos. No teníamos cantimploras. Vivíamos de la comida que un poco por casualidad yo había aprendido a recoger en el veld al observar atentamente a los porteadores. No era una tarea fácil. Hacía lo que podía, pero apenas encontrábamos lo suficiente para ir tirando. Sin embargo, durante la dura prueba que supuso atravesar aquella tierra desolada, no dejamos de prodigarnos cariño y ternura el uno al otro. Pero la aterradora inmensidad de las noches nos desalentaba.

Un día, al ver unos buitres, nos acercamos casi sin fuerzas al lugar que sobrevolaban en círculos. Un hedor repugnante invadió nuestras fosas nasales. Me di cuenta de que los dos estábamos pensando lo mismo, pero el hedor era demasiado horrible. Además, los buitres no nos daban cuartel. Con su andar renqueante, rondaban un costillar, presumiblemente de un ñu, y se atacaban a picotazos unos a otros. Comían vorazmente como si el extranjero y yo, justo fuera de su círculo, ni siquiera existiéramos.

Caminamos durante muchos días. El veld no cambiaba. A veces hablábamos. Expresé cómo me había sorprendido el hijo mayor.

Los esclavos lo matarán, se quedarán con su dinero y buscarán su libertad en la ciudad del desierto —esa era la opinión del extranjero—.

Todavía hoy sigo sin entender el comportamiento del hijo mayor, aquel eximio heredero del más próspero mercader de la ciudad costera que —pese a haber tenido desde niño siempre lo mejor, lo más refinado que la civilización podía ofrecer, gracias a la influencia y el poder de su padre— se había convertido en un tipo excéntrico y malencarado, un fantasioso soñador que pagaba su mal humor con los indefensos, pero que también podía entregar limosnas a manos llenas. La última vez que le vi hacerlo fue en las afueras de la ciudad, el día de nuestra partida. Sacó un puñado de monedas de su bolsa

de cuero y desde el palanquín en el que iba subido se lo arrojó a un mendigo leproso que estaba sentado en el borde del camino, sin mirar al pobre tipo siquiera. Algunas monedas le golpearon al hombre en su nervioso rostro. No pudo hacer otra cosa que bajar la cabeza y arrastrarse a cuatro patas a recoger el dinero, dado que ya tenía los pies demasiado romos como para poder andar; y con las manos deformes, semejantes a resecos gusanos del mopani, e igual de marrones que estos, igual de grises y negras, hizo lo que pudo por recoger las monedas. Por tratar de rebañarlas.

Balanceándome de lado a lado desaparecí tras una esquina. Creo que aquel marginado fue el último habitante de la ciudad sobre el que puse los ojos. ¿Por qué no se ahorcarán las criaturas así? Se limitan a irse dejando pudrirse hasta que retornan a la tierra. Aquello me ponía enferma. Más de una vez nos topamos con gente que se había suicidado en el bosque. Veíamos pares de pies, algunos desnudos, algunos aún calzados con toscas sandalias, girando a la altura de los ojos o suspendidos inmóviles, y entre las ramas acertábamos a ver los rostros convulsos de ancianas que parecían lanzarnos una sarta de insultos. Marginadas, también. Mujeres sin hijos, o mujeres acusadas de brujería y condenadas porque no pudieron probar que no habían esparcido una muerte misteriosa entre el rebaño, que no habían causado las malas cosechas.

Cómo no, a menudo me pregunto cuánto tiempo llega a pasar una persona en esa suerte de semivigilia. Sin duda, tiene que haber una frontera en alguna parte que se vaya volviendo cada vez más clara, hacia la cual uno alargue la mano como hacia la grisura del sueño y de ahí hacia el sueño gris en el cual, como en una muerte en miniatura, uno se encuentre con el bien y el mal, esa inseparable pareja, esos gemelos que desafían a la muerte.

Mis sueños me ocupan por entero y me ayudan a matar el tiempo. Ya no me importa que no pueda disponer de este sabiamente y quitarlo de en medio, y olvidarlo si tal cosa fuera posible; pues ahora entiendo que despertar y soñar no se oponen, sino que son extensiones lo uno de lo otro y fluyen de lo uno a lo otro, se enriquecen entre sí, se complementan, consiguen que el otro sea soportable y que mi baobab sea un sueño hecho realidad, y cuando veo a la gente menuda entiendo que son personajes de sueño que realmente cazan y realmente me proporcionan comida, y que realmente me ven, pero también entiendo que no me ven porque existo en su sueño, y ellos nutren su sueño cuidándome a mí. Coincidimos en un mismo espacio, sin que ellos sepan de mí, ni yo de ellos. Vamos por caminos separados con una dependencia recíproca; ellos dependen de que yo sea como soy, y yo, de que ellos actúen de la manera en que actúan.

A estas alturas ya puedo lanzar una risa atribulada por mis espasmódicos intentos de usar las cuentas verdes y negras que recogí para medir lo que tan ridículo es de medir y anotar. Lo atribuyo a mi educación —azarosa pero educación a fin de cuentas—, en la cual dividir, contar y clasificar jugaba un papel tan importante como para hacer que un individuo cualquiera llegara a emprender un viaje que debía progresar así y así, y proporcionar esto y lo otro, con lo cual por esta y otras razones debía partir de esta manera y no de otra, en esta época del año y no en otra, en esta dirección y no en otra, con este equipo y no aquel; un viaje en el cual cada mínimo factor era tomado en consideración, y así, cuando el verano tocaba perezosamente a su fin y llegó el momento de nuestra partida, cuando el día se deslizaba ya hacia el reino de la noche y olvidamos nuestra somnolencia y nuestros bostezos, cuando por última vez, por una pura cuestión de hábito, miramos al mar y vimos los dhows y los barcos ondulando en el agua y el cielo comenzaba a arder con los colores ígneos de los árboles del kudu, ninguno de nosotros fue capaz de advertir que estábamos adentrándonos en un sueño. Así de traicioneras son las aventuras del dormir.

Es evidente que cuando haya terminado de beber la última ofrenda de la gente menuda habré ganado la entrada a una nueva clase de sueño. El brebaje me es desconocido, pero no tengo que conocerlo para saber que su principal ingrediente son sesos de cocodrilo. Quizá sea eso lo que he estado esperando. ¿Acaso vendrá un viento oscuro que, entre murmullos, me llevará consigo?

¿Qué haré con los clavos de oro y las cuentas, con el cuenco casi negro para el agua y el huevo de avestruz, mis posesiones? De contar con tiempo, me gustaría reclamarlos. No ha habido ofrenda más inútil que la de los clavos. No me han servido de nada, y jamás supe de qué forma mostrarme agradecida por ellos. Aquí los tenía, en la palma de la mano, como semillas que podrían rendir buenos frutos.

Todo lo que hago es discretamente vigilado, e incluso mi último gesto, llevarme la concha de avestruz a los labios, será observado y (presumiblemente, probablemente, esperanzadamente) dado por bueno. Lo haré con sumo respeto, de una manera lenta y majestuosa, en un último y vano esfuerzo por satisfacer unas demandas que no comprendo.

Pero, de no ser por ellos, hace tiempo que me habría muerto de hambre. Me encontraba en un estado lamentable cuando tuvo lugar el encuentro.

Ardía el abrasador sol de principios de invierno, pero yo seguía dormida en el vientre del gran árbol. Seguía dormida a causa de la extrema fatiga del hambre, entre delirios, marchitándome despacio, sin apenas fuerzas para

cambiar de habitáculo, para moverme y así tener mejores pastos, agradecida, sin más, por aquel amplio escondite, desnudo y privado de su follaje, incómodo coloso de inquisitivos dedos. Seguía medio dormida, medio despierta, allí tendida, y no estaba segura de si lo que escuchaba sucedía en realidad dentro o fuera de mi mente, pues escuchaba con toda claridad gente hablando, pero tal y como la gente habla en sueños, de esa manera en que no es posible entender nada. Como fantasmas iban y venían alrededor del árbol, y me pregunté si acaso no entrarían en mi propia realidad soñada y se me echarían encima. Olí algo. Olí a humo. Eso me dio miedo. No estaba preparada para creer que me vería consumida en las llamas de mi delirio. Por la grieta vi pasar formas flotantes y me incorporé apoyándome sobre un codo. Humo. Voces humanas. Los fantasmas acarreaban largas ramas peladas, unidas entre sí de una manera tosca, conformando algo similar a una escalera. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Nada de lo que estaba teniendo lugar alrededor de mi morada. Vi rostros. A través de una nube de incompreensión y humo vi que apoyaban la escalera contra la tersura del tronco, y unos hombres subieron con brazadas de ramitas ardiendo, escuché gritos de alegría, vi que unos individuos espectrales bailaban, hombres, mujeres y niños; los vi atiborrarse de comida y lamerse los labios, y los oí reír, y salí del baobab, o más bien mis magros restos salieron de la boca de la sombra de aquella abertura a la cegadora luz invernal, envueltos en los harapos de un manto de seda, los ojos enormes, los labios abiertos, las manos tendidas hacia delante en un claro gesto de indefensión. Hablé.

Al día siguiente solo debieron de regresar uno o dos de ellos, pues cuando volví de mi fluyente abrevadero había una cáscara hueca, seca, de massala llena de miel, esperándome en la grieta abierta. Una miel de color pardo oscuro, casi negra, tan cruda como el nutriente de las abejas.

¿Cómo dar las gracias? Sostuve la massala en la mano extendida y me mantuve a escasa distancia del tronco del árbol para que fuera más fácil verme. Durante unos instantes permanecí así. Las abejas de la agitada colmena que tenía encima zumbaban de manera incesante, zumbando en sus intentos de reparar los daños producidos por el asalto del frío. Parecían nadar en las transiciones de la luz y las sombras, sumergiéndose y ascendiendo. Así es como rendí homenaje a las abejas y sus cómplices.

Cada día tenía algo esperándome. Cuando iba a beber agua, venían con sus ofrendas y las depositaban ante la abertura. Por curiosidad un día los espí. Fingí dirigirme a la maleza del río, pero en lugar de meterme inmediatamente en el agua, me oculté en la espesura y observé los alrededores del baobab. Vi que se acercaban dos hombres entre los largos penachos de

hierba. Eran bajitos, y la hierba los hacía parecer aún más bajos. El tono de su piel era claro y tenían el pelo corto, como un líquen repartido por la cabeza. Llevaban armas y prendas rudimentarias. Primero miraron al árbol, luego se acercaron rápidamente a él, dejaron algo en el suelo y se marcharon a la carrera. La larga hierba los engulló.

Un cálao terrestre llegó caminando. Vi que se dirigía hacia la abertura del baobab. Reconocí claramente la mirada calculadora de sus ojos azul claro, coquetamente velados por unas tiesas pestañas. Aquello me irritó, y antes de que el animal lograra alcanzar mi ofrenda salí abruptamente de mi escondrijo para espantarlo. Al día siguiente no me trajeron nada. Solo el día posterior a ese. Así comprendí que debía respetar unas leyes que me eran desconocidas, aunque ardía de curiosidad y hubiera dado cualquier cosa por saber más.

Recibí con especial agrado las útiles prendas de piel que me dieron, pensando ya en el preámbulo de un invierno que allí era más crudo que los inviernos a los que estaba acostumbrada, más crudo, más seco y más amarillo. La tierra se hacía añicos y se convertía en polvo. Las ramas de los árboles caducifolios mostraban confusas siluetas contra un cielo que se volvía mucho más claro. Y las bauhinias se descomponían en un frenesí de semillas brotadas. Todo me daba la impresión de estar abandonado. La comunidad de ibis parecía sucia y polvorienta. Incluso los elefantes se antojaban sombríos.

Me afectó mucho aquello. De nuevo, me sobrevino un sentimiento de hondo pesar. Ni la picardía de la mangosta, ni los juegos acuáticos de las nutrias servían ya para levantarme el ánimo. Los lagartos de roca, con sus cabezas bamboleantes, no me divertían. Iba y venía sin rumbo, con los hombros caídos.

Acechada hasta un lugar que desconocía a causa de las maniobras intimidatorias de un vigilante babuino, recogí las primeras cuentas allí donde una grieta en las rocas se convertía en una abertura, no sé dónde, en el polvo, entre resecos y entremezclados tallos, borlas de hierba, cálices, pétalos, raíces, no sé dónde, no hace tanto de aquello.

Útiles humanos. Los humanos habían estado aquí. Se extendía una incalculable distancia entre aquellos que habían olvidado sus cuentas y sus trozos de cerámica y yo, un tiempo ya irreparable, un distanciamiento insalvable, como insuperable era mi soledad intensificada ante aquellos pequeños descubrimientos, como interminable era la prolongación de mi soledad, rodeada como estaba por aquellos que se mantenían a distancia y para los cuales yo existía, si bien solo como una aparición.

Como aparición me iba definiendo, iba recuperando otra vez las formas y las carnes a base de comer hongos y tallos de flores de carroña, carne de pitón, los frutos del árbol marula, bayas perennes e hígado de antílope acuático. Lo que el invierno y el verano podían ofrecer al ojo y al zurrón, y al arco y la flecha de la gente menuda era también mi sustento. Ya no tenía que pasar apuros, sino que más bien me entregaba a una perezosa superabundancia.

A quién darle las gracias, me pregunto a veces. Mi espíritu del agua guarda silencio. Así que le doy las gracias a la abeja. Le doy las gracias al árbol que me hospeda. Le doy las gracias a la tierra que da al árbol su sostén, con gran dificultad, pues el árbol crece de arriba abajo. Le doy las gracias a la lluvia que desciende hasta las raíces del árbol para que este pueda beber agua y así puedan crecer sus hojas y sus flores. Pero el espíritu del agua guarda silencio. Baobab, alrededor del cual bailan las abejas por el día y alrededor de cuyas sensibles flores, abiertas como lunas, tantísimos murciélagos aletean de noche; baobab en cuyas horquetas la lluvia precipita agua de lluvia para mi solaz, mi espíritu calla acerca de ti. En una ocasión encontré un murciélago herido en el suelo, junto a la grieta desbordada por la luz del día. Al principio pensé si no se trataría de una graciosa ranita que, arrastrándose, salía de allí. Después reparé en que tenía pelo. Luego le vi las orejas. Y me fui al agua. Cuando regresé ya se había marchado.

Busqué el lugar donde había recogido aquellas primeras cuentas. Continuamente, con insistencia, no dejé de buscar.

El murciélago se había marchado. Un collar hecho con trocitos de concha de avestruz del color de las flores del peral silvestre y un puñado de nísperos me estaban aguardando.

Cierta tarde, algún tiempo después, descubrí el pálido nudo de un higo de roca en una grieta cubierta por la maleza, y a toda prisa escalé los riscos de piedra, me icé por las raíces que allí se descolgaban y llegué a una pequeña meseta. La empinada cara que había escalado abarcaba de oriente a poniente, y brindaba amplias vistas de una pendiente prácticamente yerma salvo por algunos árboles dispersos. Unas cuantas jirafas. El polvo que levantaba una manada de ñus y cebras que no dejaban de resoplar y ladrar. En aquel momento no reparé en nada más. Ah, sí, también estaba el vuelo de unas aves, que se disolvían rápidamente a lo lejos. Había viento por todas partes. Pasaba en un constante susurro, como si fuera el compañero del silencio. Eso fue cuanto descubrí en mi profuso examen de la meseta: el viento y el trasfondo del viento, silencio. Me convencí de que se trataba del guardián que había

acabado con todo, y pobre de aquel que acudiera a meter las narices allí. ¿Por qué escudriñar, escarbar, pensar y deducir? Dejar pasar, nada más, dejar pasar. Tal vez un día hubo algo.

Una ciudad, tal vez, con su dirigente y sus súbditos. Ignoraba qué habían venido a buscar aquí, qué les había llevado a construir sus casas aquí, de todos los lugares posibles, con esa vista sobre la infinitud; ignoraba si sabían del gran mar que besaba la curva del horizonte; si soñaban con un hogar para sus diversos dioses en los cuerpos celestes o en alguna otra parte; si celebraban ceremonias en honor de sus dioses que concluyeran con los ojos vidriosos de fe y los corazones llenos de buenas intenciones, y si sabían de antemano que un día morirían. O quizá la muerte no era para ellos sino una cuestión de azar, a veces una dificultad producida por las enfermedades, a veces sobrevenida a causa de un ataque, pero contemplada en cualquier caso como el auténtico despertar a la vida sin el fastidio de un cuerpo y sin las inevitables necesidades que consumen tus días, y, si es verdad que la muerte es la vida, entonces ellos siguen viviendo. Aquí. Justo aquí.

El viento se acalló de pronto. En aquel imponente silencio, una piedra enorme cayó rodando por la ladera del acantilado, rebotando, saltando, como en un juego malabar, fantástica e inaudible, y vino a reposar en el nivel inferior. Aquella insonoridad me produjo miedo. Ahora ya no oía nada. De pronto supe que, si pretendía hablar, algo formidable sucedería. Se levantarían los muertos, o no, se harían visibles a mis ojos, y el tiempo ejecutaría un salto mortal, la tierra se inclinaría, daría una vuelta de campana y colgaría bocabajo en dirección a la ilimitada oscuridad, y el espíritu del agua viajaría al espacio eterno y allí se perdería para siempre.

Sentí entonces que algo corría dentro de mi oído. Cosquilleaba y picaba, y sacudí la cabeza. Una hormiga. Algo. Un insecto. Lo aplasté con el dedo. Y, como si hubiera pasado un rato desvanecida, reparé ahora en que el cielo se había nublado y que iba a llover en cualquier momento. Me marché de allí un poco a trompicones, poseída por el miedo y decidida a llegar al baobab antes de que los rayos comenzaran a restallar, pero sobre todo decidida a regresar en el tiempo hasta el momento al que pertenecía, pues mientras corría y entre algunos tropiezos sentí crecer a mi espalda otro mundo, sentí que lo que ya había existido estaba extendiendo su reino cada vez más aprisa, y sentí que no tardaría en desplazarme, durante el mismo acto de correr, a un tiempo completamente distinto.

Alcancé el baobab, con el corazón latiéndome con fuerza y un dolor tan punzante en el bazo que me doblaba en dos, y me acuclillé en la abertura y vi

la forma de rosetón que las primeras gotas dejaban al tocar el polvo del suelo.

Así que me rendí a las fuerzas de mi entorno, o, por decirlo con menos resignación, aprendí a vivir con ellas, como había aprendido a vivir con el veld, los animales y los insectos, con este elegir senderos en la realidad y en los sueños, y con la presencia de unas personas que mantenían las distancias conmigo. Resulta una experiencia extraña compartir una vida ajena a todo contacto, y a menudo me pregunto si esas personas se están mostrando caritativas conmigo o me rinden tributo. Yo trato de comportarme a la altura de las circunstancias. Reconozco que no hay nada que pueda hacer salvo aceptar mi destino como prisionera entre algodones y mostrarme tan agradecida como cabe. Es como si la presencia de los otros supusiese un agravio a mi soledad, como si la distancia entre esas gentes y yo se hubiera hecho más grande ahora que existen en una proximidad tangible. Los veo caminar de lejos, veo a unas chicas jugando con una massala, arrojándosela de unas a otras, veo mujeres que llevan bebés en sus protuberantes nalgas, veo hombres de estómagos arrugados y piernas tan finas como palos, todos amarillentos como vientres de tortugas, y me llevo la mano a la boca para evitar pedirle a alguno que se me acerque. Escucho los ruidillos que producen, murmuro algo para mí que suena como el lenguaje de mis días de infancia. Palabras que han desaparecido adquieren una forma tenue. A madre la veo ante mí, a padre, a los hermanos, a las hermanas. Veo cabañas y árboles muy altos con troncos plisados como hinchidas faldas, y veo verde follaje. A madre la veo de nuevo. Calidez, ternura, esta delgadez, pechos alargados, prominentes pezones. Escucho voces vagas y también otros ruidos, crujidos, golpes en la madera. De repente recuerdo unos perros que nunca ladraban, y ruidosos simios, y recuerdo también esa alegría que había cuando de repartir la carne en porciones se trataba —también, sí, la carne de simio—, y yo tenía una muñeca hecha con la corteza de un árbol, la muñeca llevaba cuentas alrededor del cuello, su cabeza era un mero garrote, y yo tenía la muñeca conmigo cuando todo el mundo abandonaba sus cabañas a la carrera en pos del espeso sotobosque; mi madre me tiró del brazo, pero la asesinaron; tenía la cabeza abierta y me arrancaron de sus brazos y me llevaron a un calvero junto a otras mujeres. También había montones de varones cautivos. Me aferré a mi muñeca. No la soltaba, abrazada a ella. Viajamos y viajamos y llegamos a un pueblo. A los hombres cautivos los pusieron muy juntos y les hicieron algo. Después partimos y seguimos la marcha cada vez más lejos, y llegamos a una ciudad a orillas de un embalse terriblemente grande, inconmensurablemente vasto, azul en sus confines de un extremo a otro.

Ahora conozco los nombres de todo aquello: esclavo, castración,

comercio, ciudad costera, mar, trabajos forzados. Sí, ahora los conozco.

Conozco los nombres, pero nadie me escucha. Los nombres no me sirven de nada. No son más que arenisca.

Traída desde muy lejos a lomos del viento escucho la música que hace la gente menuda. Los sonidos me traen a la mente la imagen de unas cucarachas saltando sobre una hoguera. También escucho cantos y aplausos.

Voy a provocar el encuentro.

La próxima vez que vengan a recoger semillas de baobab para chupar la amarga pulpa blanca de sus huesos, juro que entonces... Entonces me encararé a ellos, desnuda. Entonces me desvestiré. Me tenderé junto a mi delantal de piel y mi manto de piel, con sus huesecillos de liebre saltadora, me desprenderé del collar hecho de trocitos de huevo de avestruz, y me encararé a ellos, los desafiare, aunque mi desafío estará atemperado por el encanto que he ido adquiriendo, me mostraré tímida pero regia, seductora pero distante; y les miraré a los ojos y les obligaré a que me devuelvan la mirada y a que me reconozcan como el ser humano que soy, nada más que un ser humano. Eso es todo cuanto soy.

Lo hice. Se acercaron hablando entre ellos, y supuse que venían a recoger semillas como habían hecho algunos días atrás. Me quité la ropa, me despojé de los collares, me desaté las sandalias y de una patada las aparté, y antes de que me sobreviniesen la duda o la vacilación, salí y me planté ante la abertura del baobab. Y ellos pasaron de largo, y por la misma escalerita casera que habían apoyado contra el tronco para alcanzar la colmena subió uno de ellos, recogió las semillas y las arrojó a los camaradas que aguardaban abajo, quienes ágilmente se hicieron con ellas. Sin inmutarse, el que las recogió bajó de nuevo, rodeó el árbol para colocar la escalera en el otro lado y procedió también allí con la recogida. Después todo el mundo se marchó, cada cual con un zurrón a la espalda lleno a rebosar de los frutos del árbol.

De forma deliberada, habían evitado mirarme.

En este sueño en el que me veo obligada a vivir, tiendo a refugiarme con creciente frecuencia en la ciudad de cuarzo rosa, pues así es como he recreado la historia del cazador. No solo las montañas arrojan su centelleo rosado, sino también la ciudad por la que deambulo en compañía de muchos como yo. Sin necesidad de hablar, nos entendemos con toda naturalidad. Reparo en que el extranjero también está ahí, pero no advierto la necesidad de su compañía, pues mi transparencia se basta por sí sola, transmutada como estoy en pura dicha. Soy algo compacto, total, presente, sin embargo, y repartida en todo, en

todas partes.

Extraño que el espíritu del agua me envíe a un desierto, pero puedo entenderlo, pues mirad: el agua también se ha convertido en cuarzo; todo se ha convertido en él; piedra, agua y hombre tienen la consistencia del cuarzo y el esplendor y el espléndido conocimiento de fragmentarse y permanecer espléndidos. Después, cuando despierto, ya sea de día o de noche, me siento rígida, arrugada.

He superado la ofensa de que no se me permita ser humana. También he superado las horribles visiones, las terroríficas cabañas y puertas torcidas y entreabiertas que me incitan a entrar para encerrarme, soluciones falsas todas ellas, todas ellas salidas equivocadas; pues yo soy quien decide la apariencia y lo que es real. Yo soy quien manda aquí. Sueño hacia fuera, y con la confianza de quienes hace tiempo han entendido que todo es apariencia sonrío para mí, sigo diligente mi propio camino, y habré de beber esta envenenada ofrenda de despedida en la alentadora convicción de que el sueño no conduce sino al sueño.

No hay otro final. Así lo reconozco. Estoy vacía. De mí misma también; pero que eso forme parte de las deliberaciones ajenas poco menos que carece de importancia, ¿y por qué debería nadie, en su aflicción, dejar espacio para los sentimientos de quien tan solo ha procurado decepciones, de quien tan lamentablemente ha fracasado donde debería haber sido capaz de ofrecer una salida?

Dejemos que los dioses nos miren desde arriba, dijo en una ocasión el extranjero. Ellos saben lo que ven.

Eso era precisamente lo que yo no sabía. Quería formar parte de algo. O eso pensaba.

El extranjero conocía muchas historias de dioses y religiones; de las extrañas costumbres que sacerdotes, entusiastas y profetas tenían en las ciudades por las que había pasado en el curso de sus viajes comerciales; de su mutua malignidad y su rivalidad por ganarse la ciega obediencia de las masas; y de su rivalidad por hacerse también con el favor de los gobernantes, lo que servía para que las castas sacerdotales recibieran financiación de los gobiernos y adquirieran así posiciones de poder; y todo eso solo porque el hombre temía la muerte, todo eso por exorcizar sus miedos. La promesa de una continuidad y la promesa de la resurrección, la promesa de una paradisiaca posteridad, de habitar en amorosa comunidad con los ancestros, de salvarse a través de la abstinencia, pero también a través de inversiones y

de concesiones; y así, todas las religiones llevaban a cabo un desvergonzado proselitismo, todas rechazaban a las demás con idéntica desvergüenza.

¡Y nada más banal que la muerte!, dijo el extranjero, y guardó silencio, y esperó a que alguien le contradijera. Nada más que historias para asustar a los niños, concluyó. Un plomo, cuando menos, a veces divertidas como relatos de aventuras. ¿Por qué no contarnos cuentos en lugar de intentar obligar a nadie a profesar una religión? ¿Quién me creerá si digo que hay una tierra donde la gente cabalga a lomos de elefantes? ¿Quién me creerá si digo que hay una tierra donde la gente cabalga a lomos de un animal con dos jorobas? ¿Quién me creerá si digo que hay una tierra donde la gente enyunta búfalos en sus tierras labradas, que hay una tierra donde la gente usa leche para hacer luz? Pero vosotros, filósofos y manipuladores, ¿creéis en el paraíso?

El extranjero rio con desdén.

Suficientes maravillas hay ya en este mundo que despiertan mi curiosidad. Mi ansiedad por conocerlas proviene de la impaciencia. ¡Mirad!

Se quitó uno de los collares que llevaba alrededor del cuello, una cadena de oro con un enorme heliotropo que parecía tener una cucaracha en su interior, ingeniosamente engastada para que se asemejase a una mariquita, solo que más burda y más grande.

¿Quién de vosotros cree que esta joya fue robada del cuello de un muerto que aún sigue con vida?, preguntó.

Todavía puedo recordar las asombradas exclamaciones, los gestos de aversión, los gruñidos y las forzadas sonrisas en el rostro de algunos de nuestros más destacados ciudadanos, aquellos que no podían permitirse mostrar ignorancia y se veían obligados a ocultarla tras una displicente agudeza.

Ojalá, suspiró el extranjero, pudiera viajar hasta el último confín de la tierra. Mi codicia es tan grande...

También recuerdo que el hijo mayor estaba presente en aquella ocasión, y la atención con que escuchaba y los golpes que se daba en la pantorrilla con el bastón, pero como de costumbre no dijo nada. Mi benefactor, por su parte, rara vez tomaba parte en conversaciones de esta índole. Ya estaba demasiado enfermo. Demasiado embotado por la fiebre. Mi corazón se dividía entre él y el extranjero. La mano de mi benefactor temblaba cuando se llevaba muy despacio una cucharada de judías a los labios. ¿Qué pensaba de toda esa cháchara acerca de la muerte, él, que había sido tocado por ella? Sus ojos, profundamente hundidos en sus órbitas, no revelaban nada.

De todas las conversaciones que tenían lugar después de las cenas, las que menos me interesaban eran aquellas que versaban sobre la guerra. Para ser sincera, me bastaba que sacaran a relucir el tema de la guerra para ponerme a servir o despejar la mesa o encargarme de cualquier otra cosa de naturaleza doméstica. Hablaban de combates marítimos y combates terrestres, de armamentos, de piratería, de victorias celebradas y del reparto de botines, de secuestros y extorsiones, de incursiones, de expediciones punitivas y otros asuntos similares acerca de los cuales los hombres discutían y trataban de impresionarse mutuamente, o bien podían lanzar las tesis más divergentes y volverse extremadamente puntillosos y sarcásticos sobre las teorías ajenas. El juego supremo del beneficio, así era como el extranjero llamaba a la guerra, y él, al menos, era uno de los pocos en aquella mesa que podía hablar desde la experiencia.

La flotilla de dhows que se hallaba bajo sus órdenes había estado en combate, y también la habían atacado los piratas. Él, a diferencia de sus conciudadanos, se había visto en feroz contienda contra auténticos guerreros. Había matado. A él mismo lo habían herido. Sabía muy bien de lo que hablaba cuando se refería a carnicerías sangrientas, pues los recuerdos más intensos que tenía se ceñían a tales incidentes, y cada una de sus batallas le había supuesto una mayor experiencia, un conocimiento acumulado de una realidad con la que, contra su propia voluntad, se hallaba profesionalmente involucrado, en vez de ser para él una mera ficción. No eran simples relatos de heroísmo. Había visto hombres heridos caer por la borda, había visto miembros arrancados flotando a la deriva, espanto y sangre en el agua que atraía a tiburones lejanos y cercanos, y había escuchado los gritos de aquellos infelices que, ahogándose, en vano trataban de librarse de los desgarradores mordiscos de los monstruos. Tan bárbaro y crudo era el lenguaje que empleaba como tranquilos y refinados sus modales al hablar. Cortar, sajar, mutilar, golpear, asediar.

Mientras tanto, la gente de la ciudad, obesa de prosperidad y sumida en una inestable paz al borde de la historia, departía sobre cómo defenderse y hablaba de construir fuertes y murallas, pero se limitaba a hablar y no hacía nada, a causa de la vagancia, la envidia, la falta de confianza mutua y, sobre todo, de la tacañería, me figuro, y también porque la propia gente no se sentía del todo amenazada. Mantenían excelentes relaciones con los numerosos dhows que llegaban de mar adentro, cargados de mercancías. Sus propios esquifes distribuían los bienes a ciudades costeras más pequeñas y, a cambio, cargaban pieles de leopardo, marfil, ámbar gris, conchas de tortuga y cuernos de rinoceronte que transportaban de nuevo a la ciudad costera y sus

mayoristas; y tanto había durado aquel trato de favor que nadie habría creído a quien hubiese querido predecir una conspiración para arruinar su floreciente negocio. ¿Quién, después de todo, sería tan estúpido? Beneficiaba a todo el mundo. Nadie se planteaba que aquellas extrañas carabelas que últimamente habían comenzado a llegar constituyeran peligro alguno. Además, se habían entablado rápidas relaciones con los recién llegados. Nadie se planteaba que pudieran ser capaces de olfatear un negocio de tan largo arraigo. No, no esos paletos que tenían que rogar que les diesen agua, carne fresca y fruta.

Para todo el mundo, yo incluida, los informes del extranjero sonaban más románticos que instructivos y perspicaces. Cogí mi abanico de palma con forma de corazón y me abaniqué con él. Asentí, sonreí y pasé un plato; hice una ingeniosa observación, e intenté —primero con un invitado y después con otro— darle al debate un sesgo más ligero. Flirteé y reí con picardía y puse mi profesión en práctica de un modo irreprochable. Mi benefactor parecía satisfecho. El olor a mirra y el olor a buena comida, el olor del innumerable jazmín, el olor del agua con la que me había lavado, el aceite con el que me había frotado, el aroma especialmente complejo e indivisible de la civilización, era lo que allí respirábamos. Era eso lo que la suntuosa ciudad nos ofrecía.

A eso llegaban mis conocimientos de las artes de la guerra.

Es mentira que a las mujeres nos resulte innata una espontánea relación con las atrocidades. Aunque yo ya había abrazado la muerte, aunque había tomado en mis propias manos un recién nacido estrangulado por su cordón umbilical, y lo había enrollado en un viejo y harapiento trapo como si fuera un paquete, y lo había sacado de la cabaña que servía de paritorio a las esclavas, aunque había escuchado a enfermos en pleno delirio y los lamentos de los esclavos durante el castigo, nada de eso me había servido de ayuda.

En los más profundos, en los más oscuros y lejanos rincones del baobab, acudí a ocultarme. Todos esos chillidos, esos gritos de guerra, esa marea de terror entenebrecen el aire sobre mi cabeza; este espanto que me corta por dentro, este bestial caracoleo de la muerte. Estaba acorralada; como un pequeño damán, temblaba del miedo a morir.

Durante días no me atreví a asomar. Después, el hedor a putrefacción me sacó de allí.

El salvaje regocijo de las hienas por la noche. Tenía demasiado miedo como para hacer una hoguera, por si servía de aviso a aquellos que habían acudido a la masacre. Me encogí en el vientre del árbol y entendí la vacilante

lógica de mi bebé, que había preferido la oscuridad a la luz de la vida. El éxtasis del nunca ser. Era la única victoria verdadera: ni la vida ni la muerte tenían significado. Era el equilibrio. La perfección de no ser.

El hedor me sacó de allí. Veía ahora que la batalla se había enconado hasta casi llegar al baobab; pues, mientras yo había permanecido oculta, lo lejano y lo cercano me habían sonado igual, igual y en todas partes, y no era capaz de distinguir la dirección por la que los atacantes habían llegado.

Cuando comenzó la carnicería, alcancé a atisbar a los atacantes. Enfilaba ya el camino desde el río, contoneándome con el ennegrecido cántaro sobre mi cabeza y mi cucharón, y el huevo de avestruz, en la mano; es decir, imaginé que vi a alguien, o a más de una persona, mirándome, y me di cuenta, mientras caminaba muy despacio y muerta de miedo, de que la gente que me miraba era muy extraña. No era la gente menuda cuyo curiosear, si es que así puedo llamarlo, tenía una sutileza sin igual, y de hecho siempre resultaba inadvertido. Por el contrario, estos... Sentí con demasiada claridad unos ojos puestos en mí; con demasiada claridad vi unos seres oscuros desapareciendo entre la alta hierba. Tenían que ser espías. Y además en esa precisa noche. Y aquello prosiguió. Durante un buen rato. Suerte tenía de contar con un árbol como escondite. Que ellos no debieron ni de ver ni de apreciar, pues aún estaba a bastante distancia de él cuando me sentí observada con tanta atención. El sendero marcado por mis huellas se me hacía irritantemente largo. Tenía un ojo puesto en el árbol para no perderlo de vista en ningún momento. La distancia entre él y yo se negaba a disminuir, así que alargué la zancada. Había espías. Había otros allí.

Los otros nos aplastaron. ¿Quiénes eran esos otros? ¿Y de dónde venían?

Es descorazonador verse aislado.

El día en que por fin me atreví a investigar, vislumbré entre los cadáveres rapiñados aquellos que pertenecían a la gente menuda. Los otros eran más grandes. No sé cómo se digiere el horror.

Qué banquete se tuvieron que dar los carroñeros. Había tantísimo para comer... Lo que se les ofrendaba era inmenso.

Lo más reseñable era el espectáculo que presentaba uno de los otros en lo alto de un árbol, desparramado entre las ramas, las bayas de sus ojos ya picoteadas hasta no dejar nada, mordisqueada la fruta de su boca y su lengua. La putrefacción adquiría forma fluida.

Las hormigas estaban como locas. Había más que de sobra. Nunca llegarían a arrancarlo todo, a transportarlo fibra a fibra hasta sus depósitos,

donde de todos modos tampoco habría suficiente espacio. Las hormigas correteaban por todas partes.

Los moscardones se arremolinaban con deleite sobre las entrañas abiertas, formaban manchurroneos verdes semejantes a peligrosas flores, aumentaba de tamaño la reluciente flor, hasta que de pronto el disco se dividía en multitud de partes suspendidas. Estas se posaban y volvían a congregarse para formar una nueva flor. Estaban por todas partes.

Los cadáveres los habían destrozado los chacales, las hienas y los buitres, que los habían arrastrado a lo ancho y largo para reordenarlos después del modo en que mejor les pareció; pero los moscardones estaban por todas partes.

Era imposible determinar quién había vencido en aquella masacre. Podía haber cogido tantas armas como hubiese querido y montar un arsenal en mi baobab. Hubiera podido llenarlo hasta los topes de metal, darle de comer metal hasta saciarlo, reforzarlo con hierro desde dentro, instalar lanzas como si fueran peldaños en la abertura.

No podía distinguir si los cadáveres de los atacantes allí tendidos eran más numerosos que los de la gente menuda. Estaba todo en silencio, aparte del habitual canto de los pájaros y el susurro del viento, y bien entrada la tarde llegó, impertérrita como siempre, la comitiva de los elefantes, su experta y ordenada inmersión de trompas en el agua, su baño a placer, ese jugar a arrojarse arena, y la tranquila retirada con el más viejo de todos al frente, después de haber hecho lo que pretendían hacer. Les mandé un saludo.

Antes de nada, fui a buscar leña. Pues ahora quería hacer una hoguera. Pues ya no me importaba lo más mínimo si alguien me veía ni quién. Pues nada me importaba que la alta hierba trajera de nuevo a los mismos atacantes. Que viniera la muerte, que cayera el golpe fatal. Pues ya nada importaba. Pues aquello era el fin.

Al volver, con el abultado fardo de madera sobre mi cabeza, oí un gruñido, o imaginé oírlo. ¿O no eran imaginaciones mías? Escuché atentamente y no oí nada más. Me concentré, con cuidado aparté la cabeza de la dirección del viento para captar el sonido, pero no oí nada. Permanecí donde estaba durante un buen rato, después seguí mi camino y dejé la madera delante de la abertura. Pero sabía que tenía que ir a localizar aquel gruñido. Tenía que localizarlo.

Fue esa convicción lo que guio mis pasos. Inspeccioné con cuidado los restos de la gente, y me obligué a hacerlo de una manera metódica, a escrutar

metódicamente y a mirar con atención en pos del menor indicio de vida. Busqué y busqué y busqué. Me olvidé del hedor y de las moscas, de los buitres que observaban el espectáculo desde los árboles y del horrible aspecto que tenían los seres humanos al ser destrozados, y busqué y busqué alrededor del árbol hasta donde la vista alcanzaba a distinguir cualquier cosa que se asemejase a una forma humana, un resto humano, y llegué a un hormiguero, y de nuevo escuché un gruñido. Empecé a buscar febrilmente por todas partes y aún más allá para luego volver de nuevo sobre mis pasos. Un turaco lanzaba gritos, pero sabía, estaba convencida de que había escuchado el gruñido de un ser humano. Era tan débil que solo a duras penas resultaba audible, solo apenas. Si pudiera escucharlo otra vez... La distancia es engañosa.

Regresé al árbol y saqué un palito del fardo de leña. Ayudándome de él, me dediqué a examinar los alrededores del hormiguero, pinchando con el palo la hierba entrelazada y la densa tierra que lo cubría; pero ¿qué creía estar haciendo? ¿Acaso mi sentido de la realidad se había perturbado hasta el extremo de hacerme imaginar que lo que buscaba había menguado hasta un tamaño minúsculo, hasta el tamaño de un feto? ¿Era eso lo que andaba buscando? ¿Por qué estaba revolviendo con aquel palo? Buscaba un gruñido, un gruñido sin cuerpo. Por allí se había perdido un gruñido. Eso era lo que andaba buscando. Un gruñido, que había sonado en el aire y que ahora yo quería para mí.

Comencé a reír. Sollozos y risas brotaron de mi garganta. Salían de mi interior, semejantes a gimoteos. Unos tras otros los forcé a salir como puñados de tierra, y cuando ya los vi fuera me sentí como alguien que hubiera vomitado. Regresé con mi palito al baobab.

Hice una hoguera. Chispazo. Llama. Fuego. La hoguera adquirió gran altura, ya que no dejé de echarle leña; me planteé coger incluso más madera, hacer un inmenso fuego que rodease el olor de la muerte humana con un olor más agradable, el olor de la ceniza de las plantas, y también se me ocurrió anunciar mi presencia huérfana a través del fuego. Que se vea que soy. Que el pájaro carpintero y el xilófago lo vean, que el leopardo guarde las distancias, que el kudu y el duiker olfateen el fuego y guarden las distancias, que los seres humanos que aún existan lo vean y sepan lo que significa. Haced conmigo lo que queráis. Con divina impotencia caminé entre vuestros cadáveres y no obtuve nada; yo, a quien nada le ocurrió en el refugio de un árbol, yo, que soy de otra parte, que no pertenezco a este lugar, no quiero estar aquí. Escuché vuestros gritos de guerra, vuestros infantiles gemidos, vuestros últimos sonidos, y permanecí en silencio dentro de mi escondrijo, y cuando todo terminó abandoné mi baobab. ¿Qué ojos alcanzaron a verme?

¿Me vieron temblar ante lo que vi?

Si hay más como vosotros, menudos o grandes, blancos u oscuros, venid.

Seguí adelante otra vez, poco a poco. Otra vez es invierno. Pasé un verano, un invierno, un verano, un invierno aquí. Invierno de penurias ha de ser, y otra vez habré de confiarme a mis fuerzas, y solo tengo el viento y ahora también los fantasmas por toda compañía. Huesos blancos rodean el árbol. El baobab arroja sus zarpas al cielo. La hierba se alza, pálida, rígida. Un aloe chupa la sangre de la tierra y la guarda sin sutileza en un racimo de nudos rojos que se recorta espléndido contra el cielo azul claro, enormemente atractivo para los pájaros azucareros. Calaveras blancas rodean el árbol. Poco a poco, el viento arrastra polvo para llenar con él los huecos de los cerebros y las pelvis.

Me veo obligada a abrir nuevos caminos allí donde los esqueletos interrumpen mis pasos con sus costillares. Puedo pasar sin la compañía de las hienas y de los buitres.

Seguir avanzando otra vez, poco a poco.

Hace mucho que no veo babuinos. A menudo, jabalíes con sus colas bien tiesas.

De hecho, poco a poco y cada vez más despacio, como si estuviera a punto de detenerme en seco. Mi territorio se contrae a medida que mis fuerzas disminuyen. La vejación de no ser capaz de cuidar de mí misma. Aunque sé qué es lo que puedo comer, no sé cómo ni dónde buscarlo, y de nuevo me dejo llevar, como hice al principio; pero ya me he rendido. ¿Qué sentido tiene la histeria, al fin y al cabo? ¿Qué propósito persigue la férrea concentración? Dejo que las cosas continúen su curso. Algunos días encuentro algo, y otros, nada. Qué más da.

Siempre me quedará la balsámica corriente tras su entramado de lianas, ese refrescante murmullo, el ambiente de frescura que crea, y siempre me quedarán los cercopitecos, que anuncian su repulsa a mi incursión con graciosos gruñidos. Pese a todo, hay algo aquí que me resulta familiar. Eso ha ocurrido.

La borboteante corriente, y después el río en el que tranquila, tímidamente desemboca. El río fluye hacia el lugar por el que el sol y la luna aparecen, hacia ese lugar desde el que una vez empecé a viajar, hacia el mar de esa ciudad desde la que partimos en busca de otra ciudad situada al otro lado del mar, allá en el otro extremo del mundo.

Ya no hay nada que eche de menos.

En una ocasión, de momento solo en una ocasión, he tenido que pasar otra vez por el dolor de la expectativa, y sucedió cuando a lo lejos vi un fuego que creció hasta cubrir el veld con una llamarada que, trazando una curva, surcaba el horizonte para devorarlo poco a poco. Serpiente de fuego, le supliqué con todo mi corazón, envuélveme también a mí y engúlleme. Siguió ardiendo a lo lejos, y el humo permaneció en el aire como un paño mortuorio mucho después de que las llamas hubieran desaparecido por completo. Percibía su olor, y comprobé que había pecas de hollín en la corteza del árbol.

¿Habría reparado el responsable de aquella destrucción en mi fuego nocturno?

Mi respuesta se encuentra en el veneno que me prepararon un día, durante mi acostumbrado viaje para recoger agua. Ahora hay alguien que sabe de mí. Hay alguien que siempre ha sabido de mí. ¿Pero quién? Puedo hacer un hábil jueguito con mis uñas doradas. Puedo contarlas y limitarme a aceptar lo que ellas me digan. ¿Por qué no? Las cuento siguiendo la rima. Diminutas uñas, útiles a la postre, que han logrado reunir las cosas ya olvidadas y para mí misteriosas, pequeños y preciados signos cuyo significado se desvanece. Estáis ayudando a que mis últimos momentos sean divertidos.

Bien. Las he contado y, mirad, el resultado es que no me han olvidado, que es lo que había pensado todo el tiempo. Daré gracias si mi conjetura y la suerte se dan la mano. Ya no dejo las cosas para más tarde. Imprudente de mí, lanzo las uñas al aire. Que caigan donde quieran, y que allí descansen y nunca se pudran. Fui en realidad amante, madre y diosa. Suficiente para hacer reír a cualquiera.

Me detengo ante la grieta y sostengo en mi brazo extendido la última ofrenda para que puedan verme. Desaparezco entonces en la oscuridad interior.

Baobab, piadoso baobab. Mi baobab.

Me bebo mi vida. Aprisa, espíritu del agua. Que tu enviado no se demore en hacer su tarea.

Sí.

Como un pájaro abandona una rama. El caer de la fruta. Un murciélago. Semejante a un murciélago, negro e inquisitivo.

Así me sumerjo en el agua oscura y remo con mis alas hacia el otro lado, donde en el silencio del descenso, sin ser ya capaz de evitarlo y sin hacer

ningún ruido, vuelo cada vez más lejos. Hallaré mi descanso en este estar
cabeza abajo. Repliego mis alas.

GLOSARIO

Aardvark: cerdo hormiguero.

Batik: técnica para el teñido de tejidos y prendas consistente en cubrir con cera las partes reservadas y extender las anilinas en las zonas donde la cera no se encuentra presente.

Dhow: esquife de proa alta y vela latina.

Duiker: conocidos también con el nombre de cefalofinos, los duikers son una raza de pequeños antílopes pertenecientes a la familia de los bóvidos.

Gora: especie de laúd de una sola cuerda que emite un débil sonido similar a una música distante.

Knobkierrie: bastón africano fabricado con una rama de árbol y concebido para ser lanzado a las presas animales o a los enemigos.

Koppie: pequeña colina en mitad de un llano.

Kraal: conjunto de chozas reunidas en círculo para conformar una valla protectora.

Kudu: antílope africano de gran tamaño y amplia cornamenta.

Marula: árbol de hoja caduca que puede alcanzar veinte metros de altura. Su fruto se parece a la nuez y dentro contiene dos o tres semillas de color blanco cuyo olor es similar al de la almendra.

Massala: fruto de cáscara dura y semillas carnosas y comestibles. Se le conoce también como naranja de los monos.

Matumi: árbol de mediano o gran tamaño del género Breonadia. Suele encontrarse por encima de los 2.000 metros de altitud y en las orillas de los ríos.

Mopani: árbol que crece en lugares de baja altitud, en entornos cálidos y

secos.

Msasa: árbol de color ámbar, de pequeño o mediano tamaño y hojas fragantes.

Num-num: arbusto muy tupido que da un fruto comestible de color rojo.

Tikoloshe: ser demoniaco de la mitología zulú, cubierto de vello y creado por un chamán con restos de cadáveres humanos.

Timbila: instrumentos musicales compuestos de tablillas de madera y tocados con pequeñas mazas.

Safsaf: *Salix mucronata*, sauce medicinal que crece en las riberas de los ríos. Puede alcanzar quince metros de altura.

Veld: llano, meseta.

Wawra: árbol de la familia de las fabáceas, de forma cónica y hoja caduca, que da un fruto de sabor amargo.